

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

11-4-47

**LAS COSTUMBRES DE ESPAÑA Y MEXICO
A MEDIADOS DEL SIGLO XIX VISTAS POR
COSTUMBRISTAS VERNACULOS**

TESIS QUE PRESENTA KURT THURMANN WERNER
PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR EN LETRAS

MEXICO, D. F.

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

À mis maestros
mexicanos

I

CONSIDERACIONES GENERALES

El presente ensayo quiere enfocar las costumbres de España y México a mediados del siglo XIX con el lente del costumbrismo vernáculo, es a saber la descripción de las costumbres de los dos países escrita por la pluma de sus propios hijos, al contrario del costumbrismo extranjero que pinta lo ajeno.

Uno de los privilegios del costumbrismo vernáculo es poder ser retrospectivo. Se vale a veces de él por la misma razón que nos cansa escribir sobre cosas demasiado conocidas y nos mueve a buscar lo nuevo y desconocido para describirlo. El costumbrismo extranjero halla ese incentivo en países desconocidos. El costumbrista vernáculo lo encuentra en su propio pasado.

Las costumbres de la infancia se revisten al través de nuestros recuerdos de nuevo esplendor al compararlas con lo trivial de la vida diaria. De ahí formamos el concepto ideal cuán falso de los siempre buenos tiempos pasados. Lo que el costumbrismo extranjero hace con lo espacialmente distante, el costumbrismo vernáculo suele hacerlo con lo temporalmente alejado: idealizarlo. En los dos casos sufre la objetividad.

A diferencia de las descripciones de viaje que reflejan las primeras impresiones escritas al compás de los acontecimientos, el costumbrismo presenta generalizaciones derivadas de la constante repetición de fenómenos similares en circunstancias parecidas; denominadores comunes de las vivencias de grupos sociales situados en tiempo, lugar y condiciones comunes, es decir: las costumbres.

Producto de las costumbres es el carácter del hombre a ellas sometido. Las costumbres de la guerra producen un genio diferente de las de la paz. Existe un encadenamiento causal entre el medio ambiente y el hombre colocado en él. El carácter se forma, se transforma o se deforma en un tipo específico. La descripción de las costumbres es inseparable de la pintura de los caracteres. Estos necesitan de aquéllas para cuajarse; y habiendo llegado a ser los exponentes del modo de vivir que los formó, los diferentes caracteres, resumidos en tipos, sirven al escritor para exhibir las costumbres. Esta interdependencia es esencial para el costumbrismo.

El estudio de los tipos es a la descripción de las costumbres lo que la anatomía a la fisiología: presenta la disección del cuerpo popular para entregarnos los diferentes órganos que la novela pone en función.

Balzac creó algunos tipos sintéticos demasiado perfectos para ser humanos. Un padre no puede ser tan inhumanamente bueno para con sus hijas como Goriot, ni tan inhumanamente malo como Grandet con la suya.

También la historia se preocupa por las costumbres. Mas como el examen histórico requiere distancia, la crítica objetiva de hombres y hechos contemporáneos no es dable. Estos no han dado todavía todos sus frutos. Aquéllos viven aún. La historia no se ocupa pues de las costumbres contemporáneas. Fuera de la historia hay más libertad. Escudándose detrás de Usbek y Rica, Montesquieu dice verdades a sus contemporáneos. Aun así no se hubiera atrevido a publicar sus *Cartas Persas* en vida de Luis XIV.

El autor del cuadro o la escena de costumbres al igual del novelista o cuentista de costumbres debe haber vivido las costumbres que pinta. Pero en cuanto que el novelista de costumbres describe éstas aunque pertenezcan al pasado siempre que hayan sido observadas por él, el autor del cuadro de costumbres no suele salir del hoy. En esto estriba la diferencia entre los cuadros de costumbres de nuevo cuño y verbi gracia los cuadros satíricos de costumbres de los Siglos de Oro, siglos que todavía no contaban con la prensa diaria.

Al decir de Ludwig Pfandl (1) aquellos cuadros se distinguían de la novela por la actuación diferente de sus personajes que "no actúan contra sí o entre sí" sino sirven únicamente como tipos representativos de costumbres.

La novela de costumbres se inicia en España con el *Lazarillo de Tormes*, en Francia con el *Gil Blas* y en México con el *Periquillo Sarniento*, conviene a saber la novela picaresca.

Una definición que deslinda sucintamente el nuevo género de los cuadros o escenas de costumbres ofrece Mariano José de Larra en el primero de los dos artículos críticos a que dió lugar *Escenas Matritenses* de Ramón de Mesonero Romanos. El artículo lleva el título: "Consideraciones acerca del origen y condiciones de los artículos de costumbres: escritores franceses modernos que más se distinguen en este ramo de literatura" (2). En el *Fígaro* echa una ojeada sobre la obra de los

escritores moralistas al través de los géneros por ellos usados, es a saber: el teatro, el retrato, el aforismo moral, la sátira, la fábula, el apólogo, el cuento moral, la epístola y la novela de costumbres y halla como diferencia esencial entre éstos y el nuevo género costumbrista, que éste enfoca al "hombre en combinación y en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad", en cuanto que aquéllos solían considerar al "hombre tal cual le da la naturaleza", juicio que corrobora el de Ludwig Pfandl citado más arriba.

Sigue diciendo Larra que el inglés Addison en el "Espectador" fué el primero que cultivó el nuevo género y que luego tuvo imitadores en los pintores literatos de la sociedad francesa como Mercier, Jouy y los "Ciento y uno"; "que semejantes bosquejos parciales estriban más que en el fondo de las cosas, en las formas que revisten, y en los matices en que el punto de vista les presenta, que son por tanto variables, pasajeros y no de una verdad absoluta"; que deben su vida "al auxilio de la rapidez de la publicación"; y enuncia "Fígaro" como conclusión importante: "Los periódicos fueron pues los que dieron la mano a los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres, cuyo mérito principal debía de consistir en la gracia del artículo". Es una definición clara. El costumbrismo, como nuevo género literario, ha de hallarse entonces en artículos sueltos de periódicos o revistas, lo que no es óbice para que los encontremos más tarde coleccionados en libros o mejor dicho encuadernados juntos.

Lo ligero aunado a lo gracioso de que habla Larra, raras veces distingue al costumbrismo de la época y estaba reservado al modernismo. Pensamos en la obra costumbrista del mexicano Angel de Campo.

El lector común lee para divertirse. Soporta o una novela de cierta extensión que lo obliga a ingerir inadvertidamente cierta dosis de conocimiento, aquí costumbrismo: o bien cuadros sintéticos y escenas cortas de costumbres aunque no tengan trama novelesca. Habrá que preguntarse si tales artículos se prestan para ser leídos en forma de libros extensos sin cansar la atención del lector común, quiere decir de un lector que no se propone investigar las costumbres.

Por otro lado se presenta la cuestión si la acumulación de datos costumbrísticos no quita a los artículos el carácter de literatura para convertirlos en contribuciones a la historia o la

ciencia antropológica. Si bien la elegancia y gracia del estilo en el cuadro o la escena costumbristas bastan para preservarles su índole literaria, una colección de tales artículos, ya sin el sabor periodístico, adquiere fácilmente el carácter de un compendio de costumbres. No es libro sino un album de artículos de periódicos zurcidos por el encuadernador.

A la verdad no podemos clasificar verbi gracia *Escenas andaluzas de Estébanez Calderón* de historia o ciencia. Son esencialmente literarias. Pero también cuántas cabriolas estilísticas y verbales no le costó al malagueño el conservar para su colección de artículos tal categoría y cuánto no le cuesta a un lector de capacidad mediana el decifrar del lenguaje de ese acróbata de la palabra que hubiera merecido ser natural de Córdoba.

Larra insiste en la necesidad de saber distinguir los duraderos trazos en las costumbres, de aquéllos que son sólo pasajeros y que "viven como la oruga, lo que dura la hoja de que se mantiene". Podemos aplicar este criterio al costumbrismo episódico que suele manifestarse en tiempos de guerra u otros anormales, conviene a saber, épocas limitadas que sólo interin duran, prestan actualidad a determinados usos. Sin ir más lejos tenemos un ejemplo en los artículos políticos de "Fígaro" que están llenos de costumbrismo y los cuales a pesar de eso no son contados por Larra entre sus artículos de costumbres a causa de la índole perecedera de los usos que describen. La frecuencia, verbi gracia, con que se interceptan cartas no es una costumbre que debe su origen al genio español sino una anomalía inherente a la guerra civil carlista.

Descarta Larra igualmente del costumbrismo lo que Alfonso Reyes define como tipo obvio (3) y recomienda de no llevar la observación demasiado lejos sino de ceñirse a "los verdaderos trazos que bastan dar la fisonomía". Ojalá y hubieran leído estos sanos preceptos muchos de los autores de *Los Españoles pintados por sí mismos* y aun otros articulistas de la época.

Fígaro es un gran admirador de Balzac a quien pone a la cabeza de todos como escritor de costumbres. Sin embargo Balzac no escribió en el nuevo género. Sus *escenas* son novelas de costumbres.

En resumen: hay que distinguir entre el articulista y el novelista, de costumbres, que cultivan dos géneros diferentes, el género más joven que se mueve en el riguroso presente y que

huele a tinta de imprenta, y el otro, la novela de costumbres, que puede abarcar toda la vida del escritor. Esta ruta siguen también las memorias.

Resorte del costumbrismo de nuevo cuño, fuerza es confesarlo, no fué exclusivamente el alto empeño de crear una obra de arte sino en gran parte el afán de llenar las columnas periódicas. De ahí su existencia efímera que tiene principio en la cuna del periodismo para morir en la aurora del modernismo cuando los literatos se separan hasta cierto grado de los periodistas reporteros para buscar el foro más elevado de las revistas literarias. Las comunicaciones cada vez mejores permiten a la prensa diaria llenar sus columnas con las noticias del día. Hojeando v. gr. *El Siglo diez y nueve*, de México, fácil es darse cuenta como, andando los lustros, la parte literaria se encoque. Esquilado ya el campo costumbrista por las muchas cosechas, el género cae en desuso para dar lugar a la crónica periodística que aune al buen gusto la brevedad, cualidades que faltaron al costumbrismo, a no ser que lo miremos con los ojos de nuestros abuelos en cuya abundancia de tiempo desgraciadamente no participamos.

La actitud utilitaria que observamos en el costumbrismo de nuevo cuño favoreció la tendencia en sus escritos de crecer bajo la pluma. El resultado era con frecuencia un coloso de barro que en lugar de ofrecer la unidad necesaria para una novela presentaba un agregado de episodios que corría desesperadamente en pos de su título como v. gr. en *Chucho el ninfo*. Son las novelas por entregas que nos quitan el sueño hasta no conocer la continuación.

El colocar bajo un mismo techo al español y el mexicano como los pone el título de nuestro ensayo, no nos compromete pero sí déjanos libres para parangonar a los dos hijos de la misma madre en sus hábitos y concepto de la vida sujetos a la influencia de clima y medio ambiente varios, y observar a la vez los paralelismos históricos, políticos y sociales, producidos ya por el acaso, ya por factores causales similares en la primera mitad del siglo de las luces. Esas observaciones serán pues fortuitas sin querer sostener una tesis.

Los años a que dedicamos especial interés son los cuarenta, límite aproximado y elástico como quiera que las costumbres evolucionan con lentitud.

II

EL COSTUMBRISMO ESPAÑOL A MEDIADOS
DEL SIGLO XIX

MARIANO JOSE DE LARRA

De los escritores peninsulares que escriben sobre las costumbres españolas de la primera mitad del siglo XIX, Mariano José de Larra, "Fígaro" (1809-1837), Ramón de Mesonero Romanos, el "Curioso parlante" (1803-1882) y Serafín Estébanez Calderón, "El Solitario" (1799-1867), son costumbristas propiamente dicho. Fernán Caballero (1796-1877), se dedicó a la novela de costumbres.

La obra de "Fígaro" abunda en pensamientos profundos y filosofía de la vida. Los cuadros de costumbres están vaciados en un lenguaje más abierto que los artículos políticos, los cuales, encarcelados en sofismas y llenos de escondrijos verbales maliciosamente alusivos, a la vez que protegían contra la censura hacían el deleite de los lectores liberales.

Lo que Larra intenta es morigerar las costumbres. Dice C. Cortés, prologando la edición mexicana de 1845 de las obras completas de "Fígaro": "Zahirió sin piedad los abusos introducidos, las malas costumbres formadas, los funestos hábitos arraigados; la sociedad, la familia, el individuo fueron el objeto de su censura en lo que ofrecían de reprehensible y vicioso".

A veces los ensayos de Larra hacen pensar en los de Montaigne. "Crecen debajo de la pluma" como se expresa el mismo "Fígaro". Cuando Montaigne en *Les coches* se propone hablar de diligencias, éstas casi no llegan a asomarse entre la selva desordenada de las especulaciones filosóficas, y "Fígaro" en *La diligencia* abandona a menudo los coches para perderse en digresiones contemplativas a causa de "la multitud de ideas que sugiere el patio de las diligencias". Veremos cómo Mesonero Romanos trata el mismo tema.

En otros cuadros Larra tiene mucha dificultad de llegar al tema por la abundancia de los pensamientos que lo asaltan en el camino. "Tenga v. m. paciencia con mis digresiones", dice Larra en *Muerte del Pobrecito Hablador*, "porque yo nunca acerté a escribir de otra manera antes suelo distraerme y salirme del camino como bestia hambrienta para meterme por los sembrados de las laderas y ver si cojo alguna espiga; así llevando viaje a Alcalá suelo salir junto a Zaragoza".

En Los Calaveras hallamos toda una colección de tipos masculinos cuyo denominador general es el no ser víctimas de la mujer, además de tener "talento natural" y "poca aprensión". *Modos de vivir que no dan de vivir* es un compendio de los innumerables oficios cuyos humildes tenedores viven sobre las grandes ciudades como las pulgas sobre los perros. En *Los barateros o el desafío y la pena de muerte* el autor atestigua su profundo interés en las leyes e instituciones penales. Vapulea la ley que condena a morir a los plebeyos que se baten en duelo y honra a los señores cuando hacen lo mismo. El concepto de honor que dió origen al duelo con su falsa moral es objeto del artículo *El duelo*. La bárbara injusticia de esta costumbre y de su caricatura, el duelo a "primera sangre" ha movido muchas plumas de la época. En México, Juan Díaz Covarrubias trataría ese tema en su novela de costumbres *La clase media*.

Recuerda a *Gobseck* de Balzac lo que miramos en *Empeños y desempeños* en cuyo cuadro "Fígaro" exhibe las consecuencias de la ostentación social, frontis de falso brillo apuntalado por el dinero del usurero mientras quedan prendas para embargar. *Casarse pronto y mal*, al fustigar la despreocupación de la juventud contemporánea, narra un episodio trágico cuyo sello autobiográfico salta a la vista.

En otros artículos "Fígaro" critica la sociedad de buen tono y su hipocresía; luego la vanidad de las clases media y baja; ¡qué *vis cómica* en la grosería francachona de aquel castellano viejo que presume de hombre fino y para quien la urbanidad es voz sinónima de hipocresía!

Larra ridiculiza la descortesía del empleado público, el papleo oficial, el eterno "vuelva usted mañana".

La fatuidad patrioterica le arranca la amarga confesión: "Aquí tenemos el orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros".

Un reo de muerte está concebido en el mismo orden de ideas legalistas que Larra en otro lugar expone con respecto a la pena de muerte "reglamentada y judicialmente llevada a cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable". Al igual que Fernán Caballero en *La familia de Alvareda*, el autor de *Macías* refiere las usanzas y formalidades trágicas que acompañan la triste ceremonia de la pena capital. Vale la digresión el confrontar a los dos costumbristas en las sendas descripciones

de la escena culminante del suplicio del garrote. Cuenta "Figaro":

"El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj: las doce y diez minutos: el hombre vivía aún. . . . de allí a un momento una lúgubre campanada de San Millán, semejante al estruendo de las puertas de la eternidad que se abrían, resonó por la plazuela; el hombre no existía ya: todavía no eran las doce y once minutos. La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre". (4).

Y Fernán Caballero, mujer que era:

" se sienta en el banquillo, le atan y le colocan el garrote al cuello; el verdugo está detrás, el sacerdote entona el Credo, el verdugo tuerce el tornillo, un grito unánime suena en la plaza. "Ave María Purísima". Con esta invocación de la Madre de Dios se despide la humanidad del condenado, a quien la mano del verdugo separa de ella. El verdugo tapa la cara al ajusticiado con un paño negro. Un silencio profundo reina en la plaza, sobre la cual, como el verdugo el paño, extiende la muerte sus negras alas". (5).

Si quisiéramos ilustrar la discrepancia entre el romanticismo y el clasicismo confrontaríamos las dos descripciones con tres palabras de Salustio que bastan para representarnos el suplicio por estrangulación sufrido por Léntulo: "laqueo gulam fregere". Le destrozaron la garganta con una cuerda. (6).

Una visión naturalista del suplicio del garrote y que se refiere a un evento que tuvo lugar en México en 1839 la hallamos en *Los Bandidos de Río Frío*. Payno lo aprovechó así: "Allí (en la plaza de Mixcalco) un cuadro de tropa estaba formado y en el centro las máquinas destinadas a la ejecución, que eran bien sencillas: una viga, un banquillo y un anillo de fierro. Quince minutos después los criminales habían dejado de existir y permanecieron hasta la noche sentados en sus banquillos con el pescuezo tronchado por la *mascada*, las cabezas inclinadas y las lenguas negras de fuera".

Es sintomático de la opresión política en la España de aquel entonces el frecuente uso de seudónimos y aun varios diferentes por parte de los autores. Larra tiene todo un surtido de esas máscaras y usa a veces tres antifaces diversos en el mismo artículo como v. gr. cuando se dirige con el nombre de "Andrés Niporesas" a "Figaro" hablando de "El pobrecito hablador". Quedóle pegado el apodo de "Figaro".

Notas

- 1.—Ludwig Pfandl: Historia de la literatura nacional española en la edad de oro. Pág. 389.
- 2.—Subtítulo de Panorama Matritense, artículo primero, pág. 98 de *Obras completas de Figaro*, (D. Mariano José de Larra) Tomo II.
- 3.—Alfonso Reyes: El deslinde, pág. 31.
- 4.—Obras completas de Figaro, (D. Mariano José de Larra) Tomo I, pág. 477.
- 5.—Fernán Caballero: La familia de Alvareda, Cap. VIII, pág. 126.
- 6.—Salustio: Catilina, pág. 160.

RAMON DE MESONERO ROMANOS

Enamorado de las calles de Madrid como Guillermo Prieto y Luis González Obregón de las de México, el "Curioso parlante" vació su costumbrismo en artículos de prensa al igual que su desgraciado amigo "Fígaro", a quien vió todavía el día del suicidio cuando ni uno ni otro sospecharon que la tragedia estaba tan próxima.

Iniciando el decenio de sus artículos periodísticos sobre las costumbres madrileñas, el autor publica en 1832 sus primeros cuadros en la entonces única revista literaria, *Cartas españolas*, que también sirve de foro a "El solitario".

La quinta edición (1851) de *Escenas Matritenses*, colección de cuadros costumbristas que aquí nos interesa más, distingue una primera época de 1832 a 1836, y otra segunda de 1836 a 1842. El título de *Panorama matritense* para la primera época no se menciona ya. Concluye *Escenas Matritenses* con nueve poesías festivas y treinta interesantes notas del autor que habla de sí mismo en la tercera persona, ora en un intento de autocrítica, ora comentando las costumbres descritas, o bien aclarando puntos de interés para el avalúo de su obra, fijando a la vez su posición de costumbrista y moralista.

En el apéndice del album hállanse cuatro cuadros de costumbres (desenterradas de viejos cartapacios a deseos de los editores Gaspar y Roig) y un artículo intitulado *Contrastes, tipos perdidos, tipos hallados*, embrión de una colección que no llegó a reunirse hasta 1862. Explica el autor en la nota 29: "Contrastes.—Tipos perdidos. tipos hallados.—Por los años de 43 a 45, bullía en la mente del autor el continuar en una tercera serie la revista de costumbres contemporáneas, y para hacerla más picante y sensible el contraste de las presentes con las pasadas, ideó oponer a cada uno de los tipos que ha producido la moderna organización del país, otro de los análogos en influencia que presentaba la antigua: idea que se hubiera alcanzado a desempeñar bien, parecíale que realizaba completamente su objeto. Pero cuando empezaba a borrar papel y a formular su pensamiento, apareció el prospecto de *Los Españoles pintados por sí mismos*, y fué invitado por su editor, el señor Boix, para tomar parte en la redacción de aquella obra notable. Tomó-

le en efecto, en los dos artículos titulados *La Patrona de huéspedes*, y *El Pretendiente*, y al terminar dicha obra aplicó a su final el boceto de la nueva que se había propuesto escribir, y bajo el título de *Tipos perdidos, tipos hallados*, publicó el que actualmente coloca en lugar más propio para terminar la colección de sus *Escenas*".

Veinte años después, con cierta tristeza, el autor confiesa en *Adiós al lector*, que antepuso a guisa de prólogo a *Tipos y caracteres*, que no había logrado su propósito: ". . . . aspiró a generalizar más en una tercera obra la pintura satírica moral de las costumbres y caracteres contemporáneas, no precisamente contraídos a la localidad de la capital, sino abarcando la generalidad de la sociedad moderna española". No presenta el libro más que un "apéndice o continuación" de *Escenas matritenses*.

Al contrario de este libro, *Tipos y caracteres* fué compuesto de artículos que el autor había guardado en su escritorio. El mismo señala la colección como "verdadero traslado fotográfico de mi descompuesta mesa de escribir". Carecen estos artículos de espontaneidad, falta que los excluye del género costumbrista que no admite manjares recalentados. Dice el autor: "Tal vez en el desempeño literario se advierta también, si menos espontaneidad e interés dramático, alguna más filosófica intención".

Honduras psicológicas no caben en el costumbrismo. La observación no suele penetrar. El manejo de la sonda estaría reservado al realismo y el naturalismo.

Llevados por el interés bibliográfico hemos insertado al final del presente capítulo el índice completo de *Escenas Matritenses*. Entre *La casa de Cervantes* (23 de abril de 1833) y *La vuelta de París* (abril 1836) media el viaje de recreo que llevó al autor a Francia e Inglaterra.

En el mismo mes fué fundado *El Seminario pintoresco español*, revista que dió cabida a los cuadros de la segunda época.

Es significativo para la actitud apolítica y hasta antipolítica de Mesonero Romanos el observar como el autor cambia de tribuna cuando ésta muestra la tendencia de politizarse. Esas mudanzas, la del 1 de diciembre 1832 de *Cartas españolas a Revista española*, y la de este órgano a *Diario de Madrid*, mudanzas las dos llevadas a cabo para hacer los cuadros de costumbres "más independientes de las circunstancias presentes y

para separarlos absolutamente de toda tendencia política", demuestran la ética del autor que prefiere la independencia de criterio al éxito material. En *Costumbres literarias* expresa claramente: "Yo no soy escritor político", y más adelante: "los autores prefieren los periódicos, el parlamento, el liceo. . . . Acaso sólo Zorrilla y el Curioso parlante han preferido conservar su nombre exclusivamente literario y su independencia política y social". Una y muchas veces afirma este su firme propósito de mantenerse alejado de la política, y cuando alguna vez lo arrastra la corriente como en la prosopopeya de *Las sillas del Prado* o en *Una junta de cofradía*, entonces se retracta en una nota afirmando que "no es política su misión sobre la tierra".

Cartas españolas albergan los primeros 21 cuadros incluyendo *El Campo Santo*. *Revista española* recoge los 15 artículos desde *Pretender por alto* hasta *La casa de Cervantes*, y *Diario de Madrid* transmite en su "modesto folletín" las 8 escenas desde *La vuelta de París* hasta *A prima noche*.

Al enfocar aquellos diez años de costumbrismo concentrado de Don Ramón Mesonero Romanos, fundador, junto con Estébanez Calderón y Mariano José de Larra, del nuevo género en España, hemos apenas rozado el vasto material que el autor juntó en su vida de asiduo observador y ameno pintor de todo lo que concurrió a la formación del medio ambiente físico y moral de su época. *Escenas Matritenses* gira en torno de 1833, año trascendental para España por la muerte de Fernando VII, y que dió principio a un período de acontecimientos graves como lo eran el nuevo sistema político, la guerra carlista, la convocación de las Cortes, la promulgación del Estatuto Real en 1834, la supresión de los conventos y el cólera asiático. Estos sucesos obraron un cambio fundamental en la configuración política y social de la Península, ocasionando a la vez una variación casi brusca de los hábitos. El "Curioso parlante" se dió cuenta cabal de ese cambio que trasciende de su obra. Y ello no sólo en cuanto toca al contenido, sino también la forma de expresión. Llega ésta a ser más franca desde el momento en que el autor no está ya obligado a tantos recovecos a causa de las trabas de la temible censura política.

Leemos en la nota 9: "La grave enfermedad del rey Fernando VII en septiembre de aquel año (1833), y la caída del ministerio de los diez años, la amnistía y la gobernación temporal de S. M. la reina, inauguraron en España la nueva era po-

lítica que tomando después tan rápidas y diversas fases cambió completamente los hábitos y condiciones de nuestra sociedad. En esta época de agitación febril y de bruscas transiciones en las costumbres y usos populares, le tocaba describir estos y procurar corregir aquellas al festivo y poco profundo autor de estos cuadros;". Y en la nota 10: "Policia urbana... la verdadera época de reforma saludable en todos los ramos de la administración municipal de esta villa, data indudablemente desde 1834 y 35 en tiempos de los nuevos ayuntamientos,..."

Cotejando los primeros artículos de la primera época con los últimos de la segunda, notamos, que al agotarse, como es natural, el acervo de las observaciones inmediatas, el autor las profundiza, y reflexiona sobre ellas, en un afán de añadir intencionalidad crítica a la primera observación despreocupada. Así se acerca de la prédica moral, menos insistente que en Larra, no por ello imperceptible, novelando a la vez más y más. Hitos en este camino de transformación son *La Politico-manía* (publicado en 1833) y *Antes, ahora y después*. Observa el autor en la nota 9: "Pálido es, sin dudar, por ejemplo, el argumento del titulado la "Politico-manía" (publicado en 1833) ... Por lo demás, ¡qué diverso aspecto ofrecía aún una sociedad donde este vicio naciente (la política) podía combatirse con paños templados y suaves emolientes como el presente artículo, y quién le había de decir al autor que en el transcurso de pocos años había de cambiar aquella hasta el punto de producir la incisiva sátira de Figaro..."

Menos cáustico en su crítica, "El Curioso parlante" se expresa en un estilo más prolijo que Larra. Fuera de la anchurosa forma verbal al uso de la época su decir no tiene visos románticos ni busca efectos melodramáticos. El autor guarda su impassibilidad aun en las escenas más trágicas. La ironía fina y disimulada, que pudiera ser mexicana, se esconde detrás de un tono jocosero que más de una vez déjanos en la duda si el autor quiere burlarse o si habla en serio. Cuando expresa sentimientos lo hace objetiva y fríamente en un tono tranquilo, desprovisto de énfasis. Así las escenas más trágicas pierden su tristeza dejándonos resignados con lo inexorable de las cosas humanas. En otras la vena burlona de Mesonero corta la sentimentalidad de raíz, señaladamente cuando parodia el estilo trivial, adjetivado e hiperbólico del romanticismo barato.

El tono moralizador le va menos bien. Ya que un sólido

fondo religioso le impide tomar a la ligera las cosas de la Cuaresma, en *Martes de Carnaval y el miércoles de ceniza* se solemniza su genio festivo, y severas figuras alegóricas destilan moral y enseñanza. Al principio tenemos que hacernos fuerza para tomar el sermón al pie de la letra, sin buscar la befa detrás de las palabras altisonantes.

Mesonero se mofa a sus anchas del romanticismo. Cuando escribió *El romanticismo y los románticos* habían pasado diez años desde que Victor Hugo dió forma al dogma romántico. El autor traza el círculo vicioso descrito por el romanticismo, que sale de España del Seminario de Nobles en la cabeza del niño Victor Hugo de entonces ocho años y regresa después de largo recorrido a Madrid "tal que ni el mismo Victor Hugo le conocería". El cuadro es una caricatura perfecta del nuevo movimiento literario. Dice el autor en una nota marginal: "El mérito de este cuadro... fué en darle a luz en los momentos en que la nueva secta Hugólatra dominaba en toda la línea del uno al otro extremo de la república literaria".

Las costumbres literarias le preocupan constantemente. En el artículo así titulado pinta la eterna pobreza del "mero literato que no sirve para nada y sirve para todo"; los trámites hasta la impresión del libro, la tiranía del censor, las ilusiones materiales que redundan en deficit, el idealismo puesto a prueba el día último del mes y la *aurea mediocritas*, manantial que ha sido de tantas obras de arte.

La pobreza del poeta es un tema romántico. Pero Mesonero no lo trata románticamente sino con broma benévola y sin amargura.

Con frecuencia su costumbrismo lo lleva a comparaciones entre el ayer y el hoy, la aldea y la capital. Para aquel joven moderno en *El duelo se despide en la iglesia* el respecto a la voluntad de un moribundo no es sino "antiguallas del siglo pasado" y el autor exclama con ironía: "Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores para las humildes sepulturas de aldea. Nosotros los madrileños... para nada necesitamos esos consuelos".

No es muy lisonjera la crítica sardónica que vierte sobre la mujer. La joven viuda se desvanece y "cae redonda en el almohadón" y en lugar de concurrir al funeral de su esposo, permanece en la casa "envuelta en gazas negras... y un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponía largas horas de tocador".

Antes, ahora y después compara a la mujer de los tiempos de Carlos III con la de 1837, y llega el autor a la conclusión de que "así es de temer en la mujer el extremado recogimiento y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustración y una completa libertad".

Aquí como en toda la obra del "Curioso parlante", lo general humano no ocupa menos lugar que las costumbres españolas. Su tono de socarronería bonachona, antes de llegar a la amargura de Larra, suele parar en un gesto mental como quien alza los hombros sin expresar desprecio: "homo sum.....". Con todo, sentimos algo como agresividad y rencor personal cuando habla de la mujer: "Para recuperar los gozos de la juventud se escuda con el pretexto de la hija que suele ser en madres verdes el salvoconducto de su ridícula disipación".

Constituye una observación psicológica más que costumbrista cuando habla de la madre que está celosa de su hija de quince años: "hubiera deseado ocultarla... disminuir su brillantez con la sencillez de su traje" y llega Mesonero a la generalización de que "la moda y los preceptos del gran mundo obligan a muchas mujeres a aparentar lo que no son", insinuando que la mujer de mundo disimula su virtud y finge ser viciosa.

En *Almoneda*, título que a la manera de esos diminutos sombreritos de mujer cubre poco pero llama la atención, Mesonero presenta a un tipo universal más que madrileño, Policarpo Omnibus, una subasta y un idilio.

De mucha sal es la historia, vaciada en más de cien redondillas, de un coche ambicioso desde su nacimiento hasta su ocaso en el "lupanar de coches", donde

"lloran su pública afrenta
cien románticas carrozas
cien clásicas diligencias".

Los viejos coches siempre tienen un fuerte sabor costumbrista, y más de una vez el "cronista de Madrid" los hace objeto de su observación como v. gr. en *Policia urbana*, donde capta habilmente los rasgos específicos de los vehículos diversos: "los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado, la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embes-

tida de los bombés facultativos, y la vacilante dirección de los calesines".

Una noche de vela nos introduce en la recámara de un conde gravemente enfermo donde se reúnen cuatro médicos para ridiculizar los métodos curativos en boga. Un Brownista recomienda un tónico de treinta y dos ingredientes; un discípulo de Broussain seis docenas de sanguijuelas; un adepto del homeópata Hahnemann una parte de un grano de arena disuelta en tinaja y media de agua del Rhin; y un empirista propone que el enfermo se levante y salga a paseo "tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del Vomítoni-purgui-Velocífero de Le Roy".

El entierro de la sardina en el Montmartre de Madrid, fiesta callejera por excelencia, llena de color local y añejas tradiciones folklóricas, anima un fresco callejero con la desenvuelta Chusca como personaje central, su marido a fuer de figura decorativa y su cauda de amantes entre los cuales las riñas de fin de fiesta hacen la selección natural.

También en otros cuadros Mesonero evoca la calle, sus olores, sus ruidos. La exhalación pestífera de los besugos "vivitos de hoy"; el humo de las hachas que acompañan el Santísimo Viático; el tañido frecuente de las campanas que repican recio a fiesta o melancólicamente a muerto; los gritos de los vendedores, agudos y disonantes: "Guá a sebá fría"; "de la fuente la traigo, ¿quién la bebe?"; "de la lotería-aaao-cha-vó-A-ochavito los fijos"; "cartas de pega"; "una calesa mi amo".

Enumera las molestias que incomodan al transeunte: "Señores, a un lao, chás" (en México gritan "golpéee"); las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los niños; las riñas de los aguadores en las fuentes "por tomar vez para llenar"; "los inevitables sorones de los panaderos ecuestres".

Ciertas calles asumen especial importancia como la Puerta del Sol, corazón de España, con el patio de correos y la casa de postas donde salían las diligencias; o revisten interés particular por lo pintoresco de sus habitantes, como Lavapiés y El Barquillo donde topamos con el manolo de calzón y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calanés y donde la manola de "zagalejo corto, mantilla de tira echada a la espalda, peineta terciada y cesto de trenzas en la cabeza" llena los aires con su risa fresca.

Señala el autor las ferias y otros eventos ligados con días del año u horas del día: la Romería de San Isidro con sus puestos de Santos, bollos y campanillas, sus frascos de aguardiente "bautizado y confirmado"; la mañana de San Antón con la romería "de las vueltas" por las calles de Hortaleza y Fuenca-rral.

A mercado o bolsa de actores equivale la costumbre descrita en *Los cómicos de la Cuaresma*. Se cierran los teatros, y sólo hasta el domingo de Pascua empieza el nuevo "año cómico". En la Semana Santa bajan a Madrid los autores o formadores de las compañías para buscar entre los cómicos de la lengua y las compañías de "pipirijaña" los indispensables "galanes, barbas, graciosos, característicos y partes de por medio". Pulula entonces el gremio cómico en las cercanías del parador de Zaragoza y Barcelona.

Asistiendo a uno y otro "particular", es a saber función de prueba, el formador busca a protegerse de desilusiones posteriores.

Dividen el día las comidas; la siesta, esa "segunda noche" de los madrileños; los paseos de tono en el Prado o el Retiro. Para los domingos se reservan los paseos retirados: el de la pradera del canal, la Florida, la Virgen del Puerto, la Fuente Castellana.

Acusando uno de los frecuentes paralelismos hispano-mexicanos "La empleomanía", descrita en 1832 por Mesonero, habría de mover la pluma del doctor Mora, seis años más tarde, en su "*Discurso sobre los perniciosos efectos de empleomanía*". Sinónimo del "hueso" mexicano era entonces el "empleito" peninsular, o también el "turrón".

En literatura coincide la fundación del Ateneo científico y el Liceo artístico y literario en 1835 y 36 que "da principio de la época de regeneración, de entusiasmo y de gloria" con la creación de la Academia de Letrán de México, merecedora de los mismos epítetos.

La raíz de la mexicana "rifa de compadres" la hallamos en el artículo *El aguinaldo*, donde Mesonero habla de la "burlesca ceremonia, aun bastante generalizada en las tertulias, de sacar a la suerte en la víspera de año nuevo parejas de hombre y mujer". Y si cediéramos al prurito de decir todo lo que nos pasó por la memoria a fuer de reflejos mentales encaminados hacia México podríamos referir la sorpresa de descubrir

a un Don Lucas Alemán (con "e"), anagramatizado en la persona del médico matritense Manuel Casal (1751-1837) "autor de composiciones festivas de trivial concepto, pero de expresión graciosa y popular" que escribía en el *Correo de los ciegos*, *Correo de Madrid* y *Diario de Madrid*.

Como integrante casero a cual más español, el simpático brasero (cuya voz designa otra cosa que en México) halla la amorosa atención del "Curioso parlante" que nos lo pinta típico y primitivo con su sencilla caja o tarima, su blanca ceniza y sus encendidas ascuas, su badil excitante y su tapa protectora, su calor suave y silencioso, su centro convergente de sociedad, su acompañamiento circular de manos y pies". El movimiento de escarbar arreglando en forma piramidal las ascuas y pasando el badil encima de la ceniza dió origen al modismo brasileril "echar una firma".

No faltan observaciones que iluminan el carácter nacional, regionalmente las más veces: "Un navarro verdadero, honrado y testarudo, generoso y determinado"; ni decires significativos como el "no importa", que tantas veces ha hecho triunfar de nuestros enemigos"; ni alusiones que ponen en solfa las tendencias renovadoras de la época: "... deshacer lo hecho sólo porque existe, y ensayarlo todo y todo exagerarlo, y llevar el género clásico-retrogrado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse". También en México los románticos solían ser liberales, y conservativos los clásicos.

Coadyuvan a la caracterización de los tipos los nombres que el autor da a sus personajes: Don Perpetuo Antañón o Don Teodoro Sobrepuja; o cuando nos presenta a la gorda vizcaina Doña Juliana Arrevaygorregoyquirrumizaeta a guisa de manual de raíces vascas.

Para poder enfocar los diversos tipos de las provincias, el matritense los reúne en una como subasta del arrendamiento de una posada. Da rienda suelta a su genio festivo en este traspaso del "parador de la higuera", hermanando en los diez postores cualidades regionales y humanas.

Al igual que Guillermo Prieto, Mesonero Romanos era también poeta costumbrista, aunque su prosa versificada no llega ni con mucho a los romances del mexicano. El mismo confiesa con resignación que no era poeta.

En su última nota, Nr. 30, leemos: "Hasta que más entrado en años, y dado lugar en su mente a la calma de la reflexión, y al

estudio verdadero de sus facultades, reconoció con dolor que en todas aquellas poéticas composiciones no había asomos de poesía.....". En tal convicción el Curioso parlante, cierto día, "cogió un fósforo, arrimólo a toda aquella papelería de mal pergeñados trovos, y dió con ellos o sus cenizas en el carro de la limpieza".

Los pocos versos que se salvaron de las llamas hallaron acomodo ora en el apéndice de *Escenas Matritenses*, ora intercalados entre los cuadros en prosa, como v. gr. *El coche simón*, *El paseo de Juana*, *Una junta de cofradía* y *Requiebros de Lavapiés* (en romance).

Se conoce que Mesonero está menos hecho al roce del pueblo bajo que no el autor de *La Musa callejera*. No acierta con el tono rufianesco ni muestra el estro vehemente de "Fidel", a cuyo costumbrismo versificado ciertamente no se puede afejar palidez expresiva. Comparemos la temperatura:

Pone el matritense en boca del Zurdillo, perdonavidas del barrio de Lavapiés:

"mas ¡qué son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana?

Fantasías juveniles,
celos, propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas".

Cuán lejos quedan esas palabras de la fiera brutalidad leperesca que se desprende de El romance de la *Migajita* de "Fidel":

".....¡eh, contente, no la mates!
.....que estaba la Migajita
revolcándose en su sangre.....
Sus largas trenzas en tierra,
con la muerte al abrazarse,
la miramos de rodillas
ante el hombre, suplicante;
pero él le dió tres metidas
y una al sesgo de remache.

.....El celo es punta de rabia,
el celo alcanzó matarte,
que es veneno que hace furias
las más finas voluntades".

A la vez resalta la diferencia entre la manola madrileña y la china mexicana. Esta se pega como hiedra a su hombre con todo y que el rufián la mate. En cambio, en la manola la excesiva brutalidad del amante enfría el cariño.

A juzgar de la defensa a que el "Curioso parlante" se deja llevar en una de sus notas, la cuestión de si Mesonero Romanos imitó a Larra o si éste tomó por modelo a aquél parece haber sido un punto de controversia. Juan Eugenio Hartzenbusch la decide exponiendo a la vez el *castigat ridendo mores* del autor de *Escenas Matritenses*. En su prólogo a esta obra dice: "...hablando el señor Mesonero con la risa en los labios a sus quisquillosos compatriotas, disfrazándoles la lección con apariencia de la chanza, pudo atraerse un auditorio cada vez más crecido, cada vez más contento con el amable filósofo que castigaba realmente, pero que fingía acariciar..... Ningún español ni extranjero nos tenía hechos a esas ligeras y graciosas obritas: el mismo Figaro era imitador del Curioso Parlante".

Escenas Matritenses por El Curioso Parlante (D. Ramón de Mesonero Romanos) Quinta Edición. Unica completa, aumentada y corregida por el autor e ilustrada con 50 grabados. Madrid 1851. Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, Editores Calle del Príncipe, Núm. 4. 1851.

INDICE

	pág.
Primera época (1832 a 1836)	
Prólogo	3
Las costumbres de Madrid	5
El retrato	6
La calle de Toledo	8
La comedia casera	10
Las visitas de días	13
Los cómicos en Cuaresma	15
La romería de San Isidro	17
La empleo-manía	19
Un viaje al sitio	20
El Prado	23
Las casas por dentro	26
1802-1832	28
Los aires del lugar	30
El paseo de Juana	32
El día 30 del mes	34
El amante corto de vista	35
Las tiendas	38
El barbero de Madrid	40
Las ferias	41
Grandeza y miseria	43
El Campo Santo	46
Pretender por alto	47
La político-manía	50
El aguinaldo	52
Las tres tertulias	53
El extranjero en su patria	56
La capa vieja y el baile de candil	58
Las niñas del día	60

El dominó	62
La compra de la casa	65
Los paletos en Madrid	66
La filarmonía	68
Policia urbana	70
El día de fiesta	72
La casa a la antigua	76
La casa de Cervantes	78
La vuelta de Paris	80
La procesión del Corpus	83
El Diario de Madrid	86
Paseo por las calles	89
El patio de correos	91
Las casas de baños	93
El sombrero y la mantilla	96
A primera noche	98
Segunda época 1836 a 1842)	
El observatorio de la Puerta del Sol	101
Mi calle	102
El salón de Oriente	104
Costumbres literarias (x)	105
El día de toros	109
Una vista a San Bernardino	113
El Cesante (x)	116
El duelo se despide en la iglesia (x)	119
El alquiler de un cuarto	122
El romanticismo y los románticos (x)	124
El coche simón (x)	128
La almoneda (x)	132
Hablemos de mi pleito	135
Madrid a la luna	138
La Bolsa	142
Antes, ahora y después (x)	145
Requiebros de Lavapies	150
Una noche de vela (x)	151
De tejas arriba	155
Las sillas del Prado	160
El teatro por fuera	164
La exposición de pinturas	167
El recién venido	170
Una junta de cofradía	174

El martes de Carnaval o el encierro de la sardina (x)	177
La posada o España en Madrid (x)	181
El espíritu de asociación	187
Tengo lo que me basta	190
Al amor de la lumbre o el brasero	193
Inconvenientes de Madrid	195
Los jardines del Retiro	199
Las traducciones	201
La Guía de forasteros	202

APENDICE

Cuatro para un hueso	206
El gabán (1842)	206
Música celestial	208
La plaza Mayor (1845)	209
Contrastes, tipos perdidos, tipos hallados	213

Poesías festivas

El poeta y su dama	223
No sé si me esplico, letrilla	223
Una beldad parisiense	224
La carga consejo	225
Cuentos	226
Epigramas	226
Los misterios de Madrid	227
La cuaresma	228
Un hombre independiente	229
Notas	231

Los artículos marcados con (x) forman la selección de la Colección AUSTRAL, formando una quinta parte aproximadamente del conjunto total de las Escenas Matritenses.

ad: Contrastes, tipos perdidos, tipos hallados.

Este artículo contiene los siguientes tipos:

- Tipos perdidos: El religioso
 El consejero de Castilla
 El lechuguino
 El cofrade
 El alcalde de barrio

Tipos hallados: El poeta bucólico
El periodista
El contratista
El juntero
Los artistas
El elector
El autor de bucólica

SERAFIN ESTEBANEZ CALDERON

Si habría que comparar el estilo de Serafín Estébanez Calderón en *Escenas Andaluzas* con el de Mesonero Romanos, la estructura de sus oraciones se nos antojaría vertical frente a lo horizontal de la retahíla de conceptos que suele ensartar el malagueño.

Estébanez Calderón, "El Solitario", malagueño, reúne en sus personajes principales tantas cualidades andaluzas, que en vez de exhibir tipos, crea originales. Resulta que su costumbrismo al igual que la caricatura pierde en objetividad lo que gana en impresionismo. Sus descripciones corporales y de movimientos físicos son sumamente pormenorizadas. El análisis psicológico lo deja a cargo del lector a quien ayuda en esta tarea dando a sus figuras nombres y apodos significativos como Don Veremundo o La Polvorilla. A veces es el autor que narra las costumbres, otras veces las escuchamos por boca de supuestos expertos. Llegamos a conocer a catedráticos en coreografía y doctores en materia de la capa y el cigarrillo. Chorreando latines, a todo le da un aire pseudo-científico y doctrinal.

Estébanez Calderón no es un escritor representativo del romanticismo. Ello no obstante, como también en Mesonero Romanos, los síntomas románticos consisten en las "Vidas vividas, exuberantes y fértiles" que para Martin Hume son una cualidad significativa de la escuela romántica (1). Y no se puede negar a la obra de "El Solitario" una lozanía francamente barroca. En cambio no hay sentimentalismo alguno y la lágrima romántica no se asoma. Complicada, llena de oraciones revesadas y a veces tan abstrusa que necesita exégesis, la dicción encrepada del inquieto malagueño es vigorosa y libre de afeites alfeñicados. El querer traducirla a un idioma extranjero sería empresa punto menos que imposible. Su estilo es tan caprichosamente andaluz como él mismo, y su vocabulario, a la vez que ahuyenta al lector común, debe atraer al poeta.

"El Solitario" no es predicador moral. En *Don Opando o unas elecciones* dice: "... dejando estas observaciones y moralidades por lo mismo de ser tan patéticos y sentimentales" (2). Antes parece un cínico cuando habla de "mi natural di-

sonante y exótico" (3), o cuando exclama en otro lugar: "por más que me canten la coplilla del Maestro de Santiago que dice:

"Los infantes de Aragón
¿Qué se hicieron.....?"

a mí no me la cuelen, que yo me dejo llover del placer bonitamente, y, a pesar de todo, digo que no he de recordar ni la destrucción ni la muerte, por los ojos de la cara que me pidiesen" (4).

Las flores que echa a la mujer y cierto sonsonete con que hace mención de los maridos como v. gr. "el marido u otra bestia por el estilo" (5) lo señalan bastante.

De las costumbres que pinta, algunas tienen fuerte sabor local; otras en cambio no son menos españolas que andaluzas

En *Rifa Andaluza*, el rifador de la fiesta remata en subasta jocosa una rosa, que la "reina bailadora" recibe de manos del galán más liberal. Luego los majos tratan de aventajarse mutuamente para evitar el "beso del niño", ya que él que menos ofrece debe allanarse a besar un rábano vil.

En *El Bolero*, que no es baile sino "una glosa más pausada de las seguidillas", hijo de la Jacarandina y la Zarabanda, escuchamos la historia y prosapia de esa danza referidas por un viejo bolerófilo. Los ritmos fascinadores de Ravel nos vienen a la memoria.

El axioma "in vino veritas" vemos ejemplificado en *Los filósofos en el figón*.

La imaginación andaluza se halla encarnada en el superandaluz Manolito Gazquez con su "ver por telescopio y expresarse por pleonasma". Aquí el temperamento sevillano chispea y alborota al calor de la fantasía meridional, ponderativa y exuberante. No llega a la mentira por la falta de intención de mentir y porque el autor cree en sus imaginaciones.

Las malas costumbres electorales de la época son vapuleadas con mucha gracia al través de las intrigas políticas del tuerco y zopo Don Opando que paga su elección a diputado con un alfilerazo fenomenal que una vengativa andaluza le inserta en delicado lugar. "Pero al fin saqué maycra y seré diputado" consuélase el politicastro.

Los fines de fiesta y los llamados "juegos llanos" suelen dar oportunidad y pretexto para ajustar cuentas personales. *El Roque y el bronquis* se llama el artículo. La bronca se desata a

la voz mágica de "roque", señal para apagar la luz y venir a las mancs, "porque la Polvorilla ha dado celos de mala muerte con uno de esos costeños al Pato". El resultado es, que "ese costeño", uno de los guitarristas, amanece con su instrumento "puesto por corbata".

En *Toros y ejercicio de la jineta* la fiesta brava como costumbre española por excelencia se halla explicada con erudición y finura desde su origen caballeresco, cuando se toreaba a la jineta como todavía hoy en Portugal, hasta la fase profesional. Este cuadro ha de deleitar al taurófilo por su acopio de datos. De pasada, el autor habla de las "Hermandades de Maestranza", institución andaluza que recuerda las sociedades de charros de México.

Asistimos al baile andaluz en el cuadro intitulado *Un baile en Triana*. Después de anudar el tiempo actual con las épocas lejanas en que arraigaron las costumbres, el malagueño enfoca la atención en la tríade de "él que baila, él que canta y él que toca", dirigida por "los dedos sobre la mesa o las palmas en alto", descansando de vez en vez las bailadoras para escuchar el canto de algún romance antiguo "que señalan con el nombre de corridas" (con "a").

Baile al uso y danza antigua es uno de tantos ataques de este autor españolísimo contra los afrancesados; Mesonero Romanos los critica también con gracia, refiriéndose a los tiempos de antaño "en que los españoles no se habían aún traducido del francés". Fulminando contra los agabachados, "El Solitario" exclama: "El diluvio francés que casi ahogó nuestra nacionalidad en principios del pasado siglo, puso en olvido, al menos en las clases elevadas estas tradiciones de las costumbres y usos de nuestras diversas provincias". Quéjase el malagueño de que los pases franceses destierran las danzas españolas. No puede sufrir "esos concursos de estatuas silenciosas" como se le antojan los bailes extranjeros al lado de la danza española "viva, sentida, gallarda y apasionada". Viene al caso lo que Larra en su artículo *Jardines públicos* dice del baile español: "Nótese la índole de los bailes nacionales. En el norte de Europa, y en los climas templados, se hallaron los bailes generales casi. Acerquémonos al mediodía; veremos aminorarse el número de los danzantes en cada baile. La mayor parte de los nuestros no han menester sino una o dos parejas: no bailan por los demás, bailan uno para otro".

Las escenas *Gracias y donaires de la capa y Fisiología y chistes del cigarro* ponen en boca de individuos llanos y poco cultos tal como no pueden dejar de ser los sirvientes del autor, sendos doctos y larguísimos discursos que recuerdan las razones que pasaron entre Don Quijote y su escudero, arrojando éste refranes y refrenando aquél la demasiada locuacidad de Sancho.

Si Mesonero Romanos abomina de todo lo que huele a política, no así Estébanez Calderón. Hay numerosas insinuaciones de sabor político llenas de una crítica apenas disimulada como aquella al final de *El Roque y el bronquis* cuando "El Solitario" aconseja a su amigo inglés de traducir el artículo, a lo que se niega el amigo diciendo: "No lo traduzco, amigo mío, porque para dar una idea real de lo que es en este país dar un "Roque" y armar un "bronquis", he traducido ya minuciosamente y muy por menor la sesión de las cortes españolas de 16 del mes de marzo del año de gracia 1846".

El doctor de la capa, Capita, explica los treinta y tres mil y tantos suertes de la capa de rua, de tros y de a caballo y hay que leer ese artículo para saborear toda su sal.

El cigarro es otro "inapreciable mueble y joya" y le toca a Puntillas, el otro sirviente de "El Solitario" de hacer la apología. Es interesante observar como hace un siglo, la gente, en lo que al fumar se refiere, estaba todavía bajo cierta impresión de novedad. Mientras hoy día el tabaco y su uso no provoca más comentarios que la cebolla o la patata, hace cien años, si bien ya alejada por dos centurias de su introducción, la costumbre de fumar era todavía objeto de frecuentes consideraciones y los juicios sobre el tabaco mueven hoy a risa. Puntillas insiste en la "facultad nutritiva del tabaco". Es bastante divertido un cuento de la guerra de Independencia en el cual un grupo de prófugos se alimenta con una colilla, pasando el humo de boca en boca "hasta hacer rueda final, y vuelta a otro turno". En *Los Españoles pintados por sí mismos*, Ramón de Castañeyra cuenta de los Charranes: "Cuando son varios, el método para apurar un cigarro es el siguiente: Se colocan en fila por orden de antigüedad, y echando suertes, el último a quien toca la china, coge el cigarro y lo enciende. Toma una bocanada de humo, practicando igual operación hasta el último: y esto se reproduce hasta que se consume el cigarro. Muchos que no acostumbran tragarse el humo, devuelven a otro compañero la bocanada que reciben,

y una misma chupada sirve a veces para deleitar las fauces de media docena de fumadores”.

En un opúsculo intitulado *El hombre fino al gusto del día o manual completo de urbanidad, cortesía y buen tono*, publicado en castellano, en 1837 en París, el capítulo *Objetos de capricho* tiene el subtítulo *El cigarro y la pipa*. Dice el autor anónimo hablando del cigarro, que en aquel tiempo era el cigarro puro: “No hay quien antes de meterse en el tráfago de su escritorio no fume un cigarro. Este método saludable para la salud (sic!) que conserva los dientes y la boca sana, era desconocido de nuestros abuelos. Las señoras en Francia no fuman, y dejan este gusto a la vivacidad de las españolas y a las saladas andaluzas. Regla general: no debe fumarse jamás en la calle. No debe fumarse sino por la mañana al levantarse de la cama. Se debe negar siempre el tener el gusto del tabaco, pues debe hacerse lo mismo que con los favores de una dama: son cosas que no se deben jamás confesar”.

Puntillas sostiene que “el cigarro es el más peculiar distintivo de la noble llaneza española, que el más pobre está libre de pedir lumbre para su pitillo al señorón más opulento” y que “este fuero y franquicia del pueblo español no es tan fácil de traspapelarlo y caer en desuso como los que contienen y encierran los aforismos de ciertos añalejos que se imprimen de algún tiempo acá”. Esta insinuación refleja algo de la amargura de los liberales españoles tantas veces desengañados durante los turbulentos años entre 1834 y 1844, lapso, que en lo literario era un decenio de oro.

FERNAN CABALLERO

Fernán Caballero escribió novelas de costumbres. La hija de Juan Nicolás Bohl de Faber, educada en Alemania, publicó *La Gaviota* como su primera novela en castellano, aunque bosquejada en francés. Tenía entonces 53 años de edad. Otro libro trazado en alemán, *La familia de Alvareda*, lo dió a la luz pública siete años más tarde, en 1856. Las dos novelas son intensa e intencionalmente costumbristas. Las incrustaciones policromas de costumbrismo se disimulan en *La familia de Alvareda* en un conjunto más cerrado y unido que en *La Gaviota*, novela que revela todavía cierta inexperiencia literaria de su autora que no sabe limitarse y quiere meter demasiado en un sólo libro. Al escribir costumbrismo español Fernán Caballero debe haberse sentido tan española como español Ruiz de Alarcón. Con todo, ambos a dos conservan en sus obras reflejos de su formación fuera de España. El sentimentalismo en muchos de sus personajes así como toda una serie de expresiones que son moneda corriente en Alemania atestiguan el germanismo de Fernán Caballero; tampoco es muy español su abominar de la fiesta brava "fiesta cruel, inhumana, inmoral; anacronismo en el siglo que se precia de ilustrado" (6); "fiesta nacional y popular, en que se combinan los restos de la brillante y ligera estrategia morisca, con la feroz intrepidez de la raza goda" (7).

La autora habla de las vastas dehesas de Andalucía destinadas a la cria del ganado vacuno; describe los *navazos*, huecos excavados en el arenal de las marismas en Sanlúcar de Barrameda; los *cojumbrales* que cultivan los pobres (8); evoca las fiestas, como la víspera de Todos los Santos celebrada con nueces, castañas y granadas; el Día de Difuntos, cuando los que se atreven a pescar hallan calaveras en sus redes; se hace eco de otras leyendas populares como la que hace del saúco un árbol de mal agüero porque Judas se ahorcó en uno, o del romero una planta venerada porque la Virgen secaba los pañales del niño Jesús en una mata de aquella hierba. Cuenta usos como el de los hermanos del Rosario de la Aurora que salen después de la media noche a rezar por las ánimas o como la de los miembros

de aquella otra hermandad que reclaman los cadáveres de los ajusticiados. Relata supersticiones como la del basilisco o la otra del pito real, yerba misteriosa que quiebra la hoz. Explica dichos populares como v. gr. la expresión de "ése es de los ya está acá" hablando de un hombre listo(9) o la de "ya se van despertando mis quién vive" (10), narrando la autora la divertida anécdota de un español en San Petersburgo, que una mañana de primavera oye la palabra "quién vive" repetida en diversos tonos, sin poder acertar de donde vienen las voces, explicándole un ruso que son los "quién vive" que los soldados de la guarnición dieron durante el invierno y que se helaron con el frío para deshelarse ahora con los primeros calores de la primavera, fenómeno que observó también el hijo de Gargantua.

Fernán Caballero ensalza el genio de los españoles: "En todas las situaciones de la vida son inalterables en España la igualdad de humor, la benevolencia y aun la alegría. Aquí no tenemos la "Schwermut" de los alemanes, el "spleen" de los ingleses, ni el "ennui" de nuestros vecinos. porque no exigimos demasiado de la vida; porque no suspiramos en pos de una felicidad alambicada" (11). Más adelante elogia: "Para entregarse sin reserva a las impresiones que llevan consigo nuestras tonadas y nuestros bailes, es preciso un carácter como el nuestro; es preciso que la grosería y la vulgaridad sean como lo son en este país, dos cosas desconocidas; dos cosas que no existen. Un español puede ser insolente; pero rara vez grosero, porque es contranatural" (12). El andaluz es "tan admirador del valor temerario como enemigo de las maniobras judiciales" (13).

Fernán Caballero se expresa con tanto encomio acerca de todo lo que es español que parece enfocar España de fuera y no de dentro, otro reflejo de lo que llamamos más arriba el germanismo de la autora.

Lo que la mueve a consideraciones críticas son las malas costumbres de hogaño a que han llegado a parar los buenos hábitos de antaño, y esto en muchos casos a causa de la influencia de los acontecimientos políticos. Defensora fiel de la iglesia y el trono, su crítica se endereza contra el liberalismo y la manía de imitar lo extranjero, los "apologistas del divorcio", los "detractores de la santa institución del matrimonio" y aquéllos que "quieren hoy ensalzar esas amazonas que han perdido el bello y suave instinto femenino" (14); muestra el contraste

entre el presente y el pasado; entre los que condescienden a las ideas del siglo y los "chapados a la antigua" (15) y da como ejemplo de la aplicación exterior de las nuevas ideas la actuación del alcalde de Villamar, don Perfecto Cívico, antiguo albeitar, que se ensaña en los nombres religiosos de las calles, dándoles nuevos de altisonancia política, lo que nos recuerda la filípica de Carlos González Peña contra los alteradores de nombres en su prólogo a *Las Calles de México* de Luis González Obregón.

Fernán Caballero sabe fustigar al político mezquino y oportunista cuando señala al escribano del pueblo como "acérrimo defensor del partido triunfante y perseguidor encarnizado del vencido; animal maléfico y hostil, que sólo se domestica con plata". (16)

El complejo de inferioridad nacional se halla ejemplificado en Eloisa que desprecia todo lo que no viene de fuera. En Estébanez Calderón el mismo complejo produce una reacción diametralmente opuesta: lo hace rechazar todo lo que no es español. Larra en cambio se halla libre de ese sentimiento mezquino. En "Vuelva usted mañana" critica el falso orgullo nacional: "Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a las que sabían más que ellas".

NOTAS:

	pág.
1 Martín Hume, "Historia de la España contemporánea"	351
2 Estébanez Calderón, "Escenas Andaluzas"	40
3 Estébanez Calderón, "Escenas Andaluzas"	118
4 Estébanez Calderón, "Escenas Andaluzas"	119
5 Estébanez Calderón, "Escenas Andaluzas"	131
6 Fernán Caballero, "La Gaviota"	210
7 Fernán Caballero, "La Gaviota"	128
8 Fernán Caballero, "La Gaviota"	53-4
9 Fernán Caballero, "La Gaviota"	172
10 Fernán Caballero, "La Gaviota"	171
11 Fernán Caballero, "La Gaviota"	141
12 Fernán Caballero, "La Gaviota"	165
13 Fernán Caballero, "La Gaviota"	137
14 Fernán Caballero, "La Gaviota"	178
15 Fernán Cabalero, "La Gaviota"	179
16 Fernán Caballero, "La Gaviota"	223

LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS

Al gusto de la época e imitando quizá los *Ciento y uno*, colección francesa mencionada por Larra, *Los Españoles pintados por sí mismos* dieron a su vez estímulo para que se escribieran *Los Mexicanos pintados por sí mismos*, album publicado nueve años más tarde, en 1854, y otras series similares, dadas a luz en el último tercio del siglo, como v. gr. *Los Españoles de ogaño* y *Las Españolas pintadas por los Españoles*.

El ejemplar de *Los Españoles pintados por sí mismos* que tenemos a la vista, además de reunir noventa y ocho tipos españoles en su primera parte, alberga en la segunda *Escenas matritenses*, de Mesonero Romanos. Otro ejemplar de este raro libro y que sólo contiene *Los Españoles pintados por sí mismos* se esconde en la Biblioteca Nacional bajo la ficha: *Mesonero Romanos: Escenas Matritenses*.

El conjunto de casi cien tipos aprieta dentro de algo menos de cuatrocientas páginas un volumen igual al de *Los bandidos de Río Frío*, circunstancia que condena la colección al olvido o a sus lectores obstinados a echarse a perder la vista. La inobservancia del clásico "Qui ne sait se borner ne sut jamais écrire" es una de las características del romanticismo y así también del costumbrismo de nuevo cuño, que es uno de sus hijastros.

Hay dos corrientes de interés en el libro para los que queremos penetrar en el espíritu de la época: la temática que descubre al hombre español en su medio ambiente, y bajo la influencia de las nociones políticas, sociales, éticas y estéticas predominantes en el día; y la formal, que nos pone en contacto con el gusto literario de los cuarentas. En su conjunto la obra forma un resonador de la cultura contemporánea de aquel entonces. Tanto seméjanse entre sí los varios artículos por sus formas interna y externa que se nos hace que estamos reclinados sobre un centenar de composiciones de una clase de literatura, entre las cuales hay algunas hermosas, muchas regulares, y no pocas pobres.

La forma exterior muestra un estilo encrespado, adjetiva-

dísimo, conceptuoso y complicado que abusa del cómico de la palabra. La forma interior es enumerativa y pedantesca. Son pocos los autores que no son prolijos o que sepan callar algo. Menos todavía tienen sentido poético. Los retratos tienen la dureza de las imágenes producidas por la daguerrotipia y rara vez un autor sabe pintar evocando impresiones sin ceder al prurito de mostrarlo todo.

Al contrario del periodismo moderno que limita a un máximo el número de palabras, el editor de la época exige del escritor un mínimo de cuartillas, estimulando en vez de refrenar la verbosidad con el resultado funesto de que los autores rehinchén los artículos como mejor pueden, tratando de ganar tiempo y marcar el paso, echando a volar sus pensamientos, de modo que antes de llegar al grano ya queda gastada buena parte del espacio contratado. Además, la época se resiente todavía del afán enciclopédico de clasificar, enumerar, coleccionar; herencia cartesiana, tan útil para la ciencia, tan fastidiosa en la literatura, tan contradictoria en el escritor romántico de suyo desordenado y antiburgués. A ese afán debemos las colecciones de tipos y de retratos que como el libro que nos ocupa abrumán al lector para cuyo recreo fueron escritas.

De todo eso los articulistas se dan perfecta cuenta. Comenta el autor de *La Marisabidilla*: "...con algo hemos de llenar el papel, y de algún modo entretener el largo camino que tenemos que andar; y a la verdad que bien hubiera podido el señor editor acortar algo sus límites, que bastan y aun sobran para dejar rendido al más brioso; aunque si bien se considera, el campo es fértil y da de sí todo cuanto se quiera". Y era el caso, que el editor, Don Ignacio Boix designó a cada uno de los tipos "ocho páginas mortales" como se expresa un cierto licenciado José Calvo y Martín en el artículo *El Médico*.

Dice Zorrilla: "Famosa ocasión era ésta (la colección de los tipos) para hacer alarde de moderna erudición en una de esas largas introducciones filosóficas que ahora se usan en los artículos de los periódicos; y a ser ésta mi voluntad remontaríamos a buscar el origen de los Poetas en los tiempos fabulosos, o antediluvianos, o subiendo aún a mayor altura iría, tal vez, a parar en los serafines que cantan el Hosanna, dándoles por los primeros músicos y poetas del orbe conocido y por conocer".

No se puede pedir mucha variación estructural a cien artículos que se ocupan del mismo asunto, es a saber: describir la

fisonomía física y moral de cien tipos que con frecuencia no lo son, dedicando a cada uno sendas monografías que se reducen en los más casos al nacimiento, milagros y muerte de Fulano de Tal, ya prologando o prolongando el escrito con que al primero de la familia lo encontramos en la biblia con el nombre de Adán, las más veces, haciendo luego escala en la antigüedad para comparar v. gr. la patrona de una casa de huéspedes con Dido o Calipso, avanzando entre ejercicios etimológicos y prestidigitaciones verbales, comparaciones forzadas y conceptos rebuscados, hacia la queja final de que tal tipo, que es siempre "nuestro héroe" aun trátase de un ratero, ya no tiene lugar en los tiempos que corren. Añádase a esa uniformidad de la forma interior lo inevitable de un vocabulario, que a pesar de las torceduras del escritor en el afán de ser original no deja de describir muchas cosas parecidas, y resulta que el hecho de ser diferentes los autores no alcanza borrar cierto efecto de repetición y quien dice repetición piensa monotonía, defecto que no se echa de ver tanto en *Los Mexicanos pintados por sí mismos* como en el album que estamos estudiando: y es que aquella colección ofrece veinte, mas ésta casi cien tipos. La única posibilidad de huír de esa monotonía consiste en prestar vida a los diferentes exponentes sociales, poniéndolos en acción en lugar de describir como suelen actuar, lo que nos lleva al cuento o a la novela de costumbres, forma idónea, en nuestro entender, para instruir divirtiendo en vez de enumerar aburriendo, lo que constituye el lado débil de las colecciones de tipos y aun de los cuadros de costumbres cuando aparecen en masa.

Al hecho de que los diferentes autores leyeron los artículos que ya estaban entregados por sus colegas, se debe cierto contagio formal que se aunaba a las circunstancias descritas para imprimir un sello de uniformidad a los diferentes bocetos. Observaciones como: "Ya al hablar del ventero el célebre escritor de aquel tipo hizo notar" o: "Afortunadamente me ha precedido el retratista del clérigo de misa y olla, que ha dado felice cima y remate a su empresa." nos autorizan a esta suposición.

Algunos de los tipos apenas alcanzan con su vida los cuarentas y el autor mira hacia atrás con un *in diebus illis, in illo tempore*, "en tiempos que allá van" o con la citación de "dichosa edad y siglos dichosos aquéllos", para trasladarnos a los buenos tiempos de Carlos III o los no tan malos de Carlos IV.

Otros tipos son traídos verdaderamente de los cabellos para llegar al número de cien, cantidad que siempre no se logró. Si se incluyen como tipos a todos los individuos de diferentes aficiones como el cazador, el jugador de ajedrez, etc., su número crece al infinito. En el capítulo que trata de *Los Mexicanos pintados por sí mismos*, trataremos más a fondo la teoría de los tipos. Baste aquí dar la opinión de uno de los autores, Fermín Caballero, en *El Dómine*. De haberla tomado a pechos el editor señor Boix, su colección hubiera quedado más reducida.

Después de criticar el propósito (que no se realizó) de dividir la obra en dos partes, comprendiendo un tomo los retratos de Madrid y el otro los de las provincias, Fermín Caballero impugna: "Otra oferta se ha hecho solemne y sustancial: que los tipos serían exclusivamente españoles. . . . Se dirá que entre el Pretendiente de un empleo en París, y él que solicita en Madrid, hay tales y cuales diferencias, nacidas de las costumbres pero esto no constituye un tipo exclusivo de nación alguna. No hay dos hombres, ni dos cosas cualesquiera absolutamente iguales, y todos los individuos no son tipos. Convendré en que el Torero y el Charrán pueden considerarse españoles por naturaleza y vecindad; mas otros retratos que veo y leo, son, con perdón de ustedes cosmopolitas perfectos".

En algunos casos el editor repartió los tipos. Leemos en el cuadro de *El Exclaustrado*: "Y así, señor D. Ignacio Boix, al repartirme este tipo que no lo es, o ha cometido usted un error, o se ha dirigido a quien no puede servirle". Y en *La Marisabidilla*: "Si mal no me acuerdo, ésta es la empresa que me han encomendado".

En otras ocasiones el escritor lo eligió: "Me he decidido a bosquejarlo", dice el autor de *El Demanda* y ". . . . el tipo que me ha venido en ganas escribir" observa él de *El Buhonero*.

Notamos que cuando los autores escriben sobre tipos que pueden hallar en todas partes de la Península, escogen a los andaluces. A la verdad, quitando Andalucía se eliminaría la parte más pintoresca del costumbrismo español.

Unos retratistas llenan líneas con la descripción de como llegaron a ellos las interesantes noticias que publican: "Me determino a presentar", inventa uno, "el símil del Usurero, tal cual lo arrojan unos apuntes llegados a mis manos a bordo de un gabán ajeno, que en vez del mío me tocó al salir de un baile

de Villahermosa.". Otro, recurre a un método más clásico, dejándose arrastrar por un diablo: ". y mi conductor me dijo que nos hallábamos sobre el colegio que me iba a proporcionar cinco tipos o diferentes caracteres de la Colegiala".

Es típico para los autores de la época el hacer frecuentemente hincapié en los descubrimientos técnicos que se citan con cierto dejo de auto-homenaje y admiración ante un espectáculo todavía nuevo. Dice Mesonero Romanos en *El Pretendiente*: "hágamos en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo a la aguada; y si esto no basta, préstenos el daguerrotipo su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbre de su llama el fantástico gas". Son los tiempos de la diligencia, y en el viaje de Madrid a París las últimas treinta leguas desde Orleans se recorren en el camino de hierro con "rapidez fantástica". Pensamos en la portada de *El Siglo diez y nueve de 1874*, que muestra, parada en un globo terrestre con las palabras Veracruz-Jalapa-Puebla, a una joven con una locomotora desproporcionada en el brazo.

Otra actitud típica es la insistencia con que meten los articulistas en todo y por todo las ciencias naturales. Términos como "planta selvática", "animal bípedo" o "ente del reino mineral" para designar a un individuo son frecuentes. En *El Patriota* leemos: ". . . . no es fácil designar con certeza a cual de los tres reinos pertenece nuestro tipo, supuesto que se parece al hombre en la figura y a la ballena en las agallas; al hierro en varias cualidades y al pino en su mala sombra".

Las comparaciones de esa índole llenan hartas líneas. Bretón de los Herreros en *La Castañera* hace la siguiente excursión conceptuosa: "aun después de exclaustrada, digámoslo así, contra su voluntad, esta monja vegetal (la castaña), esta virgen del bosque, esta vestal asturiana ampara su honestidad, vestida de punta en castaño, con la doble y tenaz coraza que ostenta; y vencida en su segundo atrincheramiento, todavía resiste a la vergonzosa desnudez que tanto teme y esquiva, todavía pugna por coherir e identificar a sus carnes inmaculadas aquella ténue película, su postrer refugio, y como si dijéramos su camisa. ¡Cándida dencella! ¡Interesante criatura! "Después de esta desviación que debía servir para probar, jocosamente, que castaña deriva de castidad, Bretón de los Herreros vuelve al tema di-

ciendo: "Pero si queda demostrada la castidad de la castaña, no lo está tanto la castidad de la Castañera".

Una verdadera manía de clasificar y jerarquizar a la manera de *Los calaveras* de Larra conduce a comparaciones artificiales. Para exhibir al Diputado a córtés en la escala ascendente de su experiencia política, su autor no sabe arreglárselas sino forzando su tipo en la horma de cuatro grados militares: "Diputado recluta, Diputado cabo de escuadra, Diputado comandante y Diputado general en jefe". El mismo sistema aplica otro escritor distinguiendo entre "Contrabandista - ministro, Contrabandista-embajador, -intendente, -escribano, -oficial de rentas, -general, -carabinero y otros individuos de este género del reino vegetal....."

No faltan conceptos sinuosos y etimologías jocosas, símiles de estampilla y otros condimentos de "basse cuisine".

Quedamos con la boca abierta cuando leemos las siguientes antítesis a propósito de *La Prendera*: "Ahora bien, considera lector, que así como no hay cosa que se parezca menos a la justicia, que la mujer, tampoco hay cosa que se parezca más a la Prendera que la justicia..... La Prendera en todo caso podrá vender una prenda para comprar dos, pero la justicia no creo yo que condene a un criminal para absolver otros dos".

Otro autor juega con el título *La mujer del mundo* afirmando que el mundo está casado. Insulseces como el Sereno es por naturaleza sereno, que bandolero deriva de vándalo, que "huyendo de un Mayoral de Diligencias que le pedía la propina hizo Jonás el viaje de Nínive en el vientre de una ballena"; o tropos de dudoso gusto como el que denomina a la Señora Mayor "la estoica portera de la antesala de la vejez", o hace exclamar al autor: "¡Respeto a la Señora Mayor, que empolla el huevo de la felicidad en la ceniza de las ya extinguidas pasiones!" persiguen al paciente lector. Pero el colmo es que dándose cuenta del fastidio que están causando al lector todavía llenan unas líneas más con la disculpa, como v. gr.: "Dejando a un lado otras divisiones y subdivisiones menos autorizadas y sobre todo, ese enfadoso estilo botánico-herbolario, que debe fastidiar a los lectores que recuerdan el inimitable Fígaro....."

Entre los símiles que vuelven incansablemente está el de la crisálida con su mariposa, y como en el caso de la gripa o el

chaleco romántico, no amaina la plaga hasta no haber aparecido al menos una vez en cada libro de la época.

El autor se dirige con raras excepciones al lector apostrofándolo como "mi sesudo lector" cambiando ese adjetivo otras veces por "benévolo", "benigno", "cachazudo", "querido", "piadoso", "indulgente", "amadísimo" o "de mi alma" para dirigirle una *captatio benevolentiae* de falsa humildad, y subrayar su insuficiencia; o para cantar la palinodia cuando teme incurrir en la cólera del criticado. Es el reflejo del temor que ha enseñado al escritor político de la época a ser cauteloso. El cuadro de *El Médico* cierra con el verso de Iriarte:

"A todos y a ninguno
Mis advertencias tocan:
El que haga aplicaciones
Con su pan se lo coma".

Atendiendo casualmente, como nos hemos propuesto en un principio, a los paralelismos hispano-mexicanos, anotamos la siguiente comparación feliz que nos trae a la mente lo que el Dr. Mora escribe sobre la Empleomanía. En el cuadro *El Empleado* se halla el siguiente párrafo: "Como los arcaduces de una noria, los empleados actuales suben y bajan alternativamente, y se sumergen y vuelven a aparecer, y están llenos unas veces, y otros vacíos, y nunca quietos, porque la rueda a que van atados los arrastra en su incesante movimiento; y como los mismos arcaduces, sólo sirven para agotar el manantial por donde pasan, es decir la nación, a la cual, ya en activo servicio, ya cesantes, arruinan y sirven poco".

Lo que en México es la quincena en su valor afectivo más que efectivo viene a ser la mesada en España, palabras las dos que simbolizan la diferencia entre el empleado público y el individuo de profesión libre.

Acercas de los pronunciamientos dice el autor de *El Cesante*: "..... las juntas revolucionarias, que, con varios y pomposos títulos, han desgobernado a España en los muchos pronunciamientos que para bien de esta heroica y pronunciada nación hemos tenido desde que corren revoluciones". Encontramos en otra parte la siguiente graciosa exageración: "si uno se encarama sobre el guardacantón de una calle ve pasar las revoluciones por cuartos de hora".

El estado de los caminos también en España era malo. En

El Mayoral de Diligencias se habla de los frecuentes vuelcos de toda clase de carruajes creyéndose el Mayoral "más autorizado que nunca para propinar al viajero. porque la empresa le tiene impuesta una multa de doce duros por cada vuelco además los gastos de las procedencias judiciales que ocurriesen".

En la exposición de miniaturas a que hemos reducido la vasta galería de enormes autoretratos de *Los Españoles pintados por sí mismos* empezaremos por el Torero.

Es el tipo exponente de España, el tipo español por excelencia. "Aquí hay jembro. toa mi casta es de Jerez!" La división psicológica distingue entre el torero bravucón, que sólo tiene pies; él de "sentío", de bastante cabeza; y el torero de "buen trapío" que reúne cabeza, corazón y pies, es decir inteligencia, valor y ligereza.—

Parentesco anímico con la China de "Fidel" tiene la Maja española, cuyo traje es el nacional por antonomasia: ". estirados pliegues de un vestido de alepín con pesados flecos y caireles de seda, cortos y airosos guardapiernas, sus blancas medias, sus zapatillas de color y sus mantillas de tira". Enamoradiza y saladísima, se contenta con "dos billetes para el tendido, una calesa y cuatro cuartos de avellanas". Los toros son su pasión. Está siempre donde hay bulla. "Los favores de una Maja pueden recompensarse, pero comprarse nunca".—

La Cigarrera es un tipo frecuente de la manola, oriunda las más veces de los barrios del Ave María y de Lavapiés, "probe sí, pero honráa como denguna". Tiene la lengua y la muñeca sueltas, aquélla para soltar invectivas, ésta no sólo para trabajar. Al francés le dice franchute, al inglés gringo y al covachuelista covachuelo.—

"¡Gordales, seis al cuarto! ¡Que se arrematan! ¡Cuántos, que queman?" o, con una mirada de soslayo hacia las hijas del escribano: "¡Ahora salen las calientes!" grita la Castañera que hace pensar en el pastelero mexicano con su malicia. Hay Castañeras de esquina, de portal y de taberna. Las que las asan son las más típicas con sus pintorescos adminículos: "una vasija sui generis, un anafe u hornilla portátil, un cañon de hoja de lata que dé salida al humo sin molestia de la protagonista. un cuchillo para hacer en cada castaña una incisión y un tarro lleno de sal, aunque algunas pueden suplirla con la mucha que Dios les ha dado".—

Menos filósofo que el Evangelista mexicano, el escribiente Memorialista de Madrid se muestra más preocupado por su diario sustento que su colega mexicano, mayormente el Memorialista que no sabe escribir y hace el papel de corredor entre el público y el Memorialista alfabeto a quien "subarrienda" el escrito. Este último es mirado por sus clientes como "ente bruto, una máquina inanimada, que no se ve sino para escribir, que no se oye sino para transmitir las palabras al papel, como si estas palabras corriesen a manera de un fluido eléctrico desde su oído hasta la pluma, sin dejar el menor rastro de sí". Lejos está del feliz y humano Evangelista.—

Si los Aguadores españoles vinieran de Córdoba habría tal vez mas semejanza entre su avío sencillo y el complicado y arquimédico aparejo del aguador mexicano. Todo lo que llevan es una cuba en el hombro. La nota común entre los dos es la honradez, y el temor que por motivos distintos les tienen los gatos: "Una cosa notable hay en los Aguadores, y es el ruido que ferman con los zapatos. Hasta los gatos se asustan y no hay perro que no les ladre. Son sin embargo honrados y esto debe decirse en honor de tan miserable oficio, y si Asturias y Galicia no existieran, no habría Aguadores".—

"El Hortera de Madrid es el Cajero de Sevilla, el Factor de Valencia y en suma: este artículo habla con todos los dependientes de almacén, que al beneficio del mostrador son figuras de medio cuerpo eternamente". El Hortera pertenece al grupo social que "Facundo" señala con el nombre genérico de "los españoles de la tienda". Empieza por hacer cucuruchos y aprender la tecnología comercial, señaladamente la de "puertas adentro" la cual v. gr. evita el confundir las diferentes clases de azúcar que son "substancias distintas desde que se emanciparon del saco en que se hallaban todas juntas".—

El Choricero español, hermano del tocinero mexicano, pero vestido de anguarina, desciende de la sierra en las ancas de su mulo, cargado de jamones y chorizos, a venderlos en Madrid.—

El Cartero solía llevar las cartas en una caja negra que le pendía por delante.—

Tipos varios se habían formado durante los siglos en el regazo de la Iglesia.

La crítica enderezada al clérigo es un rasgo paralelo entre las cosas españolas y las de México antes de la Reforma. El Clérigo de misa y olla es un "presbítero sin carrera, un clérigo

en bruto. que no sabe más que mal decir una misa y tragar. Nació y medraba en tiempos de absolutismo cuando daba consideración la ropa talar y encubría las miserias". Ya no cabe en los de la libertad, la ilustración y la prensa, cuando se "aprecia la diferencia que hay del saber y de la virtud a un Clérigo de misa y olla".—

El Canónigo estaba obligado por los cánones a cantar en los oficios divinos. Disfrutaba cada semana de una tarde de asueto que se llamaba "barba".—

Calcomanía mental y de hábitos de su amo, el Ama del cura (o como "Fidel" la llama en *La Musa Callejera*: "cuidadora de fraile"), "no es viuda, casada ni soltera, aunque de todo tiene un poquito". Renunció al matrimonio para dedicar su vida a un compañerismo cuyo aliciente consiste en la seguridad económica. Solamente que ahí están los parientes que pueden quitarle la merecida herencia. Y ella se defiende. Su cualidad esencial sería el "más refinado egoísmo".—

Más pequeño el pueblo, más quehaceres para el Sacristán. Organista, maestro, fiel de fechos, almctacén, muñidor de cofradías y otros múltiples empleillos colocan al "gorigori" o "rascacirios" o "chupalámparas" entre eclesiástico y seglar. Con el ojo derecho mirando al cielo y el otro observando la tierra, canta la misa en latín, intercalando velocísimos paréntesis en romance:

"¡Recoge esa ascua, bárbaro! Lau-damus te.

¡Maldito, que se quema la alfombra! Bene-dici-mus te".—

En México, según "Fortún", el sacristán solía sonar las llaves a las santurronas "para que den término a sus oraciones". (*La Ilustración mexicana*, 1851).

Encantadora costumbre la de las danzas de los niños cantorcicos, los Seises, ya que eran sólo seis en un principio, en la catedral de Sevilla, por la octava de Concepción, la del Corpus y en Carnaval; danza al paso de vals, en un traje de seda azul y blanco, el sombrerillo de pluma puesto coquetamente, cantando los niños y repicando sus castañuelas. Su vida en el colegio de San Miguel trae a la memoria *La misa de madrugada*, de Rafael Delgado.—

Acompañamos a la Monja desde los monasterios dúplices del siglo VI; en las casas de "Comendadoras"; cuando había las "Emparedadas"; durante la Reforma; hasta llegar al año 1834, cuando la Monja salió de los claustros y entró a la litera-

tura, en caracteres que "lo mismo en dramas, novelas y folletines, son cortados por una tijera. Es de rigor que la superiora sea algo boba, pero que quiera mucho a la educanda, novicia o lo que fuera, la tornera será chismosa e intrigante, la vice-superiora envidiosa e hipócrita. Habrá también una novicia íntima amiga y confidente de la cuitada doncella, y si es preciso hacer reír un poco se meterá por medio al demandadero, que es papel muy socorrido".—

Antes de que los soldados franceses trajeron en su mochila "envuelto en unas casacas el espíritu de reforma", el Demanda o Santero explotaba de lo lindo la devoción supersticiosa de los provincianos, vendiendo el poder milagroso del Santo de su predilección en forma de tabletas, campanillas de metal, cordones de seda u otros talismanes que curarían a sus dueños de ciertos males o los protegerían de determinados peligros que el Santero se dió maña de evocar en la mente de sus crédulos parroquianos. Más tarde, la falta de seguridad lo obligó a buscar la cercanía de los templos, en cuyas puertas continuaba lucrando, sustituyendo la flaqueante fe el interés como resorte de la liberalidad devota. Pujas risibles por toronjas u otros objetos en honor de la Virgen, o subscripciones destinadas a lo que se llamaba "distribución de Noche Buena" eran nuevos medios para sorprender la ignorancia de las clases humildes.—

Al igual que el cesante el Exclaustrado no forma tipo. No por ello deja de conmover la triste historia de un anciano religioso víctima inocente de la evolución social.—

"El sacristán es uno de los niños mimados que por egoísmo tienen las Santurronas". Las "pelonas" o "monjas rebeldes", las viudas y las coquetas jubiladas forman la materia prima más común de la Santurrona. Pero también entre las mujeres casadas las hay y sin una de ellas no tendríamos ni *Esther* ni *Atalie*. La Santurrona prefiere "la iglesia más distante de su casa", es chismosa, madrugadora, "toma por asalto los confesionarios" y pertenece a todas las cofradías de la ciudad.—

"Aquí yace una beata
que no habló mal de ninguna;
perdió la lengua en la cuna".

En *El Diablo de México* de Juan Diaz Covarrubias leemos a propósito de las santurronas: "esas viejas regañonas que se hacen dueños del templo y que tienen la pacífica costumbre de

distribuir pellizcos sobre las partes más carnosas del cuerpo consiguiendo de esta manera abrirse paso entre la multitud y colocarse en el sitio mejor". —

Entre profesores y estudiantes algunos había que eran tipos netamente españoles.

El Dómine, en romance: maestro de latinidad, es español por los cuatro costados. Es "el mentor de todos los que declinan y conjugan". Y como los españoles son "gramáticos por naturaleza y gracia" el Dómine es una persona indispensable. Dedicánse a Dómines los estudiantes fracasados. Enseñaban sin depender de las autoridades escolares y los había hasta en pueblos de poca importancia que, como Toro y Budia, a veces llegaron a volverse seminarios de futuros religiosos.—

Los vejámenes que los mayores acostumbran imponer al novato, y que éste a su vez cobra a los que vienen después, tienen expresión varia en cada país. En España v. gr., el seminarista era llevado en procesión sobre una escalera de mano por los claustros, al canto asochantrado de

"Alegrémonos, alegrémonos;
porque justo es que nos alegrémonos"

Luego lo dejaron caer con todo y escalera. La vejación del nuevo Colegial consistía en "arrastrar bayetas" que así se apellidaban sendas visitas que tuvo que hacer el nuevo, vestido de enorme manteo de cola, por orden del rector, a varias casas "sin hablar palabra ni reírse".—

En todas partes del mundo hay Colegialas "aplicadas, traviesas, enamoradas, holgazanas y acusonas".—

Ni menos travieso que por dondequiera parece haber sido el estudiante español en general, ni más melindroso él de medicina en particular y si lo hubiera sido: "todo se reduce a convidarle a merendar y cuando esté bien cargado hacerle echar los bofes avisándole, ¡que ya es antropófago!" Tipo original es el estudiante de la tuna, moscón o postulante, mendigo impenitente de dinero y amor que no cesa requebrando, ofreciendo su guiñaposo manteo a guisa de alfombra y besando pisadas con picaresca deferencia hasta provocar la risa mal contenida de la más recatada doncella. Dirige a unos guitarristas y flautistas que aquejan a los transeuntes a manera de los músicos que nos persiguen en los tranvías de México. Al estudiante eterno que en nuestro país lleva el epíteto de fósil se llamaba en el mismo orden de ideas "antediluviano" en la Península.—

Para hallar el sabor español en la profesión médica, hay que descender hasta los médicos *in fieri*.

Allí está nuestro estudiante de la tuna: "O tiempos virginales en que el embrión de Médico cubierto en el harapo llamado manteo, el sombrero de tres picos, que había servido a tres generaciones, atravesado alguna vez por la cuchara de palo, y el puchero de la sopa colgado del cordón". Del charlatán se ha escrito menos que del médico, porque tardó siglos el poner en claro la diferencia entre los dos. El charlatán se dirige a los enfermos desahuciados. Es farmacéutico a la vez que curandero, regala consultas y vende agua destilada bajo muchos nombres, y a precio de oro. Suele hacer un precio global por toda la curación y cobra gran parte adelantada, por si acaso. Sus anuncios desdicen de la ética y su ignorancia es sólo superada por la credulidad de sus víctimas.—

El antiguo Boticario, en cuya rebotica se fabricaban píldoras a la vez que chismes, se convirtió en docto farmacéutico. El "tráfico vergonzoso e inmoral" entre boticarios y médicos empezó con regalos de Pascuas y es "hoy un comercio escandaloso".—

La Comadre es a la matrona lo que el barbero al médico. Eso no quita que sus servicios son muy buscados. "Deo juvante" todo pasa bien y, ya camino de la iglesia la comitiva bautismal se ve asediada por la muchachada, que pide el "bateo": "¡a la ribata que ha parido la gata!" En México los muchachos piden su "volo".—

Además de la señas figarescas el barbero español es siempre poseedor de una guitarra. Menos socorrido es el tipo del barbero ambulante, que "todas las mañanas se dirige a la fuente inmediata, extiende el asiento, acomoda con el al aguador, le introduce una nuez en la boca, chica o grande según el calibre del asturiano; a beneficio de este cuerpo extraño infla los carrillos el paciente, le jabona el babero la cara, y entre la navaja y el agua hirviendo, saltan las barbas que crecieron en una semana, y se renuevan las heridas que se cicatrizaron aquel mismo día tal vez".—

En torno de la literatura formáronse desde los primeros tiempos tipos de índole universal, a no ser el recién nacido periodista que se llamaba en la España de la época Escritor público".—

El autor de *El Aprendiz de Literato* escribió algo como una

autobiografía, idea que se nos antoja al leer su artículo aun sin tomar en cuenta la afirmación de que "no sé si sabré hacer lo que en mi vida he hecho". Al aprendiz de literato corresponde el Poetastro de *Los Mexicanos Pintados por sí Mismos*.—

Pintando al Poeta, José Zorrilla no pudo evadirse de sí mismo, con el resultado, que produjo el retrato de un verdadero poeta, romántico por de contado, para quien la inspiración significa todo. Compara el siglo diez y ocho con el suyo: "en aquél para ser hombre de pro era preciso filosofar, y en éste para valer es forzoso poetizar". Segrega del poeta al aficionado. Deja en pie como reales poetas de la pasada centuria a Moratín, Cienfuegos y "otros varios" y expresa su admiración por los verdaderos poetas de su siglo.—

Un ejemplo del paralelismo entre las cosas de México y las de la Península de aquel entonces ofrece el retrato del Escritor público, alias periodista. "Todos los muchachos que aprenden en la escuela por casualidad a leer y a escribir, se creen con derecho para aspirar al rango de literatos periodistas". En México, Lucas Alamán por el año de 1850 comenta: "El impresor ocupa a salario algunos jóvenes que han mal acabado sus estudios de jurisprudencia o medicina".—

Típica y pintoresca es la gente de teatro.

Los Cómicos se reúnen en Madrid durante la Cuaresma cuando la falta de trabajo y la sobra de tiempo proporcionan el ocio para chismear en la Plazuela de Santa Ana, mentidero de los actores. Surge el tema romántico de la falta de aliciente para el artista. "En España se quejan de que no hay actores, y no miran que aquí no se ha empleado otro estímulo que las coronas de laurel que ni en estofado puede aprovechar por no tener que comer".—

Como la Actriz española era miembro de una como casta separada de la sociedad, no alcanzaba a conocer la vida y por consiguiente no podía representarla. "Por eso no es el arte cómico, falto de renovación y escuela, un arte sino una rutina... La Actriz de España no conoce más poesía que la de los papeles que estudia... Escasean las buenas Actrices en España... Aquí son las comediantas feas, ordinarias y honradas, del otro lado de los Pirineos son exactamente lo contrario".—

Absorbiendo choques y amortiguando fricciones, el discreto Avisador es el "corre ve y dile" entre el director de un teatro y su siempre cosquilloso personal; *factotum* indispensable para el buen funcionamiento de la compañía.—

Jugadores de un tipo especial son el Agente de bolsa y el Accionista de minas, ambos a dos de reciente fecha.

"Personificación de la época actual, insustancialidad y positivismo", el Agente de bolsa rara vez "no se interesa a nombre de otro, en algunas de las operaciones en que interviene". De pasada anotamos la costumbre bolsista que no permitía fumar durante el curso de los fondos públicos que duraba de la una a las dos, y aquella otra, que prohibía entrar en la Bolsa con bastón.—

Un ejemplo del Accionista de minas, "cuyo distintivo peculiar es el gusto de perder" es el retrato de uno de los pobres ilusos que perdieron la cabeza a raíz de los "felices descubrimientos hechos en Sierra Almagrera por D. Miguel Solér y el tío Perdigón en 1839". El tipo no es desconocido en México, ni mucho menos él del "buscón" que siempre tiene noticias de ricos placeres y no sale a la calle sin guardar en el bolsillo el consabido trocito de roca con incrustaciones de metales nobles.—

Buen número de tipos se cuajan alrededor de un domicilio.

La Casera de un corral de Sevilla concuerda esencialmente con la portera de una casa de vecindad de México, con la diferencia de que el inmueble que está debajo de la férula de la andaluza consiste en un gran patio cuadrilátero y corredores altos y bajos por los cuatro lados.

El día de la Cruz se erige en una de los corredores un altar "adornado todo de flores y cintas y con relicarios y alhajas de plata y oro" divirtiéndose la población del corral cantando y bailando "las rondeñas, las malagueñas, las manchegas, algunas veces la jota y con más frecuencia las Corraleras, que es música de su exclusiva invención".—

La Patrona de huéspedes, de cuyas casas "se hallan hoy suscritas más de dos mil en Madrid", ya que la ciudad cuenta con pocos hoteles, brinda asistencia material, y a veces sentimental, al forastero. Debería templar su corazón a prueba de huéspedes, antes de decidirse a plantar el blanco papelillo en el hierro izquierdo del balcón".—

El Portero de escalera abajo, vivía en el rincón formado por la parte inferior de la escalera.—

"La verdadera Ama de llaves debe ser jamona, gruñona y feotona". A ese axioma Hartzenbusch añade algunas cualidades

típicas de carácter regional: Las Amas naturales de Cataluña por fuerza han de ser más desabridas que las gallegas y valencianas; las aragonesas más tercas que las andaluzas, y éstas más picudas y perezosas que las vizcaínas: las de los pueblos inmediatos a Madrid compiten en lo zafio y desvergonzado con lo peor de la Península". El distintivo más general del Ama de llaves es su mal genio. Más fiel, laboriosa y limpia es, más insolente se pone. A las Amas gallegas se atribuye la invención de buscar pleito a sus amos, pasados los primeros cuarenta días: "el Ama que la ha promovido adrede (una cuestión más o menos suave), conoce por ella el aguante del amo o ama, y calcula cuantos años o meses podrá pasar en su compañía". Cuando su dimisión es inevitable toma la iniciativa y se despide "alegando que el amo le dijo tres veces "ya" o "sí" o "pues" con retintín".—

La Doncella de labor se distinguía de la fregona por el hecho de que en la casa donde servía había siempre además de ella una cocinera fregona o bien una cocinera y un criado.—

Parece que la Criada española no trabajaba menos ni sisaba más que cualquier criada doquiera que fuera. Si las cosas no van bien y el ama le reconviene, ésta recibe la respuesta: "Si usted no está contenta, la casa es de usted y la calle es mía".—

La Lavandera, que saca los trapitos "a la colada" y no al sol, como en México, no dió lugar a uno de los artículos más estéticos que digamos. Hubiera ganado en limpieza si su autor habría insistido menos en la ropa sucia que en la blancura de la ropa lavada.—

Sigue el gremio de los aurigas y de los que ofrecen albergue.

Almáciga del Cochero español es Asturias. Aunque se nos hace difícil creer que el Cochero español abuse menos de sus clientes ni sea más abusado por ellos que su colega mexicano (conclusión a que pudiera llevarnos la comparación de los respectivos cuadros) posible es que el Cochero de Madrid tenga la vida más pesada ya por el clima menos benigno ya a causa de la vida nocturna mas agitada. Apuntalada la cabeza por el inflexible corbatón, el Sota mece sus ambiciones en la trasera del carruaje, hasta que andando los años alcanza las alturas del pescante. El traje del Calesero no puede compararse con el del cochero.

"Mas si el de aquéllos el signo

de vil servidumbre lleva,
el del Calesero grita
¡que viva la independencia!—

Otro miembro de la cofradía rodante es el Mayoral de Diligencias. Es de mal genio, "tirano en despoblado, alma de caballo". Los carreros de galera, los mayores, los zagales y los postillones pertenecen a la misma sociedad en que "los zagales son la juventud, los carreros el pueblo y los Mayores de Diligencias la gente de gran tono".—

No se puede pensar en el Ventero español sin que viniese a la mente el castillo imaginario de Don Quijote y no es de admirarse que lo aislado y como sospechoso de los ventorillos y ventas en vericuetos y caminos haya atraído a Cervantes. El Ventero tiene el aire desconfiado del hombre que vive en lugar solitario, ya tema a los bandidos, ya se recate de la justicia.

La Posadera es la mujer del Ventero o mejor dicho éste es el marido de la Posadera, ya que es ella que manda en la casa. Era preferible evitar las ventas y viajar en diligencia, comiendo en un "parador" que llevaba el letrero de "fonda de diligencias". En la venta los viajeros de "galera" o los viajantes de los caminos de herradura tenían que escuchar de la boca de la zafia Posadera: "aquí hallará usted de todo. . . . lo que usted traiga". A diferencia de la Posadera del interior, la de las provincias vascongadas y de Navarra eran hospitalarias y simpáticas.—

El Duque de Rivas llama Hospedador de provincia a ciertos provincianos hambrientos del roce capitalino y coleccionistas de personajes que suelen acaparar al viajero de diligencia, polvoriento y cansado, imponiéndole pesado agasajo durante las pocas horas de relevo de los caballos. Pensamos en el Castellano viejo de "Fígaro".—

Entre la gente que está en conflicto continuo con la justicia se hallan tipos de gran colorido.

En torno de Gibraltar, bolsa multilingüe de tabaco, telas y otros artículos estancados, giran las especulaciones del Contrabandista andaluz. Va allí el Contrabandista comisionista, el patrón: compra y regresa, después de encargar los bultos a un "corredor" de Contrabandistas, individuo de armas tomar, que conduce la mercancía con sus porteros (arrieros en México) a la parada, de donde los "cargueros" la suben a bordo. El pa-

trón recibe aviso de cuando y donde el barco llegará y como éste se dará a conocer. En cierta playa se reúne el "aguado", se recibe el contrabando, el cual ya fraccionado, sigue por diferentes caminos y a veces llega a parar en manos de los mismos estanqueros que expenden la mercancía por su cuenta. Sólo hay riesgo para el Contrabandista cuando tropieza accidentalmente con tropa o autoridad no comprada.—

No hay jugador soldado, granuja o presidiario quien pudiera escapar a las exacciones del temible Baratero, que "clava su cuchillo sobre la manta en que juegan" para cobrar una ganancia indebida. Si hay otro Baratero presente, este arranca el puñal arrojándolo: "aquí no nos azustan arfileres. Compañero Juan, échete osté ajuera"; y riñen a muerte.—

El objeto robado con más frecuencia por el Ratero de Madrid era el pañuelo. La manera de trabajar así como el aprendizaje del ladrón ocuparon ya la pluma de Cervantes.—

A diferencia del bandido mexicano de la época, el Bando-lero español carecía de matiz político. Al igual que los de Río Frío, los bandidos españoles tenían aún ribetes del bandido generoso, y frases como "el Bando-lero es el símbolo de la confianza" distan mucho del realismo con que Altamirano pintaría al bandido de los sesentas.—

En cuanto que la jerigonza de los gitanos no es del todo incomprendible, la germanía del Presidiario deja al novato sin comprender nada.—

Describir al Mendigo profesional equivale a pintar un tipo de todos los tiempos y lugares, que ha sido observado por no pocos escritores notables. Con frecuencia pertenece al hampa y sirve de ojo al criminal "echándole agua" como se dice en México.—

Entre las actividades del Ciego español hay algunas que han formado costumbre. La de catequizarse mutuamente en la calle a beneficio de los circunstantes era de uso también en México. Otra costumbre recuerda el corrido mexicano. Es la de "la salve", que el Ciego vendía en hojas sueltas pregonándola en las calles como v. gr. "La causa y sentencia del reo que está en capilla con su nombre y apellido y como se llama". Cantaban la salve los otros presos de la cárcel en memoria de sus compañeros, y el Ciego la solía recitar al pie del patíbulo. "Muchos ejemplares venderá de esa salve, caminando a algunos pasos de distancia en pos del infeliz reo, para llegar al sitio del

cadalso apenas exhala el último suspiro. Su objeto es dar vuelta en torno del garrote y pedir que le manden rezar la devota oración o rogativa por nuestros hermanos reos difuntos, la cual no es otra cosa que una relación, escrita en malísimos versos, de las penalidades y angustias que sufre el reo desde la vista de la causa hasta que le ponen en capilla

ya lo sacan de la cárcel
lo llevan por la carrera
hasta llegar a la plaza
donde turbado se queda".—

La Celestina ha llegado a convertirse en tipo universal por antomasia. Al decir de "El Solitario" ya no tiene aplicación, puesto que "las negociaciones de amor suelen hacerse directamente y sin necesidad de mandato o procuraduría".—

En la jurisprudencia como en la medicina los subalternos se prestan más a la caricatura que los superiores.

El título oficial e incoloro de juez comisionado había sido convertido en el más expresivo del Ejecutor por los lugareños, que son estrujados por ese enviado de las autoridades de las provincias, hasta que paguen con creces sus deudas al erario. Esto expone al odiado personaje a ser a veces manteado o zambullido si no llegan a peores las venganzas de sus víctimas.—

El espanto que la máquina judicial infunde al mortal común hace del Escribano un personaje temible. Es al juez lo que el curandero al médico. Así como los enfermos desahuciados por el curandero suelen morir entre las manos del médico, el Escribano culpa al juez si las cosas van mal.—

Figura de las más pintorescas, ministril a modo del ministro ejecutor mexicano, con múltiples deberes, el Alguacil es un auténtico tipo español. Ora vestido de su pseudo-uniforme en las funciones judiciales, ora de gran gala, llevada pésimamente, con medias de seda, guantes, valona y pluma en el sombrero de teja, y a caballo, hacía la vez del maestro de ceremonias, precediendo al ayuntamiento si éste salía en cuerpo, o entregando la llave engalanada del toril en las corridas de toros. Espada al lado y junco en la mano, el Alguacil era "el barrendero de las costumbres y farolero de la moral, eje en la carroza de la justicia y pilón de su romana".—

El Sereno de la época cantaba todavía las horas también

en Madrid. Por lo demás él vigila interín duermen los demás no es un tipo especialmente español.—

Sustituto del alcalde de barrio, el Celador de barrio era miembro del nuevecito "Cuerpo de administración semi-civil-militar" organizado por "aquellos señores".—

El camino de empleado público arranca de las esperanzas del pretendiente; llega a un destino; puede subir hasta las Córtes o bien hallar un triste fin en la cesantía.—

Un tipo de mucho sabor costumbrista es el Covachuelista. Durante el reino de Carlos IV. los Covachuelistas, es a saber los empleados de las diversas secretarías de Estado, trabajaban ya en buenas oficinas incrustadas en el palacio real. Cuando la corte todavía no tenía un sitio fijo, esos escribientes se instalaban como mejor podían en cajones o covachas alrededor de la residencia del rey. Desde 1834 el Covachuelista se convirtió en oficial de secretaría.—

En España como en México era característico en aquellos tiempos el frecuente cambio de ministros. "La especie ministerial se parece a los gorriones y a la langosta en la numerosa, dañina y voraz; últimamente los ha habido también que moviéndolos darían bellotas".—

"No hay hombre sin hombre" es una verdad inmutable. Lo que cambia es el sistema de contacto. Así vemos al Pretendiente camaleón de flexible espina dorsal en el decenio anterior al 29 de septiembre 1834 "en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez", y al Pretendiente de los dos lustros posteriores que "en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su pretensión".—

Comparando el hogaño de amarga zozobra con el antaño de dulce monotonía, el Empleado añora los tiempos de Carlos III. Hoy no es más que un Cesante *en potencia*. La oruga se convierte de hoy a mañana en fea crisálida y ya no come. (Una vez hemos de abusar de esa metáfora socorrida). La enumeración obligatoria distingue entre el Cesante acomodado, que agota sus economías en el ocio; el Cesante industrial que hace negocios con el Gobierno; y el Cesante literato que había dejado la Universidad para hallar un destino. Finalmente, las formas más frecuentes y ya en decadencia son el Cesante mendicante, viejo, decentito, y el Cesante revolucionario, joven, de barbas y levita de miliciano que "la echa de patriota puro". No

falta donde hay revolución. En Madrid pedía en la calle, en México en el camino real.—

El Diplomata que se deslizó entre las hojas del catálogo de tipos españoles ni siquiera pertenece a la época. De la historia de su vida recogemos la lección diplomática: "ceder a tiempo y dejar que la razón produzca la convicción".—

Para ser Senador "tipo nuevo de la sociedad española, como nacido en el año 1836" indispensable era "tener cuarenta años, tener gota, y no pensar".—

"¡Oh turrón, turrón, turrón!
!Qué grande es tu omnipotencia!"

Si reemplazáramos en el adagio el dulce turrón con el sabroso hueso, le daríamos curso en México y aun plasticidad acrecentada, puesto que se trata de roer y no de comer un "destino" del Gobierno.—

Las provincias eran el conservatorio de muchos tipos de auténtico sello regional.

El Alcalde de monterilla no se la quita ni delante del Papa. Prefiere ser el primero en su pueblito que no el segundo en Madrid. Es *el Sancho de la insula*. El prototipo suele ser "bronco, crudo y aferrado". Firma con una cruz y no conoce la Q. Tiene mucho del cacique mexicano. "Si ves un cerdo andar suelto por do quiere, que en todos los portales entra sin recelo, y que tiene una gordura extraordinaria, cree a pies juntillos que es el cochino de San Antón, o el marrano del Alcalde".

"Señor Alcalde, vinagre
¿se vende en este lugar?"—

El Pastor trashumante se mueve entre el distrito de Babia de la sierra de León y los llanos de Extremadura, sus invernaderos, en dos viajes de sesenta millas cada año, cruzando el Tajo en una "luria", puente de barcos, caminando por "cañadas o cordeles", y alimentándose de "migas canas". La paridera de las ovejas en el peor tiempo del invierno es su faena más penosa; su felicidad, el regreso a sus lares en la primavera, después de seis semanas gastadas en esquila y camino; sus fiestas son, el convite a la "bota", al volver, y el obsequio del "queiso", la noche antes de salir de nuevo, sin mencionar las romerías. Y ¡cuántas rancias costumbres más! Sólo de los perros nada se dice.—

Bracero para cosechar el grano de las Castillas, Estremadura y la Mancha, el Segador gallego pasa la montaña año por año. Hay una costumbre que descende de la Edad Media cuando los peregrinos y los juglares tomaron el camino francés para venerar la tumba de Santiago en Compostela. El punto más alto de la cordillera de Foncebadon lo marca la Cruz de Fierro sobre un enorme montón de piedras. Quien por allí pasa echa una piedra más. Es de buen agüero para el viaje.—

En la "muñeira" se funden el arte y el alma del Gaitero Gallego. "No hay función sin gaita" dice el adagio. Así encontramos al Gaitero en las fiestas del patrón, las bodas, y el famoso "magosto" con sus estallidos de castañas y sus juegos al aire libre, por Todos los Santos. "Su familia se compone de los ciegos de la zanfona, de los mozos de los pífanos, de los estudiantes de tuna, de los niños de las conchas, de las ciegas de la pandereta y de los músicos de la murga que toman por asalto una misa de Patrón o un baile patriótico".—

Los Maragatos, habitantes de cierta comarca del reino de León hacían la péndola entre Galicia y Madrid, con sus récuas cargadas de bultos y uno que otro viajero. Durante su estancia en Madrid había que buscarlos en los mesones de la calle de Segovia. Las costumbres patriarcales los obligaban a casarse exclusivamente entre sí mismos. Como en el Japón, los casamientos eran concertados por los padres. Un boda en Maragatería con sus "mozos y mozas de caldo", (amigos y amigas de la novia), la "alborada" (mañanitas en México), la corrida por el "bollo del padrino" y las "donas" establecidas con minucia, marca uno de tantos hábitos conservados con pureza y que apartaban en el día al Maragato del resto de España.—

El Buhonero español reúne las actividades del hojalatero, mercero y varillero mexicanos y puede equiparse con el último por su índole nómada. El varillero mexicano va sin mujer. Los Buhoneros, señaladamente los que vienen del antiguo reino de Granada, viajan en caravanas y forman "ranchos de Buhoneros" en las afueras de los pueblos que visitan. Sus costumbres "medio-selvajes" guardan reminiscencias árabes y recuerdan también a los gitanos. El Buhonero maneja sus alicates y el berbiquí para fabricar corchetes, cadenas de alambre y ratoneras. Hace composturas. "¿Hay alguna tinaja, lebrillo o cazuela quebrada que componer?" La Buhonera vende chucherías o las cambalachea por pieles. "¿Hay pellicas de conejo o

de liebre que vender? ¡Veinte alfileres doy por un cuarto!" Además roban lo que buenamente pueden.—

Cantando y bailando, mendigando y hurtando vive la Gitana con su tribu, en eterna trashumación, sin país ni patria aunque se sienta más a gusto en Andalucía. Sandunguera e ingeniosa, dice la "buena aventura" o calla la mala "que no too ze pue jablá y naide zabe loz zecretoz del divel".—

El Charrán, que deja de ser tal a los 18 o 20 años para reformarse en ciudadano honrado o degenerar en "pillo de playa", es un tipo exclusivamente malagueño. Su ropaje moral, indumentaria andrajosa y falta de aseo, lo acercan al lépero mexicano: y en su ocupación seméjase a los muchachos que en la ciudad de México ayudan a hacer el mandado. Sus utensilios distintivos son los senachos de esparto de diferentes tamaños. "Al contrario de nuestros compradores asturianos que constituyen un derecho de la sisa, el Charrán no toca a lo que se le confía". Por lo demás roba lo que puede. Hábito inveterado del Charrán son las frecuentes "pedreas" en el cauce seco del Guadalupe, verdaderas batallas a pedradas entre los Charranes de los diferentes barrios y que no daban menos que hacer a la autoridad que "les frondeurs" de los fosos de París.—

La Nodriza o pasiega, (ya que la tradición quiere que sólo el valle de Pas de la provincia de Santander produce buenas amas de leche) explota no solamente sus "orbes depositarios del jugo lácteo" sino también la aprensión de los padres, de que la salud del niño pueda peligrar, si la Nodriza no está contenta. Sus exigencias insaciables someten toda la familia a un "despotismo que está muy lejos de ser ilustrado" y punto menos que arruina al padre pobre.—

La apología de la Cantinera del ejército en campaña, que suele ser gallega o catalana, evoca la heroica abnegación de la soldadera mexicana. En cambio son duras y egoístas las vivanderas de guarnición o de presidio. Como deformación profesional se van desarrollando en todas ellas las cualidades varoniles. En su traje gustan lucir pañuelos chillones.—

Lo español de un Patrón de barco, por ejemplo oriundo del Puerto de Santa María, reside en su traje: "una descomunal faja y gorro encarnado. . . . y medias y zapatos, poco comunes en los marineros".—

Sólo antes de serlo, es decir, como pilluelo de playa, el Gru-

mete constituye un tipo exclusivamente español, parecido al Charán.—

Los españoles que emigran de su país no se distinguen de los emigrantes de cualquiera nación en su actitud digna o ridícula con respecto a su patria. El uno acepta en el extranjero lo bueno por ser bueno. El otro a priori, o bien rechaza todo por no ser de su país de origen, o, que es peor, acepta todo por la misma razón.—

"Son muchos los llamados y pocos los escogidos" para emigrar a las antiguas colonias y hacer fortuna; y casi ninguno regresa para siempre a la patria aun cuando la visite con el anhelo, acariciado durante tantos años, de vivir el resto de sus días en la patria. Se le había olvidado que el árbol, transmudado cuando joven, echa raíces. "Costumbre es llamar Indiano a todo peninsular que regresa de América".—

Hay tipos de subido color político.

"El Patriota de 1820 y el de 1843. . . . han servido siempre maravillosamente para desorganizar el país, apoderarse de los empleos, engañar a los tontos. . . . y conducirnos al más intolerable despotismo". En el México de los cuarentas el tipo paralelo se llamaba revolucionario, en sentido peyorativo, para señalar aquel ente híbrido entre guerrillero y bandido.—

La voz Guerrillero se emancipó del diccionario castellano para convertirse en una palabra internacional. El tipo a que designa es españolísimo. "Ningún hombre apocado sirve para Guerrillero". Lo distinguen el "espíritu de independencia, un prurito de contradicción y de descontento, que impelen al español neto a murmurar de todo el que manda". A la vez ubicuo e invisible, el Guerrillero es la peor plaga de la tropa organizada que se cansa de atacar las posiciones que aquél le cede siempre. "Muchachos, a dispersión; dentro de dos días todos en tal parte".

El Emigrado adquiere especial significación en aquellos tiempos. De parte del Estado "las emigraciones son un signo de debilidad, así como las amnistías son una señal de fuerza y de confianza en su derecho". La civilización no había todavía llegado al invento de los campos de concentración. Los emigrados pobres lo pasaron en los "depósitos", pequeñas poblaciones donde estaban confinados. En cierto depósito "hubo siete emigrados que no tenían entre todos más que un roto pantalón y tres chaquetas; cada uno de ellos se vestía alternativamente

un día a la semana, y pasaba los otros seis en la cama". El contagio cultural entre las naciones era la ventaja de las emigraciones políticas de la época.—

Además de execrar a la mujer politiquera que no es sino una variante de la "femme savante", el autor de la Politico-mana la usa como pretexto para esparcir sus sutiles insinuaciones políticas a lo largo de una síntesis de los eventos de 1808 en adelante, tocando ladinamente la actualidad: "Si fuese hombre, sería menester fusilarla". Exclamará ella: Tiranos, fusilar por delitos políticos!.....—Cállese usted señora, cállese usted; no haga usted más discursos en su vida". ¿Qué hubieran podido contestar las autoridades?—

La Marisabidilla está cortada de la misma madera que la Politico-mana pero sin fibra política.—

El Retirado es el retrato de un oficial de la guerra de la independencia, soldado limpio y defensor fiel del altar y el trono, hombre íntegro que no pudo medrar porque no sabía claudicar.—

La índole española del Elegante peninsular de la época consistía paradójicamente en su afrancesamiento. Hasta su nomenclatura sigue la moda. "En vida de nuestros abuelos se llamaba señorito de ciento en boca, pirraca y paquete;..... Cuando nuestros padres enamoraban: petit-maitre y currutaco;lechuguino en época no lejana!hoy Dandy, fashionable, león, o por mejor decir, lion".

Un bien logrado retrato del afrancesado mexicano hallamos en Don Carlos, personaje de *A ninguna de las tres* de Fernando Calderón.—

El Cazador dominguero, digno de ser miembro honorario de la sociedad para la protección de los animales, y dotado de subida imaginación, solía hacer parte del inventario de las revistas humorísticas de antaño. En Madrid lo llaman Cazador de canal, porque extendía su radio de acción hasta la primera esclusa, regando el camino con hojas perforadas y fallidas esperanzas.

NOTA.—Hemos imitado el proceder de los articulistas al señalar los diferentes tipos con letras mayúsculas para facilitar la busca de las citaciones.

LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS

Indice alfabético de los tipos:

		<i>Pág.</i>
1 Accionista de minas	Pedro de Madrazo	317
2 Actriz	Jacinto de Salas y Quiroga	268
3 Agente de Bolsa	Ramón de Castañeyra	324
4 Aguador	Abenámbar	84
5 Alcalde de monterilla	Fermín Caballero	47
6 Alguacil	Bonifacio Gómez	110
7 Ama del cura	José María Tenorio	22
8 Ama de llaves	J. E. Hartzzenbusch	52
9 Anticuario	Manuel de Ilarraza	165
10 Aprendiz de literato	Luis Loma y Corradi	192
11 Avisador	M. Bretón de los Herreros	181
12 Bandolero	Bonifacio Gómez	217
13 Baratero	Antonio Auset	234
14 Barbero	Antonio Flores	12
15 Boticario	Antonio Flores	356
16 Buhoneros	José Muñoz	336
17 Calesero	Juan Martínez Villergas	138
18 Canónigo	Francisco Navarro Villoslada	177
19 Cantinera	José de Grijalba	104
20 Cartero	Eduardo Asquerino	163
21 Casera de un corral	José María Tenorio	173
22 Castañera	M. Bretón de los Hereros	9
23 Cazador	Antonio García Gutiérrez	109
24 Celador de barrio	Pedro de Madrazo	322
25 Cesante	Antonio Gil de Zárate	44
26 Celestina	El Solitario	169
27 Ciego	Antonio Ferrer del Río	
	Juan Pérez Calvo	374
28 Cigarrera	Antonio Flores	306
29 Clérigo de misa y olla	Fermín Caballero	72
30 Cochero	Cipriano Arias	130
31 Colegial	Vicente de la Fuente	222
32 Colegiala	Pedro Recio	248
33 Comadre	Carlos García Doncél	302
34 Cómico	Juan Pérez Calvo	272

Indice Alfabético de los Tipos.

		<i>Pág.</i>
35	Contrabandista	Juan Juárez 204
36	Coqueta	Ramón de Navarrete 36
37	Covachuelista	N. Anaya 350
38	Criada	José María de Andueza 29
39	Charrán	Ramón de Castañeyra 75
40	Choricero	Abenámar 94
41	Demanda o Santero	José María Tenorio 185
42	Diplomático	J. de Salas y Quiroga 255
43	Diputado a córtes	Antonio Ferrer del Río 360
44	Dómine	Fermín Caballero 146
45	Doncella de labor	Manuel M. de Santa Ana 231
46	Ejecutor	Fermín Caballero 134
47	Elegante	Ramón de Navarrete 157
48	Emigrado	Eugenio de Ochoa 313
49	Empleado	Antonio Gil de Zárate 40
50	Escribano	Bonifacio Gómez 58
51	Escribiente memorialista	Antonio García Gutiérrez 20
52	Escritor público	José María de Andueza 96
53	Español fuera de España	Eugenio de Ochoa 373
54	Estudiante	Vicente de la Fuente 99
55	Exclaustrado	Antonio Gil de Zárate 149
56	Gaitero Gallego	Antonio Neira de Mosquera 259
57	Gitana	Sebastián Herrero y Espinoza 117
58	Grumete	A. Ribot y Fontseré 200
59	Guerrillero	José María de Andueza 81
60	Hortera	Antonio Flores 78
61	Hospedador de provincia	Duque de Rivas 160
62	Indiano	Antonio Ferrer del Río 16
63	Jugador	Leopoldo Agustín de Cueto 245
64	Lavandera	M. Bretón de los Herreros 90
65	Maja	Manuel M. de Santa Ana 213
66	Maragato	Enrique Gil 276
67	Marisabidilla	Cayetano Rosell 340
68	Mayoral de diligencias	A. Auset 252
69	Médico	Lic. José Calvo Martín 142
70	Mendigo	José María Tenorio 121
71	Ministro	Ignacio de Castilla 298
72	Monja	Vicente de la Fuente 283
73	Mujer del mundo	Tomás Rodríguez Rubí 86

Índice alfabético de los tipos:

		<i>Pág.</i>
74 Nodriz	M. Bretón de los Herreros	33
75 Pastor trashumante	Enrique Gil	188
76 Patriota	Ignacio de Castilla	227
77 Patrón de barco	Sebastián Herrero	153
78 Patrona de huéspedes	El Curioso Parlante	5
79 Poeta	José Zorrilla	237
80 Político-mana	Gabriel García y Tassara	195
81 Portero	Vicente López	367
82 Posadera	Vicente de la Fuente	294
83 Prendera	Juan Pérez Calvo	329
84 Presidiario	Bonifacio Gómez	125
85 Pretendiente	El Curioso Parlante	26
86 Ratero	Juan Pérez Calvo	291
87 Retirado	Gabino Tejado	378
88 Sacristán	Vicente de la Fuente	65
89 Santurrona	Antonio Flores	68
90 Segador	Enrique Gil	211
91 Seise de la catedral de Sevilla	Juan José Bueno	287
92 Senador	J. M. Díaz	207
93 Señora mayor	Pedro de Madrazo	346
94 Sereno	José María de Albuérne	265
95 Torero	Tomás Rodríguez Rubí	2
96 Usurero	Juan de Capua	332
97 Ventero	Duque de Rivas	241
98 Viuda del militar	Jacinto de Salas y Quiroga	279

Índice alfabético de los autores:

	<i>Pág.</i>
Abenámar (López Pelegrín)	El Choricero
(x) Albuérne, José María de	El Aguador
(x) Anaya, N.	El Sereno
(x) Andueza, José María de	El Covachuelista
	El Guerrillero
	El Escritor público
	La Criada
(x) Arias, Cipriano	El Cochero
Asquerino, Eduardo	El Cartero

(x) Auset, Antonio	El Mayoral de diligencias
	El Baratero
Bretón de los Herreros, Manuel	La Nodriza
	La Lavandera
	La Castañera
	El Avisador
Caballero, Fermín	El Ejecutor
	El Dómine
	El Clérigo de misa y olla
	El Alcalde de monterilla
(x) Calvo Martín, Lic. José	El Médico
Capua, Juan de	El Usurero
(x) Castañeyra, Ramón de	El Charrán
	El Agente de Bolsa
(x) Castilla, Ignacio de	El Patriota
	El Ministro
Cueto, Leopoldo Agustín de	El Jugador
Curioso Parlante, El	La Patrona de Huéspedes
	El Pretendiente
Bueno, Juan José	El Seise de la catedral de Sevilla
Díaz, J. M.	El Senador
Ferrer del Río, Antonio	El Indiano
	El Diputado a córtés
	El Ciego (en colaboración con Juan Pérez Calvo)
Flores, Antonio	La Santurrona
	El Hortera
	La Cigarrera
	El Boticario
	El Barbero
(x) Fuente, Vicente de la	El Sacristán
	La Posadera (1844)
	La Monja
	El Estudiante
	El Colegial
(x) García Doncél, Carlos	La Colegiala
García Gutiérrez, Antonio	El Escribiente memorialista
	El Cazador

García y Tassara, Gabriel	La Político-mana
Gil de Zárate, Antonio	El Exclaustrado
	El Empleado
	El Cesante
Gil, Enrique	El Segador
	El Pastor trashumante
	El Maragato
(x) Gómez, Bonifacio	El Escribano
	El Presidiario
	El Bandolero
	El Alguacil
(x) Grijalba, José de	La Cantinera
Hartzenbusch, J. E.	El Ama de llaves
Herrero, Sebastián	El Patrón de barco
	La Gitana
(x) Ilarraza, Manuel de	El Anticuario
(x) Juárez, Juan	El Contrabandista
(x) Loma y Corradi, Luis	El Aprendiz de literato
(x) López, Vicente	El Portero
(x) Madrazo, Pedro de	La Señora mayor
	El Celador de barrio
	El Accionista de minas
Martínez Villergas, Juan	El Calesero
(x) Muñoz, José	Los Buhoneros
Navarro Villoslada, Francisco	El Canónigo
(x) Navarrete, Ramón de	El Elegante
	La Coqueta
Neira de Mosquera, Antonio	El Gaitero gallego
Ochoa, Eugenio de	El Español fuera de España
	El Emigrado
(x) Pérez Calvo, Juan	El Ratero
	La Prendera
	El Cómico
(x) Recio, Pedro	La Comadre
Ribot y Fontseré, A.	El Grumete
Rivas, Duque de	El Ventero
	El Hospedador de provincia

Rodríguez Rubí, Tomás	El Torero La Mujer del mundo
Rosell, Cayetano	La Marisabidilla
Salas y Quiroga, Jacinto de	El Diplomático La Viuda del militar La Actriz
Santa Ana, Manuel M. de	La Maja La Doncella... de labor
Solitario, El	La Celestina
Tejado, Gabino	El Retirado
(x) Tenorio, José María	El Demanda o santero La Casera de un corral El Mendigo
	El Ama del cura
Zorrilla, José	El Poeta

NOTA: Los autores señalados con (x) no son mencionados en el índice de autores de la Historia de la Literatura Española de Angel González Palencia.

III

LAS COSTUMBRES DE MEXICO A MEDIADOS DEL
SIGLO XIX

EL NUEVO GENERO COSTUMBRISTA EN MEXICO

Guillermo Prieto escribió el prefacio de Cromwell del costumbrismo mexicano cuando, en 1845, en la *Revista científica y literaria de México* procedió al análisis del nuevo género en su artículo crítico denominado: *Literatura nacional, Cuadros de costumbres*.

Después de mencionar a Addison, Jouy, Larra y Mesonero Romanos como iniciadores, precisa: "Los cuadros de costumbres son hijos legítimos del periodismo, como la empleomanía, de las revoluciones; mejor dicho, el primitivo pensamiento filosófico degeneró en una especie de comodín, para llenar las insaciables columnas de un periódico. De ahí nacieron esa multitud de artículos estrambóticos, caracteres, tipos, reseñas y bosquejos; de ahí se criaron recursos para acallar las exigencias del cajista y del editor desinteresado y filantrópico". (Seguramente Don Guillermo se acordó del famoso puro con que Ignacio Cumplido solía pagarle su artículo diario, como cuenta Carlos González Peña en *Claridad en la Lejanía*).

Luego y haciéndose cargo del aspecto mexicano del nuevo género, el autor afirma que "los cuadros de costumbres eran difíciles porque no había costumbres verdaderamente nacionales".

Y era que todavía no se había cuajado tanto como hoy la nacionalidad mexicana y en el estado evolutivo de esta gestación andaban aún separados los componentes raciales. Interín terminó amalgamándose la nueva raza mexicana, sus costumbres o eran indias o españolas y sólo en las partes del país donde el mestizaje hispano-indio había progresado más, como v. gr., en la capital, dable era hablar de costumbres mexicanas.

Así es que "Fidel" por un lado halla difícil "encontrar simpatías describiendo el estado miserable del indio" y por otra parte confiesa que "el resto de las costumbres españolas también lo ocultamos con vergüenza".

En este estado de génesis sobreviene la influencia extranjera y "mientras el anciano venerable de una familia representa al célebre castellano viejo de "Figaro", el niño mimado de la casa es un lion parisiense: acostumbrado a oír mentar los bou-

levards y los Champs-Elisées, se heriría a los nuestros de Ixtacalco y Santa Anita".

Bajo la misma influencia sucumbe la crítica: "Esos críticos espantadizos. . . . que lloran de rabia contra el escritor que habla de Santa Anita, de juiles y canoas, porque ve ni sardinas ni góndolas" y exclama "Fidel" con no menos rabia: "Esta es la causa de la rechifla en contra de los que conociendo la noble misión de formar una literatura nacional, se hayan referido en sus composiciones a los objetos que tenían ante los ojos".

Las cosas que vienen de lejos casi siempre nos parecen preferibles a las que a la mano tenemos. Aun hoy día las cenefas de los casimires nacionales, hasta los fabricados con materias primas extranjeras, y tan buenas como las telas importadas, llevan palabras inglesas para lisonjear esa idiosincracia. En Alemania hubo tiempo cuando los famosos cuchillos de Solingen se vendían mejor si llevaban la marca "made in Germany".

Indica "Fidel" como otro inconveniente que dificultó el desenvolvimiento del costumbrismo la susceptibilidad de los lectores mexicanos. Dice: "El número de las personas que en México lee es reducido, las costumbres comunes a ciertas personas se conoce al momento, y la poca frecuencia de leerse estos escritos, hace que se crean llenos de alusiones personales".

Al reconocer que "por hoy nadie ha sobresalido en el difícil género de costumbres" y que "las pocas afecciones que tiene, dependen tal vez de la poca habilidad de los escritores, de sus descripciones sin vida, de sus episodios pueriles, de sus gracias insípidas y de mal gusto" (cualidades que hemos podido descubrir en más de un costumbrista de los "Españoles pintados por sí mismos), Guillermo Prieto anima a los escritores mexicanos a la vez que pone de relieve la importancia histórica y ética del nuevo género: "Pero por esto no debe desmayar el escritor de costumbres; sus cuadros algún día serán las medallas que recuerdan una época lejana. El escritor de costumbres es auxiliar eficaz de la historia. . . . Si la primera de nuestras necesidades, como yo creo, es la de la morigeración social, si el verdadero espíritu de una revolución ha de ser moral, los cuadros de costumbres adquieren suma importancia".

Dicho sea de paso que "Fidel" no insiste mucho en la intención moralizadora a lo largo de sus escritos costumbristas, ya sea en prosa o en verso; donde la podemos descubrir es más

bien en composiciones no costumbristas como los "Estudios morales".

Siendo hijo del periodismo, natural era que el nuevo género hallase amplio albergue en los diarios y revistas mexicanas, y sólo después, ya coleccionados los artículos dispersos, formara libros. Las múltiples descripciones costumbristas que pululan en la prensa de la época ofrecen todavía un material amplio que, si bien sale de los límites de este trabajo préstase para selecciones interesantes, señaladamente en lo que toca al costumbrismo de las provincias encerrado en tantos apuntes de viaje a la manera de los de Payno o de "Fidel" o de los viajeros extranjeros como Mathieu de Fossey para mencionar a uno no tan conocido. Rica veta de costumbrismo ofrecen las novelas de folletín de Manuel Payno, señaladamente *Los Bandidos de Río Frío*, cuyo título, sugerido al autor por su amigo y editor español Parres, es menos pertinente que llamativo. Con su imaginación fecundísima, a veces truculenta, y su estilo poco refinado, el gran amigo de "Fidel" nos recuerda a Eugenio Sue. En su "inacabable novela" que también llama naturalista, hay mucho de romántico. Son romanticismo y costumbrismo retrospectivos que se albergan en esas memorias que el octogenario escribe lejos de la patria, por 1890. Leyendo o mejor dicho devorándolas con el alma en un hilo, a la vez que divertirnos quedamos imbuidos de la manera de vivir que privaba en este país a mediados del siglo pasado. Es de deplorarse que el volumen agobiante de la novela quite el ánimo a tantos lectores de lanzarse a ese mar de episodios a cual más emocionantes, sabrosos y mexicanos.

Las costumbres de las provincias evolucionan con más lentitud que las de la capital. Así es que por ejemplo *Notas de Rafael Delgado* describe tipos que ya deben de haber tenido validez a mediados del siglo.

Sobre el costumbrismo capitalino escribió entre otros autores "Fortún" (Francisco Zarco) en *La Ilustración Mexicana* una serie de animados cuadros de costumbres con marcada intencionalidad crítica y sabor político que terminan con frecuencia en reflexiones morales, pesimistas las más veces y que los alejan del género. Publicó entre otros cuadros *El crepúsculo en la ciudad*, *Perro que ladra no muerde*, *El Palacio nacional*, *Venduta*, *El paquete*, *México de noche*, *Óperas y toros* y diversos artículos sobre las modas.

LAS COSTUMBRES Y TIPOS MEXICANOS DESCRITOS POR ANTONIO GARCIA CUBAS Y EN LOS MEXICANOS PINTADOS POR SI MISMOS

Verdadero compendio por lo minucioso y completo de sus anotaciones, *El libro de mis recuerdos* de Antonio García Cubas presenta la contribución más rica y más netamente costumbrista al acervo de obras que se ocupan de la época central del siglo pasado. Su afición a la geografía aflora en el afán de señalar a cada paso el lugar exacto de los acontecimientos. Abundan los pormenores topográficos de la ciudad de México. García Cubas casi siempre describe y rara vez evoca indirectamente aquellos tiempos cuyas costumbres presenta en tipos y acaecimientos proyectados sobre el fondo de las antiguas calles, los polvorientos paseos y los vetustos caserones. Además de muchas estampas y fotografías antiguas, varios mapas facilitan la orientación en la antigua ciudad. García Cubas fotografía más que pinta. Refiere los hechos reales ordenada cuanto prosaicamente colocados en sus casilleros históricos y topográficos. Con el mismo propósito sistematizante trata los temas folklóricos, ofreciendo a la vez una rica grafía musical.

Vademecum para el estudiante de las instituciones de la Iglesia de la época que precede a la Reforma, la parte del libro dedicada a los monasterios de México, también con muchas ilustraciones, suministra el fondo arquitectónico de las costumbres eclesiásticas que tan a fondo describe García Cubas en *Festividades*, donde hallamos todos los pormenores del culto externo a la vez que las demostraciones populares de regocijo aunadas a las expresiones de ferviente fe.

Aun la parte más netamente histórica, en que el autor dice sin embajes lo que piensa de Santa Anna, está colmada de apuntes sobre las costumbres y de anécdotas que aviven singularmente la sequedad documentaria de que raras veces escapa un compendio.

Su crítica de costumbres no degenera en chismografía. Consciente de este peligro, en el capítulo sobre el periodismo divide a los periodistas en tres clases, conviene a saber: los periodistas, luego los que no merecen tal título por la falta de prudencia y finalmente aquellos cuya imprudencia es solamente superada por la ignorancia. Dice el autor: "Los primeros se distin-

guen, particularmente, por su habilidad al atacar un vicio pues saben presentar con arte, el tipo general característico de éste y no el individual, y los segundos, por el contrario, en que descubren, con refinada malicia, ante la sociedad al individuo y no el tipo general. " (1) En la introducción anuncia la misma norma: "Mis observaciones son generales, con absoluta abstracción de alusiones personales".

En el mismo lugar da a conocer sus fines, los cuales, como los de los más escritores del género visan el mejoramiento moral y material del país.

Hay un aspecto común del costumbrismo que con ser harto humano no deja de constituir un defecto. Es la preferencia con que los autores enfocan las costumbres malas. García Cubas se da cuenta de esa parcialidad cuando confiesa: "Al tratar de la sociedad mexicana. hablo de ella en general y del elemento malo en particular, haciendo casi completa abstracción del elemento bueno" (3). También Juan de Dios Arias en *El cajero* habla de "la manía de escribir sobre costumbres, malas por supuesto.". (4)

Como uno de tantos ejemplos que muestran las preocupaciones educativas de García Cubas mencionamos sus observaciones sobre la perniciosa costumbre de permitir las tertulias de niños y criadas "por los resabios que adquieren" (5), y por el peligro que para los niños encierra la mala costumbre de "espantarles el sueño" (6) con historietas y "consejas" llenas de muertos que se asoman por las bardas, las brujas horribles y los "nahuales", hechiceros que chupan la sangre de los humanos.

"Retrotrayendo el tiempo" el autor habla de acontecimientos que tuvieron lugar cuando era todavía muy joven. El cuarto decenio del siglo XIX que más nos interesa halla a García Cubas entre su octavo y dieciochoavo año. Dirigiéndose al lector, en *México de noche*, dice: "Voy a imponerte de lo que fué nuestra hermosa capital allá por los años del Señor de 1850-1870) (7); y en la introducción a la segunda parte de su libro afirma que "desarrolla cuadros de costumbres que casi en su totalidad han desaparecido, a causa de las evoluciones naturales de la sociedad" (8). Son las evoluciones cuyo testigo y observador atento ha sido García Cubas durante su larga vida que se extingue en 1912.

De gran interés son los apuntes que tocan la vida escolar y cultural, con todo y sus nimiedades, que le dan un vivo color local. Acompañamos al autor en su camino por los diferentes escuelas que atendió: la *Amiga*, donde los niños deletreaban las palabras contenidas en el *Silabario del Niño Jesús*, extendido sobre las rodillas de la maestra; la escuela primaria del Padre Zapata en la calle del Relox donde conocemos el sistema Lancaster de educación mutua, establecido en México en 1822, que obliga a los niños a moverse como autómatas al son de la campanilla; luego el colegio francés, uno de tantos "dirigido por aptos profesores franceses, donde se observaba el modo individual, en algunos casos el mutuo y nunca el simultáneo" (9) y donde se sembraba nuestro idioma de galicismos (10); y finalmente el colegio de San Gregorio dirigido por el celeberrimo cuan severo rector Juan Rodríguez Puebla.

Las costumbres escolares de la época, ilustración viva de la máxima "la letra con sangre entra", y llenas de tremendos ejercicios de memoria, palmetazos y una escala completa de castigos dignos de la edad media, mueven al aprovechado alumno de tal sistema educacional a la comparación entre "el sistema de castigos establecidos en aquellos tiempos" y "la absoluta lenidad que hoy se observa en las sociedades modernas, ambos vicios, de lo que resulta que si antes los alumnos temblaban en presencia de los profesores, hoy éstos tiemblan en presencia de los alumnos" (11).

No olvida el minucioso coleccionista de costumbres la enumeración de los múltiples juegos de muchachos. Estudia detenidamente esta materia citando muchos versos y jitanjáforas interesantes.

Otro caso de costumbrismo retrospectivo que se ocupa de juegos de muchachos lo hallamos en "Combates en el aire (Narración de un viejo) de Roa Bárcena. Son recuerdos de la infancia cuando el autor tenía 8 a 10 años. Habla de papalotes de combate que tenían a la mitad de la cola dos navajas de gallo. Otros llevaban correos o linternas de papel que viajaban por la cuerda y todavía otros estaban provistos de una "bramadora".

García Cubas pasa revista de la historia de los teatros durante el pasado siglo. Si olvidáramos la falta del cinematógrafo en aquellos tiempos, tendríamos derecho a maravillarnos de la

gran cantidad de teatros que había en aquella ciudad de doscientos mil habitantes. El teatro del Relox en la cuarta calle del mismo nombre, hoy República de Argentina, tenía algo del sabor popular del corral de la Pacheca a cuya llaneza nada tenía que envidiar. Maromas en la tarde, cuando Don Soledad Aycardo como "verdadero payaso mexicano" (12), ridiculizaba los vicios sociales; las representaciones dramáticas de la noche fueron también dirigidas por Don Chole. Los actores atraían involuntariamente lo más selecto de México, porque "cuando fingían el llanto en el teatro hacían reír, y cuando sonreían exponiendo sus miserias fuera de él, hacían llorar". (13)

Durante los cuarentas se estrenaron el Teatro de Nuevo México, cerca del lugar donde hoy día el callejón de Tarasquillo desemboca en la calle del Artículo 123 y tres años más tarde, en 1844, el Gran Teatro de Santa Anna, llamado Teatro Nacional después de la caída del dictador. El sitio que ocupó este hermoso coliseo era el lugar donde topaba en aquel tiempo la hoy Avenida 5 de Mayo con la calle de Bolívar, entonces Vergara. Al ser prolongada la avenida, el teatro desapareció.

García Cubas abominaba de las corridas de toros, pero sabía que el querer oponerse a ellas era predicar en el desierto: "Nadar contra la corriente es un vano esfuerzo, y por tal tengo el de algunos de mis escritos que, como el presente, contraría costumbres arraigados en el pueblo" (14). Los Espectadores de una corrida se le antojan los padrinos de un duelo.

La plaza de toros que funcionaba durante los cuarentas estaba en la plazuela de San Pablo. Otra, inaugurada en 1851, había cerca del lugar ocupado hoy por el edificio de la Lotería Nacional. Con repugnancia se acuerda García Cubas de una corrida en San Pablo, durante la cual perecieron diecisiete caballos y un picador, "tallarín montado en un fideo" (15). Narra la antigua costumbre de la partición o despejo de la plaza, ejecutada por militares, y que consistía en evoluciones marciales al son de la música. Otra costumbre, igualmente desaparecida hoy día de la fiesta brava, requería la presencia de los dos "locos", los cuales, vestidos de payaso, entraron a la cabeza de la cuadrilla, haciendo sus simplezas, que consistían en suertes como el acostarse al lado del toro muerto o el usarlo como vehículo al ser arrastrado éste por las mulas, y otros chistes por el estilo.

Las festividades y otras ocasiones de regocijo han dado origen a muchas costumbres. García Cubas nos presenta a los actores y los escenarios. Estamos en el Novenario de la Navidad. Brotan puestos y más puestos en la orilla del andén exterior del Portal de los Mercaderes. En frente, el Parián, que va a caer en 1843, casi desaparece detrás de tantos *tianguis*. Inciertas sobre el mar agitado de las cabezas navegan por doquiera apopléticas piñatas. Huele y suena a Navidad. En las casas el alegre alboroto de las Posadas. La Nochebuena. Primero de enero, rifa de Santos. Seis de enero, Epifanía. Muchos juguetes para los niños; rifa de compadres con sus abrazos para los grandes.

El año avanza. Domingo y martes de Carnestolendas. Por la tarde gran animación en el Paseo de Bucareli, lleno de hoyancos, el mucho polvo regado desde la mañana por los presidiarios de la Acordada. Cuatro hileras de sauces que vegetan penosamente acompañan las aguas mal olientes de unas acequias. El paseo se extiende desde la plazuela que en 1852 habrá de adornarse con el *caballito*, hasta a garita de Belén. Al oeste, la vista alcanza las serranías. Hay desfile de coches con comparsas. Llueven los ramitos de flores. En la noche gran baile en el Teatro de Santa Anna donde las máscaras se divierten con mayor o menor gracia según la ingeniosidad o sandez cubiertas por los abigarrados disfraces que alquilan las barberías, tapizadas en estos días con miles de trajes. Por la calle vaga la gente, entre ella los *huehuenches* en sus disfraces pintorescos.

La cruz de ceniza invita a pensamientos de altura. Cesa la locura aunque todavía menudean los cascarnazos.

A gritos los vendedores callejeros ofrecen hortaliza, pescado, cuzcuz o animales extraños de las lagunas: ajolotes, acociles, atepocates. Para los pájaros el ahuate, pasta de huevecillos de moscos.

El calor sofocante de primavera ayuda al nevero a vender sus canutos o el limón con leche. En los grandes cafés, llamados Sociedades en la época, los parroquianos apagan la sed con ricos sorbetes.

Toca el turno al ameno Paseo de la Viga, muy frecuentado hasta el Jueves de la Ascensión. Hay muchos árboles y agua abundante. Del embarcadero salen para Santa Anita e Ixtacal-

co las anchas canoas, repletas de gente, muestrario de tipos populares: la china, el charro, la recamarera, el aguador, la figonera, el barbero, el leperito y tantos otros, que cantando y bailando, riendo y bebiendo, van a pasar un día alegre en el campo para regresar coronados de flores.

De *El Diario Histórico de México* de Carlos María Bustamante (p. 134), recogemos la siguiente fórmula de los indios de Ixtacalco para ofrecer sus canoas con todo y los demás: "Tatita, Pagrecito; tú buen canoa; buen remero; tú buen música; tú Taticoniche bien zapateado; tú dos por medio Santa Anita; tu virgüelitita chiquirritita; tú caldo con só vena."

Llega el Viernes de Dolores, día celebrado con cariño en honor de los sufrimientos de la Virgen y para agasajar a las Lolitas con cuelgas y bailes. Gran esmero requiere la erección del famoso altar con sus muchos pormenores sancionados por la costumbre: el tapete de sembrados, las velas y las aguas de colores. Luego la comida de vigilia y las aguas frescas tomadas en cantidades inverosímiles, precedidos tantos goces de abundantes compras en la calle de Roldán, donde las aguas del canal, henchidas de canoas horteleras, bañan todavía los viejos muros del convento de la Merced en un cuadro casi veneciano.

En la casa, un "pico largo" dirige los preparativos de la fiesta. Es el prototipo de esos individuos ubíquos que todo lo saben y que conocen a todos.

En la Semana Santa apenas hay día sin significación religiosa, puesta de manifiesto por alguna rancia costumbre, ya en los templos, ya fuera de ellos; costumbres ligadas a veces con un ceremonial tan alejado del verdadero culto como están alejados de la ciudad capital los pueblos donde lo observan. Nos referimos a los "pasos", representaciones bíblicas de tosca primitividad en que se goza el pueblo, disfrazado de armados, espías, sayones, centuriones y fariseos con indumentaria anacrónica y punto menos que ridícula.

Por otro lado hay ceremonias de ferviente intimidad religiosa como v. gr., el llamado oficio de tenieblas, efectuado a oscuras.

Como aspecto mundano del Jueves Santo había la costumbre de estrenar nuevos vestidos con el consiguiente movimiento de los "barriletes", aprendices de sastre, y la aparición en el Portal de Mercaderes de "los del brazo fuerte" que balancea-

ban sombreros de repelo, conviene a saber renovados, en alarmante amontonamiento, sin espantar por eso las apuestas Chieras, las cuales, también en el portal, bajo sus alegres enramadas adornadas de ollitas, vendían refrescos y regalaban sonrisas. El anuncio consistía en enormes vascs de cristal con aguas de colores colocados en un mostradorcito coquetón.

Los ruidos de la ciudad han enronquecido. Dominan las matracas e importunas carretillas. La carraca de la Catedral realza el recuerdo de las melodiosas campanas. Los matraqueros llevan sus dijes colgados en un carrizo que parece árbol de Navidad. Matracas hay de oro, de marfil, con tímidas vocecitas; y otra simbólica, convertida en sinónima de la propina cuando la reclaman el soñoliento sereno, o el guardián diurno, apodado "padre de agua fría", el basurero y el cartero que piden ahora su matraca, en la Navidad su aguinaldo, su tarasca o su huacalito en el Corpus, y su calavera el Día de los Muertos.

El Mamonero y el Judero despliegan gran actividad, aquel, bajando a cada rato su tablón, sin interrumpir su grito "a dos rosquillos y un mamón", éste, evitando con cuidado a los fumadores, para no convertirse él mismo en Judas encohetado.

Divorciados excepcionalmente de su pesada protuberancia, los aguadores, algo inclinados hacia adelante como para contrapesar un chochocol imaginario, se encaminan, felices, a la Santísima, para cargar con las andas de los Santos durante la procesión. Su vestimenta de nazarenos es de lo más pintoresco. En la mano llevan una vara con horquilla para apuntalar de cuando en cuando las pesadas andas y dar descanso al hombro.

De la Santísima se derrama con grave lentitud la solemne procesión, precedida de gigantesca cruz que se ve como incrustada en el rojo de las túnicas de los monjes de la Trinidad.

El Viernes Santo, otra procesión, conocida con el nombre del Santo Entierro, sale del templo de Santo Domingo. Revisite la triste gravedad de un cortejo fúnebre, cuya melancolía es ahondada por las melodías plañideras de dos flautas tocadas por músicos invisibles debajo de las andas de la pesada urna que contiene la imagen de Jesús en su lecho de muerte.

Sábado de Gloria. Contentos de aprovechar la rara oportunidad de asomarse al sol, los pálidos tahoneros se encaraman en las azoteas para hacer reventar a los Judás y a la vez unos sacos llenos de pan regalado.

Tocan todas las campanas. Vibra el aire con los cohetes y las dianas. El júbilo sube de punto. Para los pobres perros es un día aciago.

Pasan siete semanas tórridas. La Pascua de Espíritu Santo. Esta fiesta y el pueblo de San Agustín de las Cuevas eran en la época conceptos de tiempo y lugar inseparables. Lo que daba relieve a los días de fiesta y atraía medio México era el juego sabiamente explotado en sus muchas variedades por la flor y nata de los truhanes, fulleros y caballeros de mohatra que solían darse cita en la risueña Tlalpam para desplumar a los incorregibles optimistas. Los que más víctimas hacen son el carcamanero, apodado también misionero por lo trashumante de su negocio y aquel otro que maneja el juego de las tres cartitas. Saben muchos versos picarescos. Las peleas de gallos dan ocasión para apostar cantidades regulares en los careados o los tapados como se llamaban los encuentros entre los gallos de peso conocido o desconocido.

La festividad del Corpus superaba a todas por la solemnidad y magnificencia de su procesión que pasaba debajo de los toldos y entre los ricos colgajos de tapices y guirnaldas. Como juguetes de la temporada se venden huacalitos con fruta, verdes tarascas con rodaje de madera y las simpáticas mulitas de hojarasca.

Al día de San Juan Bautista, en la última semana de junio, ya entradas las aguas, pertenecen dos costumbres: la de vestirse de uniformes y jugar a los soldados por parte de los niños, reminiscencia vaga de los primeros tiempos del gobierno colonial, cuando los encomenderos respondían de la seguridad de sus provincias; y la otra de bañarse.

Los baños de "placer" y los que lo eran todavía menos, como las Salas de Temascal donde las mujeres se bañaban en común, no eran muy lujosos que digamos. Los temascaleros que servían de aguadores en esos primitivos baños públicos llenaban las tinas a cubazos. Los baños de agua fría eran más alegres siendo muy concurrida la alberca de Chapultepec. Era costumbre de obsequiar a los bañistas no sólo con jabones y estropajos sino también con fruta.

El Día de Muertos, cuyas costumbres contradictorias dieron pábulo a la crítica de "Facundo", provoca las siguientes observaciones irónicas de García Cubas: "Los elegantes de

flamante lujo, andaban en busca de corazones heridos por el amor y los desarraigados con su medio luto de pura mugre, deslizábanse a caza de relojes y de los objetos mal parados en las tumbas" (16). Los juguetes, fieles símbolos en nuestro país de las diferentes festividades, remedan en ese día, sin temor a la profanación, tumbitas, muertitos, entierros y calaveras, éstas aun en tamaño natural hechas de azúcar que son un primor.

Cuan cerca está para el pueblo la vida de la muerte y la alegría de la tristeza lo testifica la costumbre de los velorios donde en medio de las parejas que bailan, comen y beben, yace frío un niño muerto cubierto de flores.

Tal vez parezca insólito el querer elevar las revoluciones a la categoría de las costumbres, pero hay que recordar que entre los años de 1822 y 1854 no hay menos que treinta pronunciamientos. Veamos cual era su fórmula clásica.

Cuando un cañonazo y un repique lejano anuncian que hay una sublevación en la ciudadela, los habitantes se encierran en sus casas y los coches abandonan los sitios para regresar a las carrocerías. Los habitantes proceden así por temor a la leva, y los coches por aquello de las dudas. Gobierno y pronunciados toman los templos que pueden ocupar de buenas y después de algunas negociaciones siempre infructuosas comienza la balacera de campanario a campanario apoderándose el vencedor de la posición del adversario. Cuando ganaban los pronunciados, que era la regla, el movimiento terminó pronto con un cambio de gobierno, conforme al plan proclamado, y renacía la paz hasta que "a poco un nuevo pronunciamiento convertía en arbitrarios, ilegales y despóticos a los mismos que poco antes habían sido los salvadores, regeneradores o libertadores" (17). El sistema de Santa Anna consistía en desaparecer oportunamente para dar tiempo al nuevo gobierno de caer por su propio peso, dignándose el dictador entonces a encargarse de nuevo de la dirección del gobierno. El que más sufría era el pueblo y particularmente los empleados de gobierno "sujetos a rigurosa dieta por causa de las circunstancias" (18). Pero más que el pueblo capitalino, la población de las aldeas y las fincas se hallaban en constante zozobra y expuesta a las peores vejaciones por parte de los guerrilleros, cuyo tipo hallamos descrito a la perfección en *La Linterna Mágica* de José T. Cuéllar.

A cuántos excesos conducían los odios políticos, revelan episodios como la bochornosa exhumación, en 1844, de la famo-

sa pierna de Santa Anna por el populacho, o aquel otro narrado por García Cubas, donde cita las palabras de la esposa de un ministro antiliberal, a quien había salvado la vida y que sin embargo de ello, un mes después, en compañía de su esposa niega el saludo a su salvador. Explica la señora: "negamos el saludo porque éste (García Cubas), cuando pudo salvar a mi marido, es porque es de éstos. (los liberales) (19).

Pocos costumbristas de la época se han privado del placer de pintar con todos sus pormenores los medios de locomoción de que se servían, quejándose a la vez del mal estado de los caminos y de los frecuentes asaltos por los bandidos.

Es la época de las diligencias. Las vías férreas se estrenaron en 1857, permitiendo el viaje en tren de México a Tacubaya y Guadalupe. Ensanchándose la red de los ferrocarriles, desaparecieron, andando los años, las diligencias, "esas pesadas alcanzías que se balanceaban sobre sus sopandas de cuero" (20) y los coches de camino "con su camisa de fuerza". (21)

En el *Guía de Forasteros en la ciudad de México para el año de 1854* se encuentran catalogadas catorce líneas de diligencias. Es el mismo año en que el conde italiano Cossato halla la muerte a manos de los bandidos que asaltaron la diligencia en el camino de Puebla, entre Tecamac y Río Frío, lugar de mal agüero.

Lo que se pudiera llamar estación central, era la *Casa de diligencias*, cuyos patios estaban en comunicación con el del Hotel Iturbide, circunstancia feliz en los casos en que la diligencia había sido robada y los pasajeros arribaron a la capital en paños menores. En cuanto a la técnica de asalto, García Cubas refiere que el jefe de los foragidos solía obligar a "azorrillarse" a los pasajeros, lo que equivalía a ponerse a gatas en el suelo, prohibiendo los bandidos severamente que las víctimas levantaran la cabeza y mirasen. Hay que leer el cuadro de Ledesma (21a) y las escenas análogas en *Los Bandidos de Río Frío*.

En esta novela Payno describe la manera de viajar en trajinera, embarcándose los pasajeros al anochecer en San Lázaro para despertar la mañana siguiente en Chalco. Dice Payno: "..... en cada camarote acomodaban cuatro personas, aunque no se conociesen y fueran de distinto sexo; de manera que, teniendo en la noche, por la estrechez del local, que acomodarse pies con cabeza, como si fuesen sardinas en lata, resultaban

inconvenientes fáciles de prever". La parte emocionante del viaje por la laguna consistía en el "difícil y peligroso paso de la compuerta" que dió origen a la costumbre de rezar la letanía antes de llegar a ese lugar temible por su recia corriente.

Completan los cuadros a la vez que fatigan al lector las largas crónicas sociales con enumeración de las damas presentes en esta o aquella representación teatral, abundando las comparaciones estereotipadas con mariposas, estrellas y rosas. A veces un diálogo convencional con el "querido amigo" a quien el autor sirve de guía por las calles de la ciudad, da espaldas a la narración, y no faltan anécdotas sabrosas para interrumpir las descripciones.

El estilo, mayormente al principio, no está libre de un cierto amaneramiento como si el autor se sintiera obligado a reivindicar la índole literaria de su obra, con el resultado de que una y otra vez camina en zancos o abusa de citas clásicas baratas.

Aunque hay costumbres, (como las del tipo obvio) que no forman tipos, no puede haber tipos sin costumbres ya que a ellas deben su formación. Esta equivale a una deformación del tipo universal humano, como v. gr., el del padre de familia, en un tipo general, como por ejemplo el del tirano, que ha existido en todos los tiempos, lugares y condiciones. El tipo general puede deformarse a su vez en un tipo especial, nacional o regional, que al conservar las cualidades de los tipos universal y general, presenta una especie *sui generis* que se da sólo en ciertos tiempos, lugares y condiciones como verbi gracia el cacique mexicano.

Juan de Dios Arias dice:

"Separando a los hombres de los hombres, los dividimos en clases como a los animales en especies. y viniendo de la circunferencia al centro, y de las personas a las corporaciones decimos, por ejemplos, abarroteros, cajeros." (22). Y Balzac se pregunta: "La société ne fait-elle pas de l'homme suivant les milieux ou son action se déploie autant d'hommes différents qu'il y a de variétés en zoologie?" (23).

En la obra de García Cubas y el libro producido por varios autores dado a la luz en 1854 con el título de *Los mexicanos pintados por sí mismos* hallamos los más de los tipos mexicanos. Algunos de los dibujos artísticos, en gran parte de la mano de H. Iriarte, se hallan reproducidos en el libro de García Cubas,

No todos los tipos descritos en *Los mexicanos pintados por*

sí mismos son tipos especiales. Algunos son tipos generales como v. gr., el ministro, el escribiente, el abogado, el poetastro, la coqueta, la casera y otros. Luego hay tipos esencialmente generales pero accidentalmente mexicanos ya por su indumentaria o ciertas peculiaridades como por ejemplo el cochero, el cargador, el barbero, la recamarera, el ranchero y otros. Finalmente hay tipos esencialmente mexicanos como el aguador, el evangelista, el charro, la china, el ministro ejecutor, el alacenero, el mercero, el pulquero, el cristalero y otros.

Juan de Dios Arias que inyecta mucha ironía de sabor político en sus artículos, convierte jocosamente al ministro mexicano en tipo especial: "...los Pit, Richelieu, Metternich fueron monstruosidades de la especie y no pudieron formar un tipo ni tener semejanza con algunos de los ministros de México, cuya identidad es tal, que no podrán distinguirse uno de otro, sino por el tiempo en que bajan o suben con su cartera debajo del brazo" (24). Ya se ve que estamos en los tiempos de Santa Anna.

Antes de examinar a algunos de los tipos diremos como una observación general acerca de la moda de la época que los aspectos más señalados en el traje de hombre eran la levita larga hasta las corvas, los pantalones con trabillas, el sombrero alto que cubría el largo y rizado pelo, y el bastón. El mirriñaque, el puf y el polisón sobresalían en el vestido de la mujer, cuyo pelo tenía también ahuecadores como si la crinolina fuera poco.

Persona de peso era la partera que *eo ipso* adquiría el título de comadre de media ciudad. Para Juan de Dios Arias aquel "apéndice de la facultad médica" es siempre "semi-vieja" puesto que la obstetricia es un recurso de la viudez (25). Describe la dificultad de atraer la partera al lugar de los acontecimientos, donde luego se instala como "presidente con facultades extraordinarias en tiempo de revolución" o, cuando sus servicios son prestados clandestinamente, "como vista de aduana, que por su sueldo ordinario sólo permite la salida de efectos de legítimo comercio, y por un tanto más los deja salir de contrabando" (26).

No faltan creencias y supersticiones. En el dibujo vemos un cuadro de San Vicente Ferrer, colocado "patas arriba, a fin de que patrocinase mejor el alumbramiento" (27). García Cubas cuenta como la partera, después de amoldar en una jicarilla la cabeza del recién nacido o de aguzarle la nariz chata, pone

amuletos en sus manitas para protegerlo de las brujas. Dándole como nombre de pila el del Santo que corresponde al día del nacimiento, se liberta al niño de una muerte repentina.

Como comadre, la partera toma parte en el bautismo, en cuya ceremonia es persona principal el padrino. Las peripecias del padrino nos refiere García Cubas con mucha gracia. El recado que equivale a la oferta no siempre desinteresada del compadrazgo y que una criada lleva al presunto padrino es ésta: "Que como está su mercé, que le besan las manos y que ya tiene un criadito más a quien mandar" (28), eufemismo que da principio a muchas cosas, entre otras una buena cantidad de "medicillos" de oro escondidos en flores artificiales y los "volos" que reclaman a gritos los muchachos en la puerta del templo. La voz "volo" es la respuesta afirmativa que el ayudante da al sacerdote cuando éste le pregunta: ¿vis baptizare?

El cajero, hoy diríamos empleado de comercio ya que el cajero de nuestros días es más especializado, tiene las señas generales del grupo social que "Facundo" clasifica como "los españoles de la tienda", conviene a saber tienda de abarrotes en los más casos. Señala Juan de Dios Arias esa clase así: carrera honrosa..... para el niño que sale de la escuela y que, con sus ribetes de aristocracia y sus pelillos a la española antigua, repugna las artes por villanas y sin tener capacidad pecuniaria o mental para dedicarse a las ciencias....." (29).

Hay ciertos usos arraigados: si llega a manos del cajero una moneda falsa, la clava en la orilla del mostrador. Otro hábito es el de llamar Don Prudencio al cajón de dinero, mueble discreto, que sabe disimular los empréstitos forzados.

Al *escribiente* de Iriarte se le conoce lo presumido del seudoinstruido; es el tiranzuelo tan bien pintado por Lizardi. Versado en los pormenores de la rutina judicial, llega a hacerse indispensable para sus superiores.

Ambicioso, intrigante y brutal, sin los frenos de la cultura, suele abrirse paso como quien anda en bicicleta: encorvándose hacia arriba y pisando hacia abajo. Así realiza "las brillantes y variadas metamorfosis que en nuestra patria privilegiada presenta su abundante especie", observa mordazmente José María Rivera". (31)

El barbero mexicano, "detrás de sus celosías pintadas de azul o verde y algunas líneas coloradas" (32), se desvía del tipo general a causa de su gallo y su guitarra. Al rapa-indios ya lo conocemos en la persona de Andrés, ayudante intrépido del

Periquillo. Menos conocido es un artificio sabroso referido por García Cubas y que consiste en meter el pulgar de la mano izquierda en la boca del cliente para estirar la mejilla y hacer más cómoda la rasura. (33).

El ministro ejecutor es un tipo especial mexicano. Sirve de miembro de enlace entre el juez y el escribano. Símbolo de su dignidad es el bastón con borlas. Es mal visto en todas partes ya que lo más benigno que de él puede esperarse es un embargo. Juan de Dios Arias lo bosqueja como un "semi-juez, su levitón gastado como la justicia. que debe suprimir su bilis, ser sordo de intención y sufrido por conveniencia" (34)

Tipo de fuerte color local es el "Evangelista", incrustado en el Portal de Sto. Domingo, donde goza de relativa independencia. Su único amo es el pueblo cuyas risas y lágrimas sabe interpretar y convertir en letra escrita.

Al comercio ambulante y el de relativa fijeza representan el mercero y el alacenista. Al decir de José María Rivera, el mercero "vende por diez lo que le costaba uno; lo falso por lo fino; lo inútil por muy útil; lo supérfluo por necesario; las coquetas y los tontos son su fuente de riqueza" (36). Pero no sólo chucherías y baratijas contiene su canasta. Esconde igualmente una diminuta librería donde no faltan el catequismo del padre Ripalda, y hay almanaques y estampas de Santos, como la de Santa Librada, abogada contra los ladrones, la de San Judas Tadeo para alejar a los importunos o la de San Francisco de Paula para la salvación, el dinero y un buen marido. El varillero como el mercero viajaban por todo el país.

Numerosos eran los vendedores callejeros. García Cubas los conoce al dedillo. Muchos de ellos aparecen sólo en distintas temporadas y las evocan con sus gritos conocidos o su canto familiar.

Hay quienes venden golosinas y bocados regalados como turronec e infinidad de otros dulces, disputándose con los vendedores de fruta el antojo de los transeuntes. A los que costumbran tomar sus comidas en la calle, se las venden las enchiladeras, las tamaleras, y los cabeceros, establecidos ora medio fijos en la puerta de una pulquería, ora en una esquina propicia de un portal o un callejón, como el de Bilbao, que existe todavía hoy en medio del Centro Mercantil y en cuya entrada había dos mesas debajo del antiguo portal de Agustinos donde se regalaban los de frazada con "fiambres donosos" en cuanto

que los de levita entraron a comer en el fonducho del Conejo Blanco, en el mismo callejón, famoso aquél por sus sabrosos antojitos.

El pastelero era figura importante en la vida de la ciudad, ya que los pasteles sustituían con frecuencia comida y cena. El aparato improvisado para conservar caliente su mercancía y que consistía en una olla enorme acostada en una mesa, no era menos pintoresco que la manera de atraer a los clientes con canciones picarescas, proferidas en voz nasal e interrumpidas a guisa de refrán por la invitación "a cenar, pastelitos y empanadas, pasen niñas a cenar". (37)

Carboneros y ollereros, panaderos y pescadores, cedaceros y jauleros, veleros y mantequeros, e infinidad de otros vendedores ofrecían con cantos o a grito partido su mercancía, que podía consistir ora en tierra para las macetas, ora en "fósforos del silencio", ya en ranas, o en patos. Otros ofrecían de la misma manera sus servicios v. gr. para remendar zapatos o "entular" sillas.

La india que vendía, como todavía hoy día, los zancudos chichicuilotes, solía venir, ya bien entrado el verano; su canto melodioso y nostálgico, de extraño ritmo, encerraba algo de la fragancia íntima del valle de México en la temporada de lluvias: "¿No to-ma-rán chi-chi-cui-lo-ti-tos viii-vos?" (do do do re do do re re do la do do) (38).

Era típica la costumbre de ciertos marchantes de cambiar en lugar de vender. Así el grito de "hay sebooo" era la oferta de dar yerbas medicinales en cambio de sebo, y el de "cristal y loza fina, ¿hay ropa que cambiar?" otro ofrecimiento de cambalache, por medio del cual el cristalero, tipo netamente mexicano, ganaba por los dos cabos. Este sistema de trueque podía tener sus inconvenientes cuando los niños en su entusiasmo de permutar "palos viejos por alcaucil", conviene a saber alcahofas silvestres, iban a desabaratar muebles no tan desvencijados todavía.

Enriquecían el colorido del fresco callejero los grupos de "indics de romería", que llevaban estampas de la Virgen de los Remedios o del Señor de Chalma entre ramas de oyamel puestas en el extremo de sus largos bastones y que avanzaban con timidez por las alborotadas calles, y no faltarían en el cuadro los sombreros anchos de algunos charros ricamente ataviados, reluciendo sus adornos de plata y haciendo resonar el retintín de sus pesadas espuelas de Amozoc.

A los fuereños era fácil conocer por la insistencia con que todo lo miraban, pasmados tal vez de oír un par de mendigos recitar romances o catequizarse mutuamente en alta voz, parados en una esquina.

El alacenero es el resultado final de la evolución que sufre el vendedor ambulante, al cual crecen, andando los años, toldo y cajón. El cajón se cuaja, le sale un mostradorcito, y listo. Dice Ignacio Ramírez: "Los indígenas explotaban sólo sus negocios, los españoles dividían el trabajo y las ganancias con los americanos. Nosotros, sus descendientes hemos abandonado la especulación mercantil a los extranjeros. Caminamos de aldea a aldea, o ya ricos, nos arrimamos a las columnas de los portales" (39), y luego hace esta reflexión: "si las alacenas mercantiles logran burlarse del tiempo y de la policía, entonces las veremos crecer y multiplicarse. pues para vender sus efectos el alacenero necesita hacia la calle un espacio suficiente para sacar un ojo y una mano". Según el Nigromante, el alacenero no tiene otro vicio que la codicia. (40)

La estanquillera, dice el mismo autor, es "hija del monopolio". No tiene señas particulares que la distinguan de otras vendedoras humildes, a no ser su mercancía, el tabaco. En 1856 dejan de existir los monopolios y los estancos.

Es difícil hallar el injerto mexicano en los tipos generales del jugador de ajedrez, el poetastro, el cómico de la legua y el vendutero. En todas partes ha habido remates donde acudían con avidez los forasteros y los naturales para hacerse de cosas que no necesitaban pero que parecían tan baratas y eran tan bien anunciadas, como v. gr. "dos docenas de calcetines para hombres sin costura" para mencionar un ejemplo inofensivo de los anuncios que nos proporciona José María Rivera. (41) Lo mexicano del cuadro está en la bandera colorada con la inscripción "venduta".

La enfermedad de sudar acrósticos no es un monopolio del poetastro mexicano. Comenta Hilarión Frías y Soto que el poetastro "sabe de todo con una sola y única excepción: la gramática" (42).

Del cómico de la legua dice José María Rivera que "nace para desempeñar grandes personajes, pero solamente en las tablas" (43). Cuéllar describe un ejemplar mexicano de este tipo general en *Isolina, la ex-figurante*. (44).

El arriero es un tipo mexicano ya casi desaparecido hoy ante el avance de las carreteras y el ferrocarril. El mismo autor

critica como "charlatán y mentiroso", que "a fuerza de tratar sus mulas se hace tan mula como ellas", que es supersticioso y se pone un rosario de huesos a la llegada para poder salir después", y que es muy mal hablado. (45). Lo que no dice y que aprendemos en el libro de García Cubas, es que el arriero se distingue por su buena fe, única garantía que da al recibir la carga ya que ni siquiera la recua de mulas le pertenece. (46)

Hilarón Frías y Soto pinta el tipo general del cochero, "tipo parásito unido a su coche. que vive con el, por el, en el y sobre de el", es "desconfiado, áspero, cínico, cruel y explotador de todas las humanas miserias" "escondite ambulante de enamorados y deudores" (47). Son las señas de los cocheros de todos los países y épocas. Pero a diferencia de otros países, en México había sólo una categoría de cochero, ora sentado en el pescante, ora montado en uno de los caballos. Su traje era singular. En la pierna derecha calzaba la alta y gruesa bota de cuero a la que estaba adherida algo como una aleta del mismo material.

El tocinero mexicano tiene el alma de cualquier carnicero pero su traje no se presta a comparaciones porque brilla por su ausencia a no ser que se quiere dar el nombre de traje al lijero calzón de manta arremangado.

Juan de Dios Arias da así su filiación: "ojos grasientos, brazos mantecosos, piernas lustrosas, ropa ninguna, señas particulares: se le conoce solamente porque lleva en la cabeza una charola de cobre llena de manteca". (48)

En sus cualidades fundamentales, la casera mexicana no ha de distinguirse mucho de la "concierge" parisina. Lo mexicano en ella está en la casa de vecindad que está a su cargo. Dice Niceto de Zamacois: "las casas que habita la gente media y pobre en México son generalmente de vecindad, que son como un pueblo" (49) y José María Rivera en su artículo sobre el escribiente, llama las grandes casas de vecindad "conservatorios de nuestras antiguas costumbres".

No puede haber tipo más mexicano que el vendedor de "nuestro prosaico y anti-romántico pulque" según la expresión de José María Rivera. Entre los arrieros que lo conducían a la capital, el topador que lo llevaba a la pulquería y el jicarero que lo vendía, el pobre del pulque estaba sujeto a la hidroterapia más desenfrenada que imaginarse puede, y como los arrieros hacían el transporte durante la noche, el tratamiento se llevaba a

cabo a oscuras con el resultado de que el consumidor hasta encontraba pescaditos en el pulque, a lo menos así lo referían las malas lenguas.

La costurera del siglo pasado es casi siempre un ser que infunde compasión máxima cuanto que la mujer pobre y bella tenía sólo dos caminos para poder subsistir: cosiendo, quiere decir "hallar a fuerza de sudores un miserable refugio contra el hambre y la infamia" o el otro que igualmente indica Hilarión Frías y Soto cuando afirma: "La mujer tiene un sólo capital de que disponer, el amor: por eso el único giro que sabe darle es la usura" (50). Lo mexicano en el apunte del citado articulista se halla incluido en estas palabras cariñosas: "zozobrando así en su degradación y su miseria, conserva esa belleza de corazón, esa filantropía de afectos y esa exaltación de cariño que distingue a las hijas de México. . . . ; mexicana neta que posee éso de ¡si se lo dije a usted! que ¡valgáme Dios"!

La recamarera, "Pancha una criada de Dios y de usté", suele llamar niña a la señora de la casa cualquiera que sea la edad de ésta.

Hay pocas cualidades que no pertenecen al tipo general, y quién duda de la validez universal contenida en la siguiente antítesis de Pantaleón Tovar: "La recamarera fea es fácilmente aceptada por la madre de familia y el ama; en cambio la bonita, no tan fácilmente rechazada por el amo". (51)

NOTAS

	Págs.
1 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	480
2 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	11
3 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	138
4 <i>Los Mexicanos pintados por sí mismos</i> , Juan de Dios Arias: <i>El cajero</i>	
5 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	195
6 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	191
7 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	153
8 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	11
9 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	408
Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	410
10 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	409
11 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	421
12 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	255
13 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	257
14 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	269
15 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	272
16 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	389
17 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	469
18 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	471
19 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	479
20 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	203
21 Antonio García Cubas <i>El libro de mis recuerdos</i>	203
21a Enrique Fernández Ledesma: <i>Viajes del Siglo XIX</i>	
22 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, <i>El cajero</i>	
23 Honoré de Balzac, <i>La comédie humaine</i> . Prólogo, citación hecha en la página 557 de "Histoire illustrée de la littérature française" por E. Abry, C. Audic, P. Crouzet	
24 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, <i>El ministro</i>	
25 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, <i>La partera</i>	
26 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, <i>La partera</i>	
27 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, <i>La partera</i>	
28 Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i>	185
29 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, <i>El cajero</i>	
30 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, <i>El cajero</i>	
31 Los M. p. p. s. m., José María Rivera, <i>El escribiente</i>	

- 32 Los M. p. p. s. m., José María Rivera, *El barbero*
- 33 Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos* 215
- 34 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, *El ministro
ejecutor*
- 35 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, *El evangelista*
- 36 Los M. p. p. s. m., José María Rivera, *El mercero*
- 37 Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos* 171
- 38 Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos* 205
- 39 Los M. p. p. s. m., Ignacio Ramírez, *El alacenero*
- 40 Los M. p. p. s. m., Ignacio Ramírez, *El alacenero*
- 41 Los M. p. p. s. m., José María Rivera, *El vendutero*
- 42 Los M. p. p. s. m., Hilarión Frías y Soto, *El poetaastro*
- 43 Los M. p. p. s. m., José María Rivera, *El cómico de la
legua*
- 44 José T. Cuéllar, *La Linterna Mágica*
- 45 Los M. p. p. s. m., José María Rivera, *El arriero*
- 46 Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos* 239
- 47 Los M. p. p. s. m., Hilarión Frías y Soto, *El cochero*
- 48 Los M. p. p. s. m., Juan de Dios Arias, *El tocinero*
- 49 Los M. p. p. s. m., Niceo de Zamacois, *La casera*
- 50 Los M. p. p. s. m., Hilarión Frías y Soto, *La costure-
ra.*
- 51 Los M. p. p. s. m., Pantaleón Tovar, *La recamarera*

LA SATIRA COSTUMBRISTA EN EL GALLO PITAGORICO DE JUAN BAUTISTA MORALES

Juan Bautista Morales, enemigo acérrimo de Santa Anna, escribió sus agresivos panfletos políticos de *El Gallo Pitagórico* en los años entre 1845 y 49.

Morales cita mucho a Cervantes. Posible sería que la novela de *Cipión y Berganza* le hubiese dado el pensamiento original de hacer observar las cosas humanas por un animal. También cita *Gli animali parlanti*.

Los tiempos de opresión política hacen inventivos a los que la censuran. Pero, la mistificación no debe ir más allá de la penetración de un lector de capacidad mediana. El periódico quiere alcanzar el gran público y no sólo una minoría selecta. El libelista se protege envolviendo los vapuleos en máximas y axiomas que aun el más feroz dictador no puede desconocer, y da al criticado la alternativa de no darse por aludido. Dice el diplomático gallo: "los malvados, que de todo se espantan, y en las palabras más sencillas y vertidas sin la más ligera intención de zaherir a persona determinada encuentran alusiones, y tal vez retratos perfectos de sus vicios, creen que el autor no ha tenido otro ánimo que satirizarlos, cuando ellos mismos son los que se aplican el cuadro que el autor trazó en un puro ideal, de suerte que sus mismos defectos son los que les ajustan el saco que les viene, no porque el escritor lo cortó expresamente para ellos" (1). Que los amos políticos suelen hallar manera de vengarse solapadamente es una verdad a puños y aunque diga el astuto portador del alma pitagórico: "cuando no se tira a persona determinada no hay riesgo alguno en declamar contra los vicios" (2), o: "mis palabras no son de fuego; si alguno las inflama y se las aplica, ¡buen provecho le haga.....! (3), no es menos cierto que allí está la temible Acordada, la incomunicación con centinela de vista hasta nueva orden y un gobierno, hipotético por supuesto, "en que se procede por denuncias secretas y en que los procedimientos comienzan por la suspensión de las garantías individuales" según Astrea en *El congreso de los dioses*. (4)

La libertad de prensa es un mito bajo la férula de Santa

Anna, y Minerva, en la misma sabrosa farsa, propone que haya libertad de criticar la administración pública o la conducta de algún funcionario. Haciendo gala de su erudición mitológica y soltando latines como lo sabe hacer sin caer pesado, el autor busca datos clásicos que le permiten paralelas. Partiendo de la temeridad de Faetonte de querer guiar el carro del sol, exclama: "¡Qué bueno sería que para escarmiento general tuvieran todos los gobernantes ineptos la propia suerte que aquel joven atrevido! Que Júpiter con sus rayos los arrojara de cabeza al caudaloso Eridano o aunque fuera al lago de Texcoco!" (5). En otro lugar saca a colación los titanes, los cuales, habiéndose "pronunciado" contra los dioses y arrojándoles no "balitas de a treinta y seis" sino peñascos enormes, habían sido dominados por Júpiter, que no por eso había pedido "facultades extraordinarias" sino había dado cuenta del enemigo con sus rayos ordinarios manejados con habilidad. (6). Y así, por el estilo olímpico, nos compenetramos de las lacras terrestres mexicanas: del contrabando de los comerciantes que hacen pasar tercios enteros por las garitas; de la falta de un comercio e industria nacionales; de los males de la dictadura y el centralismo; de la concentración de los tres poderes en una sola persona o corporación; de la influencia extranjera; de las revoluciones, ciertas o fingidas; de la preferencia con que se paga a los militares y empleados de las oficinas recaudadoras; de la ingratitud del gobierno hacia los pensionistas; de que se llevan armas en las sesiones de la cámara de diputados; y de otros males más, que se alejan de la política y la vida económica para ocuparse de la vida privada.

Aquí es donde Venus se queja de las mexicanas, a las cuales dió "unos talles delicados, unos pies mejores que los míos; pero éstas, ingratas a mis beneficios, los ocultan con ciertos sacos que usan, tan abultados que parecen globos aerostáticos; además usan un calzado extranjero con que se ponen unas patas que dan basca", por "un prurito ridículo de parecer extranjeras" como observa el dios Momo, que también se queja de las modas "incómodas y perniciosas a la salud" y de la ropa larga que no permite que se asomen los pies. (7) Y resume el dios de la burla su opinión sobre la mujer vestida de rigurosa moda: "patas de extranjera, posaderas de vieja cincuentona hidrópica y talle de jovencita" (8). La reacción contra la crinolina.

La moda moral no queda mejor parada que la material si hemos de dar fe a Momo que afirma conocer a muchas mujeres y todavía más hombres que llevan una vida triple como la Triforme Diana y comenta: "¿cuántas veces no vemos que un hombre proecto y aun anciano santísimo y castísimo, cuando menos lo pensamos nos va saliendo con que en una casita de vecindad mantiene una comadre?" (9).

Por la boca de Apolo el autor se burla de los poetas románticos "a los que sin duda parece que subir al Pindo es lo mismo que trepar al cerrito del Peñon" (10) y define su propia posición alegando "que debía buscarse un género de poesía que fuese más análogo a la sencillez de la conversación" (11). En otro lugar se mofa de los vocablos esdrújulos románticos de "lívido", "fúlgido", "sífide" y otras expresiones tan manoseados como "angel de la muerte" y la voz "cometa".

Una crítica que se ocupa más de los tipos que de las instituciones, la hallamos en la parte del libro que le valió su título y donde el alma de Pitágoras en viaje metempsíquico busca un cuerpo "aunque sea de prestado". Después de morar sucesivamente en los cerebros de un inglés, un francés y un angloamericano, a los cuales critica, con bonhomía a los primeros, y con desamor al último, la ánima pitagórica se resuelve a quedar en México a causa de la alta opinión que tiene "de la generosidad, de la hospitalidad, del desinterés, de la dulzura del carácter de los mexicanos" (12). Hay gran "remanente" de almas a causa de las muchas revoluciones. Estas ánimas libres reciben al alma griega con cortesía, narran sus experiencias que tuvieron al habitar los cuerpos de mexicanos de todas las categorías, con el resultado de que el alma de Pitágoras se resuelve a buscar un gallo como estuche corporal, y se mete en un huevo recién puesto. Los relatos de las almas sin casa dan al autor la oportunidad de presentar una galería de tipos, completada más tarde en el *Diálogo entre Erasmo Luján y el gallo*. La afición de Morales de identificar los caracteres por sus trajes obliga a meterse sastre al hábil gallito, que luego explica, cómo los diferentes trajes por la cualidad de su tela y adornos vienen de molde a ciertos tipos. Así el raso tornasolado se ajusta perfectamente al político conformista y oportunistas máxime cuanto que el gallo-sastre lo ha dotado con una veleta como adorno de sombrero. Todos estos tipos y a veces retratos, en seguida reconocibles para los contemporáneos a pesar de los prudentes circunloquios

de Morales, forman un corte al través de la vida mexicana de los cuarentas. El autor endereza su crítica con preferencia contra aquellos personajes y costumbres que lastiman su ardiente patriotismo siempre en busca del progreso del país y de la grandeza mexicana. De ahí resulta que la mayor parte de su sátira tiene color político.

Llegamos a conocer el mecanismo de iniciar y llevar a cabo un pronunciamiento; la seducción de la tropa; la infidelidad de algunos empleados; los premios y honores al por mayor que se reparten y que llenan de asco a Morales que exclama: "el alma baja que sirve de instrumento, conténtese con dinero. . . . mas nunca aparezca en público como un mérito lo que es un positivo y feo delito" (13). Fustiga al pseudo-patriotismo que confunde al revoltoso "por mejorar de suerte" (14) con el patriota; la maroma política de los que "hoy sostienen una opinión que ayer impugnaban" (15); el congraciarse de los ministros con el partido dominante y con los diputados; los diputados dóciles que no saben decir *no* y absuelven a todo ministro por más bribón que sea; los hipócritas disfrazados de liberales moderados.

Toca la podredumbre de la justicia: los jueces y magistrados protectores de los litigantes cavilosos señaladamente si se trata de contrabandistas extranjeros; los abogados que cohechan a escribanos y jueces "para hacer perdedizos los expedientes, suplantar hojas en ellos y formar escrituras falsas" (16); la mala costumbre en el foro de dar más valor a las opiniones de los exegetas que a la letra de las leyes.

Vapulea la usura: a los agiotistas, ramo mexicano de la familia de los Gobseck que han irritado a todos los costumbristas de la época. "El agio casi tiene por objeto exclusivo hacer préstamos al gobierno cuando se halla apurado por dinero" (17); y habla de los filántropos que colocan su dinero "al cuatro o cinco por ciento mensual o compran escrituras o recibos al seis o al siete" (18).

No deja pasar por alto la difícil situación de los periodistas y demás escritores "que no están por el orden" (19) y cuya pluma puede fácilmente valerles "una desterrada", la pérdida del empleo y hasta una buena paliza.

Todas estas llagas en el cuerpo de la patria las explora Morales con su inexorable sonda y no se cansa de llamar siempre de nuevo la atención sobre los males y sus remedios. Los vuelve a presentar en la *Oración fúnebre romántico-político-moral*,

que el M. R. P. Fray Supino, religioso observante, pronunció en los potreros de Balbuena, y que parafrasea las palabras: *Mortuus est qui non resollat*. La que aparentemente ya no resuella, es "la muy noble, virtuosa y liberal señora doña República Mexicana". Prueba Fray Supino que todavía no está muerta la República, puesto que resuellan sus siete millones de habitantes; pero pide que se mire la patria "con el interés de un hijo que ve morir a una buena madre" y no "con la indiferencia con que presenciáis la muerte de un perro exclamando ¡pobrecito animal!" (20)

Una y otra vez se deja ir a pronunciar el nombre del tirano en sangrienta burla: "Quién ha hecho una protesta en favor de la libertad de elegir contra la que hicieron algunos Departamentos, anulando toda votación en que no sea nombrado el general Santa Anna presidente ¿Quién? Pero ¿a dónde voy? Bastante os he dicho; ya me entendéis". (21)

Venus, en *El Congreso de los dioses* ya nos había dado su opinión acerca de la mujer en conexión con la moda. Son pocos entusiastas los comentarios sobre la mujer mexicana emitidos por las almas que tuvieron por morada a una *cotorrona*, una niña o una casada, respectivamente. Si Cuéllar sermonea contra los mariditos que se casan demasiado temprano, (Larra diría pronto y mal) pero por lo menos con jovencitas más jóvenes todavía, Morales expone las astucias de las *cotorronas*, alias *jamonas*, para hacerse de maridos. El capítulo da lugar a la exclamación tragicómica: "¡Oh joven incauto, no te fíes de ese cotorrón!" traducción formidable de las palabras aladas de Laocoonte: "Equo ne credite Teucris" (22) y que el autor hace proferir al alma de un joven de veintidós a quien la muerte compasiva deliberó de su amada de treinta y ocho abriles.

El alma de un solterón, enterrado a los cincuenta sin haber sido capaz de hallar una novia buena, se expresa en estos términos acerca de las niñas: "Nuestras jovencitas mexicanas, a la edad de once años saben más que las culebras" (23) y enseguida las divide en románticas, sensibles, soberbias, coquetas y "feas leídas y escritas" (24), confesando al alma de Pitágoras que "en caso apurado" sería preferible una bonita tonta a una fea ilustrada.

La crítica de Juan Bautista Morales dirigida en contra de la corrupción de las costumbres en las familias "de tono" es harto dura. La mujer, coqueta, hipócrita e interesada. El hombre, holgazán y dado a la galantería. La infidelidad conyugal convertida en moda.

Ridiculizando la blancura artificial de las niñas, el gallo aconseja hacer en sus caras lo que hacen los marchantes de telas: "que les laven un pedacito y lo ponen a secar al sol para ver si se destiñe" (25).

Parece demasiado severa la postura de Morales frente a la mujer para no acusar sufrimientos personales.

Por lo que se refiere al costumbrismo de Juan Bautista Morales citamos las palabras de Mauricio Magdaleno cuyo estudio preliminar sirvió de brillante marco a la obra del periodista: "Sus descripciones y sus caracteres valen por la más completa novela de costumbres....." (26).

NOTAS

- 1 Juan Bautista Morales *El Gallo Pitagórico*, pág. 13. (Estudio preliminar y selección de Mauricio Magdaleno) Biblioteca del Estudiante Universitario: Nr. 16.
- 2 *ibidem* pág. 65
- 3 " " 93
- 4 " " 154
- 5 " " 131
- 6 " " 152
- 7 " " 170/1
- 8 " " 172
- 9 " " 173
- 10 " " 175
- 11 " " 175
- 12 " " 12
- 13 " " 18
- 14 " " 19
- 15 " " 20
- 16 " " 31
- 17 " " 36
- 18 " " 38
- 19 " " 46
- 20 " " 191
- 21 " " 191
- 22 " " 51
- 23 " " 51
- 24 " " 53
- 25 " " 114
- 26 Mauricio Magdaleno *Estudio preliminar y selección* pág. XXXI

LA NOVELA DE COSTUMBRES DE JOSE T. DE CUELLAR LA LINTERNA MÁGICA

No hay costumbre o tipo, descritos por Antonio García Cubas o los seis escritores que compusieron el libro *Los Mexicanos pintados por sí mismos*, que no hayan recibido aplicación y vida en el amplio ciclo de las novelas llamado *La Linterna Mágica*. Discípulo entusiasta de Balzac, José T. de Cuéllar se propuso escribir su *comedia humana* (1), propósito que llevó a cabo en el último tercio del siglo pasado. Dice Mauricio Magdaleno: "Desde los días de Juan Bautista Morales. . . . no había sido puesto en pie un torrente más caudaloso de vida mexicana que el que endereza a lomos de su serie novelesca, *Facundo*" (2); expresión ésta última que define plásticamente el papel de la novela de costumbres.

Por lo que al título se refiere, en nuestro entender el autor no pensó siempre en una linterna mágica en el sentido generalmente aceptado de aparato de proyección. A veces la empleó como Diógenes, que con su linterna encendida en pleno día buscó un hombre por las calles de Alejandría. Explica "Facundo" en *Dormitorios públicos*: "Hemos dirigido ya el foco de cierta linterna que nos pertenece, para escudriñar todos los rincones de nuestra sociedad." (3).

Hablando de Cuéllar en el prólogo a *La Musa Callejera* de "Fidel", Hilarión Frías y Soto dice: "su *Linterna Mágica* es una perfecta cámara fotográfica donde ha sacado cuadros sociales de una verdad sorprendente. . . .". Que el costumbrismo del siglo XIX fotografía en vez de pintar ya mencionamos como una de sus características.

Los faroles atraían a Cuéllar como los coches a Larra. Ambos a dos se entretuvieron dando fisonomía moral a esos sufridos utensilios, simbolizando al través de ellos la humanidad. Por lo que respecta a los coches, Juan Bautista Morales hasta describe los diversos vehículos de los dioses en el patio de la Walhalla greco-mexicana en el Popocatépetl.

En más de una ocasión Cuéllar da a conocer su intención de criticar y moralizar. Dirigiéndose al autor de *La Comédie*

humaine, "Facundo" exclama: "Yo también suspiro por el mejoramiento moral, yo también deseo la perfectibilidad y el progreso humano;(4) y: "he tenido especial cuidado de la corrección en los perfiles del vicio y de la virtud"(5); y todavía en otro lugar: "hemos tenido ocasión de poner al prójimo en el banquillo del acusado"(6). Como Moliere, "Facundo" hace uso de lo ridículo para corregir los vicios: "cuando el lector ría conmigo y encuentre el ridículo en los vicios y en las malas costumbres, o goce con los modelos de la virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y de la justicia"(7).

Con todo no falta el ataque directo. Sabiendo que el panfleto más que la novela se presta a esa táctica, "Facundo" escribió *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales y Vistazos*, donde esgrime el bisturí más que el látigo. La influencia de "Fígaro" y su *El Pobrecito hablador* queda patente en esos escritos. La manera de Larra se asoma también en las novelas. La clasificación de *Los pollos* nos mueve a pensar en la de *Los calaveras*. *Los Mariditos* de "Facundo" pudieran llevar el título *Casarse pronto y mal*; el giro "al mal paso darle prisa"(8) usado por "Facundo" es sinónimo de aquel título.

La crítica que los dos moralistas enderezan contra las malas condiciones de los servicios públicos, como v. gr. los correos, se debe a la misma inestabilidad política y financiera en sus dos países.

Lo que Larra dice en *El Pobrecito hablador*, de que "aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros". Cuéllar lo repite medio siglo más tarde en *Los Mariditos* cuando afirma que "...aquí todos somos buenos para todo, y no necesitamos aprender".(9)

Esta novela debe haber sido escrita no antes de 1877, ya que Cuéllar menciona el nombre de Porfirio Díaz con el título de presidente.

"Facundo" no sermonea estérilmente. Enseña el remedio del mal. Reconociendo "la falta absoluta de un plan filosófico de educación del pueblo" y convencido de que "la buena educación es la salvación de México y el camino de la prosperidad y del engrandecimiento"(10), el autor dice algunas verdades al padre y la madre de familia: "...nunca se podrá exigir que un maestro sustituyera, no a una, sino a cien madres inteligentes".(11) "La educación empieza en la cuna, y la instrucción en la escuela"(12); "...la incuria de la madre..... el cariño

acendrado y ciego que busca el placer de la maternidad para la propia satisfacción. el error de muchos padres de familia que creen que a los seis o a los diez años sus hijos no están todavía en edad de educarse." (13).

Preocupa a Cuéllar "la educación civil y moral de los indios y de las clases menesterosas" (14) así como "el mejoramiento moral y material del obrero en México", lo que suena a tiempos más modernos. Es que para "Facundo" el obrero es el artesano.

Lucha contra el pesimismo de los que "creen que el origen de nuestros males depende del cruceamiento de las razas azteca y española; otros creen que es cuestión de clima o la altura, y los más de carácter" y pide que "modifiquemos lo que se llama carácter nacional" (16).

Expone con harta dureza el desaseo, la falta de dignidad personal, la pereza y el estoicismo" como "defectos capitales de nuestro pueblo infimo" (17); ataca la clase media que "no acepta jamás su posición, porque le falta filosofía y le sobra vanidad"; "Cada cual se cree en el deber de parecer rico, y casi no importa tanto serlo como aparecerlo". (18)

Los rasgos positivos suelen quedársele en el tintero a no ser que los suelta de pasada. Comenta que "no se nos puede exigir esa manera de hacer las cosas de las razas frías; nuestra raza es caliente y vivaracha" (19); intercala que "esto de partir el pan y el techo es costumbre arraigada"; que "tenemos todos la virtud de la franqueza y la generosidad"; que "somos naturalmente hospitalarios y compasivos"; (20) señala la salática, el laconismo y la reserva del mexicano: "parecía que en aquella casa estaba prohibido hablar; pero si bien se veía, aquella sobriedad de palabras, no era otra cosa que esa especie de reserva y de laconismo característico en nuestro pueblo; laconismo que muchas veces le hace a uno dudar que pueden entenderse dos interlocutores que mantienen un largo diálogo de monosílabos en los que ni la mímica interviene. y no obstante se comprenden admirablemente" (21).

En dos lugares "Facundo" escribe sobre la que llama la quinta clase de la sociedad mexicana, conviene a saber el lépero o el pelado (22). Lo que el autor dice del lépero, "ese producto neto y exclusivo del Distrito Federal" (23) es triste y casi sin esperanza en vista de que el lépero, al decir de "Facundo" es "refractario a toda reforma". El libro que según Cuéllar merece esta quinta clase ya ha sido dado a luz. El libro de Samuel

Ramos *El perfil del hombre y la cultura en México* contiene un capítulo dedicado al pelado que da el cuadro psicológico de éste. También Agustín Yañez en el estudio que precede a *El Pensador Mexicano* toca este tema.

"Facundo" al igual que "Fígaro", halla que eso de decir la verdad es una cosa seria y peligrosa (24). Se defiende del reproche de que al emprenderlo contra el "lépero y la mujer cochambrosa" pretenda "desnacionalizar las costumbres" añadiendo, que bien conoce el "patriotismo ese que saborea nuestras ordinarietas y se entusiasma con la diana y con los jorongos de Saltillo" (25).

Hay costumbres que han sido descritas por todos, y otras que han escapado al análisis de los más. Queremos referirnos a los matices inefables transmitidos por la entonación de la palabra; por la mímica y los gestos; por el silencio. Es aquí donde el costumbrismo deja de ser comunicable por la palabra impresa y donde el lector debe completar las insinuaciones del autor costumbrista.

El abrazo mexicano es una costumbre bien conocida. Reducido a un mero símbolo social y cambiado entre dos señoras, ese gesto se presenta al ojo de "Facundo" como "un movimiento que consiste en inclinar la cabeza hacia el lado izquierdo y tocar el hombro derecho de la interlocutora con la uña del anular derecho" (26).

El gesto conocido que acompaña la palabra "así", para expresar una gran cantidad, lo describe Cuéllar de la siguiente manera: "Al decir la palabra "así", el Pájaro juntó las puntas de los dedos moviéndolos". (27)

O pensemos en lo expresivo de los gestos del rebozo que tiene a su alcance la mujer mexicana. (28)

En lo que toca a la entonación, Cuéllar la describe algunas veces: "¿Pasó usted mala noche? preguntó la camarera con ese acento peculiar del que sirve, ese acento que suple a las salvedades de "usted dispense", "si no le soy a usted molesto, etc.". Aquí reconocemos perfectamente esa entonación propia, algo alargada en la "e" final de la voz "noche".

En otras ocasiones adivinamos la entonación como v. gr. el tonillo que en ciertos casos puede adquirir la exclamación "oiga" (de *do* a *la*), o la de "ya veremos, ya veremos" (*re-la-la-do*, con la segunda *la* muy estirada).

Como "hijo nato y de antaño avecindado en esta dichosa

capital" (29) "Facundo" conoce la ciudad como la palma de la mano. Esta circunstancia y su sociabilidad hicieron de él el gran costumbrista que era. Para llegar a familiarizarse tan profundamente como "Facundo" con la manera de ser de una ciudad en todos sus aspectos, se requiere toda una vida, pasada en la convivencia con el pueblo y dedicada a la intensa observación de su modo de vivir. En tal ciudad hay que haberse sufrido y gozado durante la niñez y la muchachez, la juventud y la edad madura. Sólo así las antenas sentimentales, estéticas y morales pueden alcanzar la susceptibilidad suficiente para captar, fuera de las manifestaciones exteriores, la esencia más íntima de las costumbres, las palabras, los silencios.

Sobra afirmar que en los matices finos de entonación y gesto, el costumbrismo extranjero está condenado al fracaso cuando busca a comunicarlos a los lectores que no son del país que describe.

Maestro en el diálogo social, Cuéllar nos da muestras típicas de él, ora entre personas educadas que obstruyen una entrada con sus cumplimientos exagerados, ora entre los criados en una cocina; ya en la plática maliciosa entre gente de la peor ralea con sus interjecciones que no son para escritas, ya en aquel dialogar callando, alimentado penosamente con parsimoniosos monosílabos.

"Facundo", dedica uno de los capítulos de *Vistazos* al espíritu de asociación, subrayando en él la necesidad de ser sociable. El arte con que sabe pintar el *crescendo* de una fiesta con los preparativos, la agitación y los pormenores típicos en el comportamiento de los heterogéneos invitados a reuniones de toda índole, testifica la experiencia en el trato social adquirida en tantos bailes, posadas, onomásticos, días de campo, veladas musicales y tertulias.

Pocos costumbristas dejan de expresar el entusiasmo acerca del pie de la mujer mexicana, "pie inverosímil" como dice Enrique Fernández Ledesma, (29a) y es curioso el confrontar la comparación entre el pie de la mexicana y el de la extranjera que hace "Facundo", con aquélla, que vimos en *El Gallo Pitagórico* como criterio de Venus en el *Congreso de los dioses*. Habla Cuéllar por boca de una mujer de "esas mujeres que vienen allá de extranjis. . . . esas patonas que usan botas de cochero y andan como palos vestidos". En otro lugar dice: "deliro por un pie de mujer correctamente calzado. . . . es

el gusto general de los hombres en México"; Zorrilla, en *Recuerdos del tiempo viejo* corrobora esa opinión cuando enuncia: "México tiene dos debilidades nacionales: adora los pies pequeños y admira los grandes jinetes". (29b). Y completamos la lista de los fetichistas del pie con el autor de *Gente mía* que exclama: "Todas en México, desde la princesa altiva hasta la mocita de la clase media humilde, calzan divinamente".

Citamos un ejemplo de como ciertas cosas de poca importancia en sí, nos comunican a veces un sabor fuerte de época pasada, cuando una novedad técnica, hoy de uso común, provoca una definición como ésta: "cañerías portátiles de goma elástica provistas de sifón", nombre portentoso de nuestra humilde manguera.

Andaban los tiempos en que el Zócalo era todavía el centro social de la ciudad, Tacubaya el campo, e Ixtacalco hacía la vez del Xochimilco de hoy. Como Cuéllar tenía 17 años cuando luchó entre los Niños Héroes de 1847 y vivió su larga vida hasta 1894, su costumbrismo abarca casi medio siglo.

Aunque nuevas leyes, como la del divorcio v.gr., preparaban, pasando los años, el cambio de algunas costumbres, para la población humilde, que "Facundo" observó principalmente, el progreso permanecía teórico. ¿Qué podía significar la ley de divorcio para la mujer del pueblo, que "estóicamente sufrida e ignorante" (30) no se acogía a esa ley y, si la llevaban al juzgado, negaba que el marido la maltrataba. "La cuestión del divorcio", comenta el autor "es a las costumbres lo que la luz eléctrica del Zócalo a las lobregueces de la ciudad; lo que el banquete de mármol a la general inmundicia de las calles; lo que el teléfono a nuestro colonial servicio de correos; lo que el espíritu liberalísimo de nuestra constitución política a la ignorancia y abyección de las masas" (31).

En Cuéllar luchan las tendencias clásicas y románticas. El amor entre Chona y Salvador en "*Las gentes que son así*" es puramente romántico en el concepto mexicano del romanticismo, conviene a saber sentimental. Pensamos en Lamartine cuando leemos como Chona confiesa su amor: "entonces, Salvador, amé la naturaleza, como a una amiga de mi amor, me identifiqué con ella..." (32).

"Mais la nature est la qui t'invite et qui t'aime;
Plonge-toi dans son sein qu'elle t'ouvre toujours" (33)

Podemos observar como Cuéllar reacciona a veces en for-

ma inesperada contra sí mismo cuando su vena romántica lo ha llevado adonde no quiso ir. Entonces despeña al pobre lector con una palabra prosáica del cielo romántico. Así hallamos escenas con un calor de sentimiento que en un principio parece sincero, mas que el autor enfría en seguida con un turno irónico o trivial. v.gr.: "Elena sintió en su mano no sólo los besos sino dos lágrimas a una temperatura de 80 grados" (34). La escena en *Isolina, la ex-figurante*, aquel *Roman comique* mexicano, escena, en cuyo curso Pico mata a su perro Ali (35), es otro ejemplo de falta de sentimiento, cualidad de "Facundo" criticada por Julio Jiménez Rueda en su *Historia de la Literatura Mexicana* (36). Tenemos la impresión que el miedo de parecer sentimental mueve a Cuéllar a darse un aire de insensibilidad y dureza que no corresponde a su genio.

Pintor que ha sido, "Facundo" observa la naturaleza más con el ojo que no con el corazón: también era fotógrafo. Cuando columbra de lejos la catedral de San Luis Potosí como "dos comillas" (37) parece pensar en la manera de como su pincel ha de vencer esa dificultad técnica.

Cuando pinta las costumbres, sabe dar ciertos brochazos ligeros, que apenas insinúan y sin embargo de ello evocan mucho en el lector conocedor del medio ambiente v.gr. "una criada, cuyo traje tira ya a traje de persona decente" (38).

Una manía que a menudo enfría la atmósfera sentimental es la de hacer gala de sus conocimientos en las ciencias exactas. La luxación de la mandíbula del tío Mateo en *Las gentes que son así* (39) es sólo un ejemplo de muchos. El mismo defecto padecen numerosas imágenes que se vuelven prosáicas por la introducción de términos técnicos, especialmente la electricidad. Tropos como "el teodolito de su instinto" hablando de un león, o la oración: "supongamos que mató a Salvador, cuyo cadáver es la planta tipográfica de la edición de mi deshonra" (40) no brillan por su elegancia, ni lo hace tampoco el prurito de producir retruécanos a cada paso, por más que atestiguan la fecunda imaginación de Facundo, (el lector dispense), como v.gr. "Sara y Ernestina eran primas, pero tan iguales como si lo fueran de guitarra" (41).

Cuéllar produjo un costumbrismo de una veracidad insuperable. En cambio son pocas sus novelas cuyo ritmo no se resintió de la inyección costumbrista. *Los Fuereños* es una de éstas. En las más la acción se arrastra trabajosamente en me-

- instrucción pública y sobre los "pelados" dedicados al nuevo Ayuntamiento*, pág. 175.
- L. M. X Art. 1. s. as. tr. II, *El carácter y la educación*, pág. 35.
- 23 L. M. X Art. 1. s. as. tr. II, *El carácter y la educación*, pág. 39.
- 24 L. M. IX. Art. 1. s. as. tr. *Las entrañas del pulpo*, pág. 163.
- 25 L. M. X Art. 1. s. as. tr. II, *Del aseo*, pág. 136.
- 26 L. M. V *Chucho el Ninfo I*, pág. 120.
- 27 L. M. XVI *Las gentes que son así I*, pág. 158.
- 28 L. M. X Art. 1. s. as. tr., II, *El aseo, la frazada y el rebozo*, pág. 145/6
- 29 L. M. XXII Art. 1. s. as. tr., (seg. serie) *El ahorro y la economía*, pág. 127.
- 29a Enrique Fernández Ledesma: *Galería de Fantasma*s, pág. 147.
- 29b José Zorrilla: *Recuerdos del tiempo viejo*, T. II, pág. 194.
- 30 L. M. X Art. 1. s. as. tr. II, *El divorcio*, pág. 196.
- 31 L. M. X Art. 1. s. as. tr. II, *El divorcio*, pág. 189.
- 32 L. M. XVII *Las gentes que son así, II*, pág. 249.
- 33 Classiques Larousse. Lamartine, *Méditations, Le vallon*, pág. 38.
- 34 L. M. V *Chucho el Ninfo, I*, pág. 315.
- 35 L. M. XII *Isolina la Ex-Figurante, II*, pág. 185.
- 36 Julio Jiménez Rueda, *Historia de la literatura mexicana*, pág. 178.
- 37 L. M. XI *Isolina la Ex-Figurante, I*, pág. 199.
- 38 L. M. XIII *Las Jamonas, I*, pág. 23.
- 39 L. M. XVIII *Las gentes que son así*, pág. 135.
- 40 L. M. XIV *Las Jamonas, II*, pág. 213.
- 41 L. M. III *Ensalada de pollos, II*, pág. 152.

EL COSTUMBRISMO DE GUILLERMO PRIETO

Si tuviéramos que dar la palma a quien nos pareciere el mejor costumbrista mexicano de aquella época, la tenderíamos a "Fidel", no por lo sistemático y completo de sus apuntes, sino a causa del nimbo que circunda todo lo que sale de su pluma. Lo que a los costumbristas extranjeros de aquel entonces es Zorrilla, Guillermo Prieto lo es a los pintores vernáculos de las costumbres mexicanas: el poeta. Y ya que mencionamos al autor de *Don Juan Tenorio* citaremos el juicio que dió sobre "Fidel" en *La Flor de los Recuerdos*: "Prieto merece ser considerado como el primer poeta mexicano". Pero, como dice Luis G. Urbina: "no hay que sacarlo de la hornacina de su época".

La parte de su obra que encierra el costumbrismo más acendrado es *La Musa Callejera*, musa que se asoma también a los diarios y revistas de la época. Esos periódicos traen además un rico acopio de cuadros de costumbres, de tentativas de novelas de costumbres y de descripciones de viaje que no andan lejos del costumbrismo.

Los versos populares de "Fidel" sólo un autor vernáculo pudo haberlos escrito y sólo un mexicano puede captar su íntima esencia. Abundan en conceptos leperescos; están salpicados de voces idiomáticas del Distrito Federal, de variantes populacheras y extravagantes, de apodos típicos y pintorescos. Guillermo Prieto y Angel de Campo descendieron hasta las heces de la sociedad capitalina y el único que puede equipararse con "Fidel" en la profunda *Einfuehlung* en el alma del pueblo ínfimo es Micrós, ya demasiado alejado de la mitad del siglo para ser incluido en este ensayo.

El costumbrismo vernáculo presupone en sus lectores un conocimiento adelantado de las costumbres, para cuya evocación debieran bastar las insinuaciones de Prieto, incomprensibles para quien nunca llegó a meterse en "esos laberintos de adobe, entre canes que dormitan, cerdos que gruñen y andantes que hacen versos", allá por el Tepito o la colonia de la bolsa, donde solían vivir los pequeños reboceros y tantos otros humildes artesanos que hoy día han desaparecido en gran parte ante el avance de la máquina. Para el lector no vernáculo re-

sulta indigesto el costumbrismo sabroso y caprichudo de "Fidel". Hay tantas palabras enigmáticas para el neófito, tantos gestos verbales de arcano sentido, sólo saboreados por quien conoce cada matiz del lenguaje capitalino y aun arrabalero y que no dicen nada para quien no se ha rozado con ese medio. Tanto es así, que el autor en *Los San Lunes de Fidel* a veces echa mano de la impresión con letra gorda, para evitar que se pierdan para los lectores menos concedores los bocados más sabrosos del lenguaje típico.

De *La Musa Callejera* todo se ha dicho en el prólogo que a la conocida selección dedicó Francisco Monterde. Una cualidad del poeta sobre todo merece realce: su entusiasmo. Con el nos hace olvidar la deprimente inmundicia de los suburbios y la miseria incomparable de los llanos en que se atasca cualquiera pensamiento noble. La flor, más bien el abrojo, de esos contornos es el corrido que no sabe levantar el alma. La poesía popular de "Fidel", embebida en el cariño de su México, dora lo más abyecto y no nos deja caer en el melancólico prosaísmo del corrido. Si no son poéticas a veces las inspiraciones de su musa callejera, al leerlas siempre vibramos. Su realismo, a veces brutalísimo, no llega a comunicarnos asco porque el sentimiento amortigua el choque.

Si el costumbrismo de *Los San Lunes de Fidel* pertenece a la madurez del autor y es, en lo que a los cuarentas se refiere, retrospectivo, el *Sturm und Drang* hierve en los versos del poeta joven. Son los tiempos felices cuando "Fidel" canta a la *China* con arrobamiento enamorado; los tiempos de la juventud que recuerda en la vejez, en *Papeles rezagados*:

"¡Oh campo! ¡Oh dicha! ¡Oh vida!
¡Oh mi infortunio! ¡Oh patria!"

Aquellos años de los primeros amores que, quizá, fijarían aquel estrecho sector urbano en que tan a sus anchas se movía, a que tanto cariño profesaba, que tan profundamente conocía: el barrio con todo aquello que un amor feliz transformaría, embellecería, idealizaría: casas y cosas y hombres, cuántas veces sucias, insignificantes, indignos. Todo ello pinta con soñador entusiasmo; lo pinta y lo repinta una y muchas veces con los más nimios pormenores y aspectos, de cuya vista tiene saturada la imaginación, por haberla tantas veces contemplado con ternura.

Adora la "modestia en la pobreza" de su eterna *China*, a la que opone las "condesas cimarronas", las "presumidas damas de abalorio" y las "amposas catrinas" con sus faldas largas que parecen un "alcatraz boca abajo", y la "cola barrendera de cáscaras y basura". Nunca se cansa de cantar el zagalejo de castor de la *China*. Cuando ésta se aburguesa, la ironiza cruelmente:

"¡Huy! que tono de catrina!
... Olvida al hermano sastre
Y a la tía cocinera.
Al ver una calzonera
Dice ¡infame! quel lepér
Y a mí, que fui en otro tiempo
Su chisme, su amor, su sabor
Me vuelve peseta falsa
Madame a los pies de usted. (141).

La *China* es esencial en la obra de "Fidel". A los 23 años Guillermo arde:

"... La del castor, echen fuego;...
... Tú la de la lentejuela
... ¡Oh! qué bonito es amar,
Amar a lo mexicano
... Y más que a cualquier grissetta
Adoro a mi mexicana,
Es linda como el sol".(1)

A los 49, en *Canción leperusca*, repite:

"Quiero una China, ¡Perico!
Con toda su indinidá". (139).

En otra canción leperusca (146), ya tiene 52, vuelve al mismo tema, y a los 55, en *Mi protesta* dice:

"Y digo, si hay una China
De esas de moreno gesto
Y enagua de muselina
Y pié breve... y...
—Sí protesto
Y aquel cabello encrespado

NOTA: Los números se refieren al índice al final de este capítulo.

Y aquel su mirar modesto
Y aquel seno levantado
Tan... ni duda... tan apuesto...
—No protesto. (153).

No es ésta la última citación que pudiéramos hacer. Durante toda su larga vida la *China*, nunca lo abandona. Es ella la musa callejera que lo inspiró.

En otros versos fustiga a los "nenes", héroes de pistola; a los pollos jactanciosos sin valía; a los "hombres de importancia" que no tienen ninguna.

Vierte su ironía mordaz sobre los mexicanos que simpatizan con el invasor y buscan yerno extranjero. Detesta al igual a los afrancesados y los agringados.

En hábil rasguño reúne en una fiesta de suburbio, todo lo que es típico: la rústica decoración de las verbenas, los puestos de comer, la música, los toritos giradores.

"¡A las luces de Carmel
vámonos niña!" (*Las Luces del Carmen*).

A veces extiende el boceto a la anchura de un cuadro de Breughel, como en aquella pintura de género que pinta del día de Guadalupe.

Nos lleva a convites, y como Juan de la Cueva, nos hace agua la boca con sabrosos antojitos, que vemos y escuchamos preparar en olorosa cocina.

Gran dibujante de caras, a veces una palabra le basta para evocar una fisonomía:

"Es don Modesto Zorongo
hombre que va en los ochenta,
como de nuez el semblante".
(*El Callejón del Muerto*)

Maneja el diálogo con la prontitud de respuesta capitalina. Enciende celos hasta ahogarlos en sangre. Desprecia al roto; odia al niño fino; deja siempre victorioso al *charro* y el *chinaco*.

Como a su bolsillo conoce el interior de las viviendas, los talleres de los artesanos, de los carpinteros "de lo fino"; pinta con amor el adorno recargado y trivial de una accesoría.

A las veces romancea con ribetes de tradicionalista como en *El callejón del muerto*.

Habrá sido convidado a hartos casamientos para poder presentarnos tan bien un bodorrio con todo y sus chismes de familia y los consejos con que los amigos y amigas, expertos en tales achaques, suelen confortar la moral de los novios.

Muestra al galán de barrio como enamora buscando conservar su libertad, mas a quien la lista leperita indica el camino que conduce a su dulzura:

"Y si es cierto que me adora...
pus allí está la parroquia".

(*Romance fino*).

o:

"¿Conque usted me quiere mucho?...
¿De cierto?... Pus hora es hora,
que le oiga el padre vicario",

(*Romance—Deme de su trenza un pelo*).

o bien:

"Si usted quiere de veras
conmigo tratos
dé usted su vueltecita
por el curato".

(*Boleros*)

o ya con ribetes reformistas:

"¿Me quieres?...
—Ven... que vive en la otra puerta
el señor de "lo civil"

(*Querellas*)

expresión que hallamos también en *Canción leperusca* (146), cuando la *China* no está conforme con la filosofía leperesca de su hombre

"¿No nos sale más barato
Querernos de quién a quién?"

y éste se resigna exclamando: "¡¡¡Vámonos a lo civil!!!"

Dicho sea de paso que "Fidel" no escapó a la viruela ortográfica de los románticos. Llueven en su obra los signos de admiración.

Aunque el deseo de cumplir con la iglesia es siempre presente en el ánimo de la mujer humilde, lo humano suele vencer:

"mi confesor es muy bravo

y le prometí la enmienda.
Estamos en Lunes Santo;
ten un poco de paciencia
¡qué ya el Sábado de Gloria
seguimos de cuenta nueva!...

(*Romance cristiano*)

Las riñas entre mujer y marido son tremendas. Mas si se entromete un extraño, la mujer reivindica indignada el derecho de su hombre de golpearla y el suyo de recibir una buena paliza. No es nuevo ese tema. Tan lejos va la devoción para con su hombre, que la mujer mexicana le perdona siempre y nunca lo entrega a la justicia, besando todavía la mano que le hundió el puñal en un arranque de celos feroces.

Emociona aquel romance en que el evangelista interviene para participar al hombre el arrepentir piadoso de la amante, que está dispuesta a renunciar en favor de la legítima esposa, resolución ahogada en un río de ternura ante la intención del hombre de meterse soldado.

Vivimos con "Fidel" la Noche Buena con sus sentimientos de religión, de familia, de hospitalidad y de alboroto; con sus "buñuelos como unas plazas de toros" y la clásica ensalada; con el "pedir posada" y el "correr el gallo"; todo ello proyectado contra el animado fondo de la multitud de personas heterogéneas que "Fidel" sabe agrupar tan hábilmente.

No podía faltar la descripción de un paseo en canoa a Ixtapalapa e Ixtacalco con los incomparables panoramas que lo encuadran a cual más embriagante, en versos llenos de poesía, de entusiasmo, de juvenil éxtasis.

Más tarde y con los viajes que lo llevan a la provincia, las costumbres del Bajío y el norte dejan traza en poemas como *Placeres campestres* y *Costumbres de la frontera del norte*. Aquí pinta a la gente norteña:

"por el alma mexicanos
por el forro cuasi-gringos",

(*Costumbres de la frontera del Norte*)

señalando los aspectos que hacen distinción con los hábitos, el vestir y la comida capitalinos. También hay en este cuadro uno de los deslices politiqueros de su musa callejera. Se ve como la frontera norte lo aproxima a pensamientos molestos que de re-

pende estallan y lo mueven a intercalar una caricatura del norteamericano propinándole unas pullas sin excluir ni abanzas como quien no quiere la cosa:

...y vense, invadiendo siempre,
salir y entrar en el círculo
yankees, rancheros, que sueltan
ternos a cada pujido,
desgoznados y sin centro
yéndose siempre de hocicos,
imitando a los compadres
en desvergüenzas y gritos;
pero atentos en el baile
y con las damas cumplidos".

(*Costumbres de la frontera del Norte*)

Otros cuadros versificados, fuera de la selección de los poemas de *La Musa Callejera* que tuvimos a la mano, los recogimos en publicaciones periódicas como v. gr. *Fandango* (1) y *Otro Fandango* (2). Una nota marginal referente a un término empleado en esta última composición explica: "Como saben muchos de nuestros lectores "sangre de conejo" llaman al pulque mezclado con tuna colorada".

No en el tono popular de *La Musa Callejera* tenemos *Modas* (124); *Pollos* (128); *Polluelas* (129); *La misa de aguinaldo* (118); y tratando de un tema muy gustado en aquel entonces: *Carnaval* (115) y *Máscaras* (119).

"Alborotando conciencias
Y asustando a los papás
Burlador y subversivo
Se presenta el Carnaval" (115).

En *Letrilla* (125) el autor critica las costumbres judiciales:

"¡Muerte! ¡Muerte! ¡al asesino!
¡Garrote vil al ladrón!
¿Y el juez?—¡Mata en su destino!
¿Y el guarda?...—Es su profesión.
¿Y el ministro?... ¡Viperino!!
¿Y el escribano?... ¡Ah! ¡burlón!!

Ocupan extenso lugar en su obra literaria los escritos en prosa. No hemos analizado en este ensayo el costumbrismo

que Prieto vació en algunos de los artículos que durante 1878 aparecieron cada lunes debajo de la raya de *El Siglo diez y nueve* y que fueron bautizados con el nombre alusivo de *Los San Lunes de Fidel*. En *Memorias de mis tiempos*, el "testamento de Guillermo Prieto" como lo llama Salvador Ortiz Vidales, nos detendremos todavía. Sin embargo, las dos obras están demasiado alejadas de la época que nos ocupa para que pudiéramos hallar en ellas más que un costumbrismo retrospectivo. Por otra parte nada nuevo nos revelaría sobre los hábitos a mediados del siglo para cuyo conocimiento basta el costumbrismo versificado que acabamos de analizar y además los artículos de costumbres escritos por "Fidel" durante esos mismos años y que por consiguiente miran el presente y no el pasado, circunstancia que les asegura una objetividad menos expuesta al reflejo optimista que suele irradiar de los tiempos pasados.

Estos artículos que vamos a comentar en seguida toman formas diferentes.

Cartas sobre México (47) recuerda la manera de Larra. Los más artículos están vaciados en la forma de cuadros o escenas, típica para el género. Son entre otros: *Máscaras* (68); *Costumbres y trajes nacionales*. *Cocheros* (71), *Un puesto de Chia en Semana Santa* (73), *Escenas domésticas*, *Compadrazgo* (94), *Escenas subterráneas* (39), *Preparativos*. *Vispera y día de viernes de Dolores* (117), *Paseo de la Viga* (3), *Escenas campestres* (45); hay tipos universales como Don Anacleto Parsimonia (43); crítica de costumbres como en *Polka* (92); novelas de costumbres como *Amalio Espejel o la Tono-manía* (97); reseñas histórico-aneecdóticas como *Chapoltepec* (70); retratos como *Un Baile por dentro* (105) y apuntes de viaje como *Un paseo a Cuernavaca por Fidel* (101 y 104).

Varios de esos artículos llevan extensos poemas intercalados como v. gr. *Paseo de la Viga* en que la prosa no alcanza expresar el éxtasis que el poeta siente ante el paisaje; o en *Un paseo de Cuernavaca por Fidel* en que la bajada de Huitzilac "deja asmáticos a los viajeros que al llegar a Cuernavaca sin ver, sin oír, punzados, magullados y sin aliento" inspiran a "Fidel" los versos:

"Aquel era un repicar
De costillas y de huesos".

En las cartas sobre México, un provinciano recién llegado

describe sus impresiones de la capital; sus experiencias en fondas, barberías y sastrerías; el paseo de las Cadenas, donde las señoritas ocupan las gradas al pie de las cruces y la gente se mece en las cadenas; las "fondas portátiles" del Portal de las Flores; las mujeres de corsé y pintadas; los calaveras insultando o embromando; los extranjeros que "todos nos echan en cara la cultura y grandeza de sus países, viéndose como condenados a vivir entre nosotros" y atrás de ellos un grupo de mexicanos que los parodian, que no saben que es *mole* ni nada que no sea de París y Liverpool"; la Alameda con su público abigarrado, entre ello cesantes melancólicos, *chinas* garbosas y a su lado un lépero "de tez morena, sombrero de ala extensa, con chapetas y toquilla de plata, calzonera abierta, zapato con herradura y aire adusto y pependenciero". Como se ve, el concepto *lépero* no era todavía bien definido. El retrato que pinta Don Camaleón en beneficio de Don Justo Nivel dista bastante de la descripción que un escritor anónimo da en *El Museo mexicano* en 1844 con el título de *Costumbres y trajes nacionales. El populacho de México*. Dice el autor anónimo: "De la clase de los léperos representados en la estampa (del pintor Cayetano Paris) salen los albañiles, los tocineros, los cargadores, los conductores de carros públicos, los veleros, los curtidores, los empedradores de calles y otras ocupaciones para las cuales sólo se requiere el instinto, y que son de un recio trabajo personal" "Fajan su *istógamo* con un mecate, y cuando usan calzado, es porque lo recogen en la basura. En cuanto a la mujer, es en vano buscar en ella a la *china*, ese tipo primoroso y exclusivo de la América. Nada se encuentra en esta clase de mujeres, continuamente desaseadas, con el cabello en desorden, una camisa desorganizada. comiendo cáscaras de fruta, y bebiendo mezcal en las puertas de las vinaterías. El lépero es descuidado de su porvenir. si es audaz se convierte en ladrón ratero."; y termina el articulista diciendo: "Gran desconsuelo causa escribir estos rasgos de la ínfima clase del populacho de México, que en medio de tanto defecto es simple, sencillo y dócil para abrazar el camino del bien".

Cerca de la Alameda el payo tropieza con las altas paredes de la Acordada y observa: "No dejó de repugnarme altamente la vista de una puerta con su verja de fierro que guarda la de un cuarto inmundo, en donde se esponen los cadáveres recogidos

dos por la policía" y recuerda "la fetidez del lugar y los cadáveres de ambos sexos medio y más que medio desnudos". En otra carta el fuereño habla del teatro de Nuevo-México con su concurrencia nacional y extranjera y la galería, antes cazuela, con su "masa gradual de fracs, capas, zarapes, barraganes, tápalos y rebozos". Dan dramas que "acalambran y horripilan" y que terminan en "baile-drama" lascivo.

Máscaras da lugar a contemplaciones asendereadas sin que falte la nota tantas veces tocada por "Fidel", de los maridos engañados y los padres de familia distraídos que no cuidan a sus hijas. Se nos hace que "Fidel" no se siente ni uno ni otro.

En *Chapoltepec* el autor narra la historia del bosque intercalando la anécdota de la loba que en 1824, cuando Guillermo tenía cinco años y vivía en el Molino del Rey, mató a seis hijos del guarda-bosque. Son recuerdos de la juventud inseparables del querido padre y los vetustos ahuehetes del bosque.

Hablando de la Chiera del Portal de las Flores, "Fidel" observa con malicia: "dirijo mis preces al cielo por su riqueza, porque será una gloria para el país contemplar una vez una fortuna inmaculada, adquirida en un puesto tan público".

Los honores agridulces del compadrazgo hallan eco en el cuadro del mismo título. El padrino paga a diestra y siniestra hasta no ser librado por las palabras del padre del niño al efecto de que "ya no hay bolo, al padrino se le acabó el dinero". Angel Vélez escribe en *El Museo mexicano* de 1844 también sobre el compadrazgo. Aquí los muchachos gritan "Padrino pelón: mi medio, padrino: cola al padrino: estírenlo de la levita" y termina el cuadro con el solemne juramento del compadre de dejarse "primero sacar una por una las muelas antes que encompadrar ni por papeleta con gentes que no sean iguales a mí!"

En *Polka* el autor arremete contra el contagio extranjero: "Hiel de víboras, no tinta quisiera para ese maldito artículo. Esta no es nación, es el gran hotel de los extranjeros. . . ."

Dedica *Escenas subterráneas* al minero y describe como baja al fondo de una mina, asido de un cable donde un *palero* le cuenta los peligros de su profesión. El costumbrismo minero sirve con menos frecuencia de tema a los escritores vernáculos que a los costumbristas extranjeros. Con todo hay un artículo en *El Museo mexicano* de 1846 sobre el *tortero* en las haciendas de minerales de plata.

Rica olla podrida de muchos sabores, la multiforme obra de

Guillermo Prieto y "Fidel" abunda en bocados sabrosos. No son ellos los adobados con pretensiones de erudición clásica y aires horacianos (que también los hay), ni aquellos aderezados con ribetes de romanticismo, sino los francamente mexicanos y populares, que saben a mucho chile. Y decimos Guillermo Prieto y "Fidel", porque en la manera de firmar está las más veces la clave para señalar si el autor quiere ser tomado por poeta culto o por barda callejero; por historiador, tradicionista, escritor de estudios morales y novelas aburguesadas, o bien por el pintor de cuadros de costumbres arrabaleros. Aquí su verdadero nombre es "Fidel", y Guillermo Prieto el seudónimo, nombres que simbolizan las dos partes de su obra, la una en que "Fidel" se deja ir a su elemento, lo popular, lo esencialmente mexicano; y la otra en que Guillermo Prieto busca a elevarse hacia esferas más universales. Como en Lizardi e Inclán, la ausencia de una cultura completa benefició la reciedumbre de su mexicanismo.

En representación gráfica de lo que venimos de llamar *pot-pourri* daremos al final del presente capítulo un índice incompleto y de sólo una parte de las muchas publicaciones de Guillermo Prieto que hemos anotado al hojear algunas revistas y diarios de la época. Esa representación catalogada de un recorte de su obra sirva para marcar el derrotero del poeta "en busca del pueblo", como dijo Francisco Monterde.

En Memorias de mis tiempos, escritas ya frizando Don Guillermo en los setenta años, no buscaremos como dijimos con antelación costumbrismo retrospectivo. Lo que sí recogemos es el idealismo incorregible que perfuma la vida de "Fidel", aquel "amor al ideal indefinido que siempre, sin podérmelo explicar, ha preocupado mi inteligencia y mi corazón".

Memorias de mis tiempos, escrito "para pasar el tiempo y darme gusto" permite al anciano poeta, libre ya de la obligación apremiante de entregar cada semana unas cuantas cuartillas, el pasearse por sus recuerdos tan sin plan e intención como solía azotar las calles de su querida ciudad "en barrios y calzadas, delirando, hablando sólo, lanzándome a un mundo imaginario lleno de tierna poesía, cobrando cierta vida mis ensueños, cierto acento las voces interiores de mi alma, cierta realidad mis aspiraciones indeterminadas, informes pero luminosas y puras como vuelo de estrella fatua en una noche tibia y apasible que duerme bajo el infinito".

Estriba el encanto del libro en la íntima amalgama de las memorias del autor y las costumbres por él vividas. A guisa de trama novelesca, la rica vida del insigne mexicano sirve de hilo para ensartar las abigarradas cuentas de los usos, las costumbres, las leyendas y los decires, permitiendo desentrañar lozana y fresca entre las memorias personales de "Fidel" la manera de ser y pensar de la gente capitalina. Todo esto está vaciado en la forma inimitable del autor, con su estilo caprichudo, sus diálogos inesperados, su malicia con que se acerca a las situaciones atrevidas sin caer en lo vulgar, su humorismo a hacer reír lágrimas y la profunda humanidad de sus sentimientos que halla palabras tiernísimas cuando habla de sus padres.

"Fidel" nos revela su técnica de costumbrista: "Emprendía mis paseos de estudio, tomando un rumbo y fijando en mi memoria sus circunstancias más características"; y en otro lugar: "Yo todo lo quería fotografiar en mi mente, y llegué a formar una galería curiosa de originales retratos, y una colección exquisita de cuadros de costumbres". Como ya vimos en otros autores, el fotografiar era una cualidad esencial del costumbrismo.

Es imposible leer los recuerdos de García Cubas y las memorias de Guillermo Prieto sin sentir el deseo de conocer esas calles de México tan llenas de los recuerdos del vivir de un pueblo durante largos siglos, en cuyo curso se formaron y reformaron las costumbres en lenta renovación como lo hicieron las mismas calles y acequias, las plazuelas y los portales en que esas costumbres se habían cuajado.

Con la misma curiosidad caminamos a veces por esas calles de Dios, ya no con la mirada horizontal o inclinada sino levantando los ojos más arriba de la muchedumbre y los pisos bajos mercantilizados. Entonces nos hallamos como por encanto en un México diferente. Ahora nos guían los azulejos con los nombres antiguos de las calles y nos paseamos como en sueños por un plano superior de la antigua ciudad colonial, entre vetustos edificios de severa construcción.

Nos lleva de la mano el entusiasta discípulo de "Fidel", Luis Gonzáles Obregón, con su libro *Las calles de México*, que nos trae a la mente los hechos alegres o trágicos, las leyendas y las consejas de la "muy noble y leal" ciudad cuyo espíritu se hace a veces palpable por una vieja inscripción incrustada en un edificio moderno como aquel óvalo en la esquina del Centro

Mercantil, por medio del cual, en el año 1673 el Convento Real de San Agustín prohibió "poner caxón en esta esquina"; o por una venerable portada de templo, olvidada entre la hilera monótona de almacenes, como la de Portacoeli; o bien por la fachada de un templo-garage o garage-templo como aquél, situado en la segunda calle de República de Salvador, cuya torre antiquísima contempla con melancólico asombro tal *mutatio rerum*.

INDICE DE ALGUNAS PUBLICACIONES DE OBRAS DE GUILLERMO PRIETO EN DIARIOS Y REVISTAS

- 1 22en42 S19 GP 23 años (cost.) *El Fandango*. "Y dále con la Beatrice".
- 2 17fe42 S19 F 24 años (cost.) *Otro Fandango*. *Canción del inválido*. "Viva el zumo de maguey".
- 3 6ma42 S19 F 24 años (cost.) *Paseo de la Viga*. Prosa con 4 poesías intercaladas:
 "Describiera el magnífico paisaje".
 "Ya mis ojos descubrían".
 "Allí soberbios frisonos".
 "En el canal transparente".
- 4 18ma42 S19 GP 24 años (rel.) *A María madre de Dios*. "Yo me siento inmortal y elevo el canto".
- 5 20ma42 S19 GP 24 años (rel.) *Domingo de Ramos*. "Tu augusta pompa y tu poder despliega".
- 6 25ma42 S19 GP 24 años (rel.) *A Jesucristo crucificado*. "Dios de la inmensidad, Señor del mundo".
- 7 9ab42 S19 GP 24 años (div.) *El Torrente*. A mi amigo Andrés Oseguera. "Vuela iracundo, férvido, altanero".
- 8 12ab42 S19 GP 24 años (div.) *Una ilusión*. A mi hermano M. Payno. "Una sola ilusión, paso de gloria".
- 9 6jul42 S19 F 24 años (div.) *Carta a Juan Soplillo* en contestación de un artículo de la Esperanza. "Acribillado Soplillo, / Si no me quejo reviento".
- 10 28se42 S19 GP 24 años (div.) *Soledad*. "Sublime soledad a ti me entrego".
- 11 29oc42 S19 GP 24 años (div.) *El bastardo*. A mi hermano M. Payno. "La faz adusta y el mirar sombrío".
- 12 15no42 S19 F 24 años (crít. teatr.) Teatro Principal, el 13 de noviembre 42 sobre: Las pruebas de amor conyugal.
- 13 23no42 S19 F 24 años (crít. teatr.) Teatro Principal, el 20 de noviembre 42 sobre: D. Trifón o todo por el dinero.
- 14 5di42 S19 F 24 años (div.) *La noche*. "Salve o reina misteriosa".

- 15 5di42 S19 F 24 años (div.) *Mi secreto*. "Muchos me han preguntado".
- 16 11di42 S19 F 24 años (crít. teatr.) Teatro de Nuevo México, el 8 de diciembre 42 sobre: El barbero del rey de Aragón. "Más florido que el vergel. . . . en estos versos Fidel. . . ."
- 17 11di42 S19 F 24 años (crít. teatr.) Teatro Principal, sobre: La visionaria de Hartzzenbusch. "Pecho al agua y pluma en ristre".
- 18 22di42 S19 F 24 años (crít. teatr.) Teatro Nuevo México, el 18 de diciembre 42 (en prosa) sobre: Cada cual con su razón, de J. Zorrilla.
- 19 30di42 S19 F 24 años (cost. *La noche buena en 1842*. (Prosa con una poesía intercalada. "El patio es limpio y estenso".
- 20 1ma43 S19 F 25 años (crít. teatr.) Teatro Principal: Solaces de un prisionero, del Duque de Rivas.
- 21 2ma43 S19 GP 25 años (div.) ¡¡¡*Orgía!!!* "Que salten los corchos, que broten los vinos".
- 22 3ma43 S19 F 25 años (cost.) *Máscaras* "¿Y qué nos importa Texas?"
- 23 16ma43 S19 F 25 años (sat.) *Un hombre de importancia. Algarabia*. "Era un pobre badulaque".

1843 *Museo mex. Tomo I, pr. ép. (Poesía)*

- 24 pág. 35 GP 25 años (div.) *Mi hijo dormido*. "Duerme ¡o niño!"
- 25 pág. 103 GP 25 años (div.) *El Arcángel de la muerte*. "Sublime inspiración templó mi lira".
- 26 pág. 198 GP 25 años (div.) *Meditación*. "¿Qué es nacer?"
- 27 pág. 227 GP 25 años (div.) *El salta-pared*. "Tienden las nubes su dosel de grana".
- 28 pág. 244 GP 25 años (rel.) *A María, Madre de Dios*. Héla allí, abandonada y solitaria" (ver. núm. corr. 39).
- 29 pág. 511 GP 25 años (div.) *La cuna vacía*. "Recuerdo de mi inocencia".

1843 *Museo mex. Tomo II, pr. ép. (Poesía)*

- 30 pág. 15 GP 25 años (div.) *Trova a María*. "Otras escuchan amores".

- 31 pág. 30 GP 25 años (div.) *Oda a D. Ignacio Rodríguez Galván*. "¿Adónde estás Rodríguez? Tu renombre".
- 32 pág. 68 GP 25 años (div.) *El cometa de 1843*. "Con llanto de entusiasmo te lo ruego".
- 33 pág. 236 GP 25 años (div.) *Desahogo*. "Al mar corren los cristales".
- 34 pág. 286 GP 25 años (div.) *La flor del sepulcro*. "Está teñido el cielo de Occidente".
- 35 pág. 307 F 25 años (cost.) *Canción popular*. "Ancho sombrero poblano".
- 36 pág. 315 GP 25 años (div.) *Inquietud*. "En vano paso la impotente mano".
- 37 pág. 414 GP 25 años (div.) *El lago de bosque*. "Reina silencio apacible".
- 38 pág. 559 GP 25 años (div.) *La agonía*. A mi amigo Domingo Revilla. "Arde frente a su lecho de agonía".

1843 Museo mex. Tomo II, pr. ép. (Prosa)

- 39 pág. 21 F 25 años (cost.) *Escenas subterráneas*. (minería).
- 40 27 F 25 años (moral) *Mariquita Castañuela*. "Para escarmiento de criminales padres que dan educación semejante a sus hijas".
- 41 pág. 32 GP 25 años (div.) *El Canario*. (la vida de un canario).
- 42 pág. 46 GP 25 años (moral) *La semilla infecunda*.
- 43 pág. 69 F 25 años (cost.) *D. Anacleto Parsimonia*. (Tipo universal hipócrita, santurrón y viejo verde).
- 44 pág. 77 F 25 años (nov. trad.) *El marqués de Valero*. (por 1717).
- 45 pág. 100 F 25 años (cost.) *Escenas campestres*. (Un paseo de burro en una tertulia de "buen tono").
- 46 pág. 165 GP 25 años (hist.) *Escenas de la vida del general José Ma. Morelos y Pavón*.
- 47 pág. 337 F 25 años (cost.) *Cartas sobre México*.
- 48 pág. 375 GP 25 años (moral) *El templo*.
- 49 pág. 397 GP 25 años (moral) *Lasciate omnia speranza*.
- 50 pág. 430 GP 25 años (moral) *La joven sin amor*.
- 51 7ab43 S19 GP 25 años (rel.) *A María, Madre de Dios*, dedicado al Sr. Frco. M. Olaguíbel. "Héla allí abandonada y solitaria" (ver núm. corr. 28).

- 52 13ab43 S19 GP 25 años (rel.) *A Jesús en el huerto.* "Ahí, frente de mí, frente a mis ojos".
- 53 14ab43 S19 GP 25 años (rel.) *A Jesucristo crucificado.* "Oye mi voz, cadáver de Solima".
- 54 16jun43 S19 GP 25 años (crít. teatr.) Teatro Principal, martes 30 de junio 43, "Por fin, Fidel, pecho al agua".
- 55 17jun43 S19 F 25 años (crít. teatr.) Teatro de Nuevo México. La hija de Cromwell. La Ponchada, baile, etc., etc. "Para decir desatinos".
- 56 29jun43 S19 F 25 años (div.) *La lluvia y la tempestad.* (Prosa con poesía intercalada). "Bello es mirar desde un punto/En que la lluvia no toca" ". Las seis, y anegado!!!."
- 57 3jul.43 S19 F 25 años (crít. teatr.) Teatro Principal, 30 de junio 43, sobre: "Estaba de Dios" de M. Bretón de los Herreros.
- 58 10se43 S19 25 años (div.) Versos leídos por GP en función de premios en el Colegio San Ildefonso el 29 de agosto 43. "Suele brotar gimiendo la tormenta".
- 59 1oc43 S19 F 25 años (div.) *Algunas niñas que no conozco.* Prosa con versos intercalados. "Brilla la cándida aurora".
- 60 26oc43 S19 25 años (div.) Versos leídos en repartición de premios de la Cia. Lancasteriana el 23 de octubre 43. "¡Ah! si la conocéis, esta es mi lira".

1844 Museo mex. Tomo III, pr. ép. (Poesías)

- 61 pág. 18 GP 26 años (div.) *Una nube.* "En la mitad del cielo sus ráfagas derrama".
- 62 pág. 48 GP 26 años (div.) *A Escobedo. Un recuerdo.* "Grande era tu alma, en tu frente".
- 63 pág. 88 GP 26 años (div.) *La mujer perdida.* "Ven adcrada! ven; tú eres la gloria".
- 64 pág. 372 GP 26 años (div.) *El dolor mudo.* "¡Pobre joven! Las pasiones".
- 65 pág. 417 GP 26 años (div.) *A María: el primer amor.* "Era un tiempo el alma virgen".
- 66 pág. 526 F 26 años (cost.) *Amor popular.* "Viva el amor de la plebe".

1844 Museo mex. Tomo III, pr. ép. (Prosa)

- 67 pág. 25 F 26 años (cost.) *Cartas sobre México*. Diver-
siones públicas. Teatro de Nuevo México.
68 pág. 89 F 26 años (cost.) *Máscaras*.
69 pág. 138 GP 26 años (anéc. hist.) *Un rasgo de amor*
conyugal.
70 pág. 212 GP 26 años (div.) *Chapoltepec*. (La historia
del bosque).
71 pág. 373 F 26 años (cost.) *Costumbres y Trajes nacio-*
nales. Cocheros.
72 pág. 418 F 26 años (nov. cost.) *Novela de costumbres*
contemporáneos. *Amor de verano* (en forma de cartas).
73 pág. 428 F 26 años (cost.) *Un puesto de chía en Sema-*
na Santa.
74 pág. 569 GP 26 años (viaje) *Recuerdos de un viaje a*
Zacatecas.

1844 Museo mex. Tomo IV pr. ép. (Poesía)

- 75 pág. 13 GP 26 años (rel.) *A Dios*. A mi amigo el Sr.
Don Manuel Carpio. "¡Oh mi Dios! con el himno que el
mundo".
76 pág. 91 GP 26 años (div.) *La joven sin amor*. "Niña
tierna y desquerida".
77 pág. 232 GP 26 años (div.) *A mi padre*. "Quise elevar
un himno a tu memoria".
78 pág. 323 F 26 años (cost.) *El café*. *Diálogos en el Pro-*
greso. "Roque: Pues yo no quiero hermosura".
79 pág. 515 GP 26 años (rel.) *La oración de la noche*.
"En una ignorada gruta".
80 pág. 570 GP 26 años (div.) *Brindis*. "Del férvido
Champaña la espuma rebosante".

1844 Museo mex. Tomo IV pr. ép. (Prosa)

- 81 pág. 165 GP 26 años (leyenda extranj.) *Una leyenda*
de la época de Luis XI de Francia.
81 pág. 354 GP 26 años (crít. lit.) (*Algunos desordenados*
apuntes que pueden considerarse cuando se escriba de la
bella literatura mexicana).
83 16fe44 S19 GP 26 años (div.) *A Escobedo*. *Un re-*
cuerdo. "Grande era tu alma: en tu frente".

- 84 27oc44 S19 F 26 años (cost.) Igual a núm. corr. 78 (Diálogos en el Progreso).
- 85 30oc44 S19 F 26 años (div.) *Al gallo pitagórico*. "Pasó el tiempo de San Pedro".
- 86 22de44 S19 GP 26 años (div.) 2 sonetos, una lira y 2 cuartetos que figuran entre las poesías colocadas en el catafalco de Pedro Escobedo.
- 87 19ab45 S19 GP 27 años (div.) *En la muerte de mi hermano Fernando Calderón*. "¡Fernando! alza la loza de tu tumba".
- 88 30may45 S19 F 27 años (cost.) *Costumbres. Un baile en canoa*. "Uy que nos vamos a pique".
- 89 11jun45 S19 GP 26 años (div.) *Impotencia*. A mi amigo Félix María Escalante. "Como la ola del mar ruge y se rompe".

1845 Rev. cient. y Lit., Tomo I

- 90 pág. 12 GP 27 años (rel.) *Horas de tristeza*. "Tú, oh cristianismo. . . . Tú eres mi creencia".
- 91 pág. 27 F 27 años (crít. lit.) *Literatura nacional. Cuadros de costumbres*.
- 92 pág. 47 F 27 años (cost.) *Polka*.
- 93 pág. 85 SC 27 años (viaje) *Ojeada a varios lugares de la república. Un paseo a Cuernavaca por Fidel el mes de octubre 1845*.
- 94 pág. 213 F 27 años (cost.) *Escenas domésticas. Compadrazgo*.
- 95 pág. 175 F 27 años (div.) *Correspondencia sobre el matrimonio*.
- 96 pág. 300 F 27 años (div.) *Cartas sobre el matrimonio*
- 97 pág. 321 F 27 años (nov. cost.) *Amalia Espejel o la Tonomanía*, novela de costumbres. (Sobre el petimetre).
- 98 pág. 495 GP 27 años (div.) *Horas de tristeza*. A mi padre.

1846 Rev. Cient. y Lit., Tomo I

- 99 pág. 27 GP 28 años (div.) *Un recuerdo*. "Un recuerdo es tan solo;"
- 100 pág. 28 F 28 años (antig.) *Juego de pelota*. (De los indios).

- 101 pág. 88 F 28 años (viaje) *Paseo a Cuernavaca por Fidel*. Poesía intercalada ref. a la bajada de Huichilaque: "Aquel era un repicar/De costillas y de huesos".
- 102 pág. 109 GP 28 años (hist.) *Muralla zacatecana*. (por 1788).
- 103 pág. 112 F 28 años (cost.) *Escenas domésticas. Placeres conyugales*, (En forma de cartas).
- 104 pág. 159 F 28 años (viaje) *Paseo a Cuernavaca por Fidel. VIII*. En el jardín del D. J. M. S. Poesía intercalada "Todo respira ventura".
- 105 pág. 188 F 28 años (cost.) *Un baile por dentro*.
- 106 pág. 224 GP 28 años (div.) *A una flor*. "Imagen de mi vida".
- 107 pág. 253 GP 28 años (div.) *El amor virgen*. "Goza tu amor primero".
- 108 pág. 260 GP 28 años (div.) *La partida del guerrero*. "¡Adiós! me circunda la bélica pompa".
- 109 pág. 496 GP 27 años (div.) Al final del artículo: *Horas de tristeza*. A mi padre. (Ecos horacianos).
 "Alivia sus fatigas
 el labrador cansado"...
 "Carga el hierro duro
 el joven al trabajo de la guerra"...
 "La vida al mar confía..."
 "Deja el lecho caliente... el cazador".
- 110 4jun46 *El Rep. Tom. I* GP 27 años (patr.) *A mi patria*. "¿Por qué duerme en su oprobio la señora/Del vasto Septentrión".
- 111 22se46 *El Rep. Tomo I* GP 27 años (patr.) *Oda*. "¡Silencio! que el clamor del regocijo".
- 112 19ab47 *El Rep. Tomo I* PG 29 años (patr.) *Un momento de formalidad*. A mi patria ¡Dics de mis padres! ¡Dios de las naciones!"
- 113 19se48 S19 GP 30 años (patr.) Poesía pronunciada en el Panteón de Sta. Paula en honor de los mártires de la patria. "¿Por qué inquieta la noche de las tumbas..."
- 114 1en49 S19 GP 31 años (patr.) *En el último día del año 1848*. "Año fatal, te alejas pavoroso".
- 115 26fe49 S19 F 31 años (cost.) *Carnaval*. "Alborotando conciencias y asustando a los papás".
- 116 26fe49 S19 F 31 años (div.) *¡Un primo de mi futura!* "Beldad que me cautivaste".

- 117 4ab49 S19 F 31 años (cost.) *Preparativos, víspera y día de viernes de Dolores.*
- 118 6en50 S19 F 32 años (cost.) *La misa de aguinaldo. "Están los cielos cubiertos/De sutil y blanca niebla".*
- 119 19fe50 S19 F 32 años (cost.) *La noche de máscaras. Romance. "No quiero dulces acentos".*
- 120 22ma50 S19 GP 32 años (rel.) *A María, Madre de Dios. "Ven lira de dolor la que he empapado/Mil y mil veces con mi llanto acerbo".*
- 121 5may50 S19 F 32 años (cost.) *Modas. "Vuelve el siglo diez y nueve".*

1851 Ilustr. m. I Tomo

- 122 pág. 557 F 33 años (div.) *Calabazas. "Me adoraba, la infeliz".*
- 123 pág. 557 F 33 años (sat.) *Calabazas. "No canse usted Don Facundo/Todo es farsa en este mundo" (es el refrán).*

1851 Ilustr. m. II Tomo

- 124 pág. 150 F 33 años (div.) *Charla de modas. "No me chisten por Dios! Ni tu Maruca".*
- 125 pág. 682 F 33 años (sat.) *Letrilla. "Hace el marido el galán".*
- 126 13no51 S19 F 33 años (sat.) *Sátira lacrimosa. Entonada en un día de difuntos. "No han muerto, no, que mueven en lo oscuro".*
- 127 15no51 S19 F 33 años (sat.) *Convocatoria para una maravillosa exposición, que deja a la de Londres tamañita. "¡Divina exposición! brilló el talento".*
- 128 13en52 S19 F 34 años (cost.) *Los Pollos. "Tienen en Madrid la culta/el sobrenombre de pollos/ciertos nenes..."*
- 129 27en52 S19 F 34 años (cost.) *Las Polluelas. "Aquí trovador garrido".*
- 130 27fe52 S19 F 34 años (cost.) *Recuerdos de Carnaval. (Prosa).*
- 131 9ag52 S19 F 34 años (cost.) *Literatura leperocrática. La sombra de un niño fino. "De musilina de lana/.Es su enagua y con olán".*
- 135 31ag52 S19 F 34 años (div.) *Un genio bilioso. "No te quejes, Caralampio".*

- 133 18fe55 S19 GP 37 años (div.) *Tehuacán*, febrero 5 de 1855 al Sr. D. José Zorrilla "¡Salud y lauros con placer te envía".
- 134 7fe62 S19 F 44 años (div.) *La intervención amistosa*. Letrilla. 'Pues señor, estoy lucido/Con el primer entrometido/Que quiere que yo transija/Con que me secuestre a mi hija".
- 135 15se1862 S19 GP 44 años (patr.) Leída en el Panteón de San Fernando en las honras del general Zaragoza. *En la muerte del héroe del 5 de mayo*. "Cadáver imponente! ¡espectro augusto!
- 136 20di62 S19 GP 44 años (patr.) *En Puebla, la noche de 4 diciembre 1862*. "Alzate como incienso, canto mío".
- 137 19no67 Corr F 49 años (div.) ¡¡¡Que viva la libertad!!! "Si al fin muchacha no cuadra" (*Bejar 16oct67*).
- 138 21no67 Corr F 49 años (div.)- ¡Vaya una vieja! "La adoré no bien la ví". *Bejar Oct. 12, 1867*).
- 139 27no67 Corr F 49 años (cost.) *Canción leperusca*. "A mí no me gustan chico/mujeres de calidán;"
- 140 28no67 Corr GP 49 años (patr.) *Cerralvo 1 de sept. 1867*. "Con cuánta intensa alegría/Oh patria de mis entrañas".
- 141 30no67 Corr F 49 años (cost.) *La transformación*. "¡Huy qué tono de catrina!" (*Brownsville*)
- 142 12di67 Corr F 49 años (cost.) *Costumbres de la frontera del norte. De Nuevo Laredo a Bagdad. Un baile de afuera*. "Tose ronca la tambora".
- 143 1869 *Renac. Tomo I, pág. 232* GP 51 años (div.) *En un jardín*. "Quiero pintar esas flores".
- 144 8ma69 S19 GP 51 años (part.) *Oda*. Leída en el Teatro Nacional la noche del 5 de mayo. "Grande y sublime Dios, llena mi acento".
- 145 26jun70 S19 GP 52 años (div.) *La sombra y la flor*. "La alba dijo: ella es galana".
- 146 31jul70 S19 F 52 años (cost.) *Canción leperusca* "No me hables de sois cristiano".
- 147 28ag70 S19 F 52 años (crít. lit.) *Literatura, Política y Variedades*. "Tiene del talento el sello/Este libro...."
- 148 24di71 Fed. GP 53 años (div.) *Improvisación*. "Pobre ángel, pobre mujer".
- 149 24di71 Fed. F 53 años (cost.) *Noche Buena*. "Deja la murria Pepillo".

- 150 31di71 Fed. F 53 años (sat.) *Sátira. ¡¡¡Adelante!!!*
Go ahead! "¡Viva la ilustración! no la que empieza/Con
pachorra en el tardo delecto".
- 151 25jul72 Fed. GP 54 años (patr.) *A Juárez.* "Cayó, se
extinguió el fuerte".
- 152 14se73 S19 GP 55 años (patr.) Leído en el aniversa-
rio de la batalla del Molino del Rey. "En donde está tu
raza de gigantes".
- 153 26no73 S19 F 55 años (cost.) *Mi protesta. A. J. B.*
"Venga, chicos, la bandurria".
- 154 16se77 Fed. GP 59 años (patr.) *A la patria.* "Sagrada
inspiración, raudal do el alma".
- 155 27ab77 Fed. GP 59 años (patr.) *Patria.* A mi queri-
do amigo, poeta colombiano J. David Guarín. "¡Patria, oh
patria! tu nombre adorado".
- 156 13jul77 S19 GP 59 años (div.) Carta al editor del
"Sun" (protesta contra la orden de Hayes que los ameri-
canos pueden cruzar la frontera en persecución de malhe-
chores).
- 157 23fe78 S19 F 60 años (sat.) *La Aimée está a nuestras*
puertas. "Vuelen al aire pelucas".
- 158 Durante todo el año de 1878, desde el 14 de enero en ade-
lante aparece cada lunes, un artículo debajo de la raya del
S 19: *San Lunes de Fidel* sobre varios temas.
- 159 9jul78 S19 GP 60 años (div.) *Desencanto.* "Yo no sé:
¿Qué me importa?"
- 160 9jul78 S19 GP 60 años (div.) *Recuerdos de mi ho-*
gar. "Qué frescas cuelgan las sombras".
- 161 1892 Renac. Tomo III. pág. 239 GP 74 años (div.) *A*
Fray Pedro Gante. "Habla, sombra falaz, le gritó el genio"
de la colección inédita de poesías de Guillermo Prieto, de-
dicada a su amigo Casimiro Collado.
- 162 1894 Renac. Tomo III, pág. 67 GP 76 años (div.) *Amor*
y Concordia. "Idolatro en una chica/Bella, de talento,
rica".
- 163 1894 Renac. Tomo III, pág. 82 GP 76 años (div.) *A una*
violeta. "Humilde flor nacida....."

ABREVIACIONES

S19.—*El Siglo diez y nueve.* Impreso por I. Cumplido. México
1842-1896.

Fed.—*El Federalista*. México 1871-8. J. Neve y Compañía, Impresores. Calle de las Escalerillas 21.

Corr.—*El Correo de México*. 1867, Imprenta del Correo de México.

Rev. cient. y lit.—*La Revista científica y literaria de México*. Publicada por los antiguos redactores del Museo Mexicano, México 1845. C. Palma 4.

Renac.—*El Renacimiento*. Editores: I. M. Altamirano y González A. Esteva. México 1869. Impr. de F. Díaz de León y Santiago White 2a. de la Monterilla 12.

Mus. mex.—*El Museo mexicano*, o Miscelania Pintoresca de Amenidades curiosas e instructivas. Ign. Cumplido, C. de los Rebeldes 2.

El Rep.—*El Republicano*. Diario de Información General. J. Cumplido. 1846-1847.

Ilustr. m.—*La Ilustración mexicana*. México 1851. Publ. por I. Cumplido.

GP.—Guillermo Prieto.

F.—Fidel.

pr. ép.—primera época.

en.—enero.

fe.—febrero.

ma.—marzo.

ab.—abril.

may.—mayo.

jun.—junio.

jul.—julio.

ag.—agosto

se.—septiembre.

oc.—octubre.

no.—noviembre.

di.—diciembre.

10se43.—10 de septiembre 1843.

cost.—costumbres, tipos.

moral.—estudios morales.

rel.—temas religiosos.

crít. teatr.—crítica de teatro.

crít. lit.—crítica literaria.

sát.—sátira.

nov. trad.—novela tradicionalista.

nov. cost.—novela costumbrista.

nov.—novela

hist.—historia.

anec. hist.—anécdota histórica.

leyenda extranj —leyenda extranjera.

antig.—antigüedad mexicana.

viajes.—descripciones de viaje con observaciones costumbristas.

patr.—temas patrióticos.

div.—temas diversos.

LA INTERPRETACION DEL FOLKLORE MEXICANO POR RUBEN M. CAMPOS

En cuanto que los costumbristas literarios analizan las costumbres en cuadros o las sintetizan en novelas o cuentos, con la intención de darlas a conocer a los que saben leer, el folklore carece de esa intencionalidad. Para aquilatar las exteriorizaciones de la sabiduría del pueblo, *the lore of the folk*, tenemos que buscarlas en afloramientos que brotan del pueblo con la espontaneidad de la risa o el llanto y que se perderían como éstos si no hubiese quien los recogiera y los amasase, ya en palabras o melodías, ya en dibujos o artefactos, para devolverlos solos o reunidos al mismo pueblo, admirado de hallar formulada la expresión de sus más íntimos sentimientos, los cuales sabe vivir pero no decir sin intérprete. Así podemos ver, cuando pasamos por el pueblo michoacano de Jungapeo, como los aldeanos escuchan con arrobamiento la lectura de *Astucia*, maravillados de hallarse tan profundamente comprendidos y con tanta perfección remedados en su manera de vivir.

No es un exponente típico del folklore mexicano el autor de *Los hermanos de la hoja*, en tanto que los intérpretes primitivos que condensan y luego solidifican en la palabra escrita las vagas exhalaciones del espíritu popular no suelen salir de la anonimidad de las masas. Además son menos largas y a menudo fragmentarios e improvisados los brotes literarios del folklore mexicano en cuya repetición el hombre de la calle halla ensanche de sus alegrías, alivio de sus tristezas y desahogo de sus odios. La novela de Luis G. Inclán se debe a la feliz circunstancia de que su autor no llegó a hacerse literato. El refinamiento formal hubiera menoscabado la reciedumbre y espontaneidad primitivas de la obra, y lo que es la joya folklórica de la gleba mexicana hubiera sido una de tantas novelas costumbristas.

Inclán era también hábil versificador. Mas, no hay que buscar la poesía en las casi doscientas espinelas que encierran a *Recuerdos del Chamberín* o en las tres octavas reales que recogen el epitafio a la memoria del noble bruto. A la verdad es difícil no caer en lo trivial a lo largo de una epopeya de un caballo. Pero ¡qué belleza de corazón no exhibe en ella el charro me-

xicano cuyo prototipo es Inclán, tipo de caballista y caballero a la vez. También fundidas en décimas existen dos extensas poemas más: *El Capadero de la Hacienda de Ayala*, de interés mayormente para los que asistieron a la fiesta charra que describe, y *Don Pascasio Romero* que busca mujer como quien compra caballo. Todas esas historias saben a corrido. *El Libro de las Charrerías* es un compendio hípico. Si no fuera del todo imposible traducirlo para quien no fuese charro a la vez que filólogo, el librito se hallaría en muchos ranchos por todo el mundo. Contiene además de las mencionadas poesías *Ley de Gallos* y *Reglas con que un colegial puede lazar y colear*.

En la conclusión de *El folklore literario de México*, Rubén M. Campos lamenta que "ese cúmulo de siniestras conspiraciones contra el desenvolvimiento de la cultura de un pueblo ha aplanado la producción folklórica literaria de nuestras plebes urbanas" y exclama: "¿Qué hubiera producido este pueblo en un siglo, si lo hubiéramos educado?" Si tuviéramos que dar una contestación a esa pregunta retórica, diríamos, que entonces el caso de Luis G. Inclán no hubiera sido una excepción, sino que producciones folklóricas como *Astucia* hubiesen surgido también entre la población urbana.

Lo que produjo el folklore capitalino fué a decir de Campos "una literatura rudimentaria, muy suya, muy nuestra, puesto que la causa es obra nuestra, que conserva todo el sello de la desgracia y de la pretesta irónica, única forma en la que el mexicano anónimo ha podido juzgar sarcásticamente su triste situación". (1)

Antes de espigar el folklore mexicano, vaciado en el libro abundoso del autor guanajuatense, para los fines costumbristas de este trabajo, ya que las costumbres forman una parte del folklore, trataremos de deslindar el concepto de esta voz.

En la *Enciclopedia Universal Ilustrada* hallamos la siguiente definición, fiel traducción de aquélla, contenida en la *Enciclopedia Británica*: "La palabra folklore la inventó en 1846 W. J. Thoms para designar la sabiduría tradicional de las clases sin cultura de las naciones civilizadas". A su vez Rubén M. Campos da la siguiente definición en que aclara la posición del iletrado y el letrado frente al folklore: "Es claro que el productor popular, reflejo de la iletrada mentalidad anónima de un pueblo, tiene que sobresalir entre sus contemporáneos, como entre los letrados sobresale el ingenio productor del literato.

En uno y en otro caso es el representativo, el *decidor*, el *sabidor*, él que sabe decir, él que tiene ingenio para decir lo que los demás suelen pensar, pero no decir. En el caso del productor popular, éste goza de la popularidad entre sus iguales, que lo admiran y lo dejan vivir en la miseria, pues en el concepto colectivo "no sirve para nada"; aunque ninguno sea capaz de expresar irónicamente, lo que él expresa y por lo que es festejado. En el caso del literato, éste goza de la estimación de los intelectuales que han estudiado disciplinadamente para obtener un título con el cual se procuran un bienestar, a veces una fortuna, aunque no hayan escrito jamás literariamente; y el literato tiene que contentarse con esa estimación de las gentes que sirven para algo, hacia quien a pesar de su talento y del don de saber escribir lo que piensa, "no sirve para nada". (2).

En la conclusión el autor vuelve sobre la actuación del hombre de letras en contacto con el folklore diciendo: "Nuestros escritores de primer orden que no se han desdeñado en ensayar las formas folklóricas, han aquilatado con su percepción la poesía que encierran esas prosas rurales y esas ironías urbanas. No es un delito ciertamente, haber bajado al pueblo después de haber ascendido a las cumbres. Las cumbres arrancan de la llanura. Y esos grandes escritores, Ramírez, Altamirano, Prieto, Cuenca, Othón, eran plebe pura". (3)

En cierta contradicción con lo que antecede se halla la aseveración hecha en el capítulo *El folklorista don Guillermo Prieto*, "Fidel". Afirma Campos: "No hay recolector ni creador de folklore mexicano como Prieto. Porque, al fin, hay que convenir en que alguien es el autor de la producción folklórica, no el pueblo anónimo, sino el sabidor representativo del pueblo".

Guillermo Prieto no es recolector ni creador de folklore mexicano. Creador es el pueblo mismo y recolector es el sabidor iletrado. Guillermo Prieto, aunque pertenezca a la plebe, es un letrado y poeta que se sirvió de la materia prima folklórica como de una piedra preciosa en bruto para insertarla una vez pulida en el engaste de su arte. El no hacer esta distinción equivaldría a equiparar a "Fidel" con cualquiera poetastro de barrio que zurce un corrido y cuyos versos quedan tan lejos de la poesía como está cerca de ella hasta la prosa del insigne poeta popular.

Rubén M. Campos presenta una rica cosecha de manifestaciones folklóricas, no solamente literarias.

Lo que Guillermo Prieto supo interpretar en su *Musa Callejera*, es a saber el hondo sentir del pueblo y mayormente de la plebe, José Guadalupe Posada lo tradujo por medio del buril. Quien ha visto la enorme exposición del famoso grabador hace no muchos años en el Palacio de Bellas Artes, habrá comprendido porque el célebre maestro del grabado en madera no tenía tiempo de hacer dibujos previos que le sirvieran de modelo para sus tallas. Trazaba sus caricaturas con el buril directamente sobre la madera. Cuenta Campos como fué presentado al grabador en su taller de la actual calle del Licenciado Verdad y que "mientras platicaba con el dibujante Nicolás Urquieta que me había llevado a conocer al grabador, éste me miraba de cuando en cuando rápidamente, mientras hendía un taruguito de madera con una afilada navaja, y de pronto levantóse, fué a una pequeña prensa de mano, entintó un rodillo y sacó una prueba de una caricatura de mi encanijada persona imberbe, tan admirablemente parecida, que nos hizo carcajear a los tres". (4)

Volviendo sobre nuestro criterio acerca del costumbrismo extranjero, expresado en otro lugar, se nos ocurre comparar el costumbismo gráfico de Posada con el de Claudio Linati, de cuyas hermosas estampas Rubén M. Campos se sirvió con abundancia para ilustrar su libro. Se echa de ver claramente la proyección extranjera en los tipos mexicanos de Linati, los cuales, excepción hecha de la indumentaria, poco de mexicano tienen, tan al contrario de los grabados del leonés que son intensamente mexicanos.

Posada había empezado en León ilustrando periodiquitos humorísticos. Asocióse en la capital con el editor Venegas Arroyo, de cuyo taller salían muchos de los corridos de la época, que al ser ilustrados por Posada tuvieron un consumo no conocido antes en esas expresiones folklóricas de mexicanísima factura. Gran parte de los habitantes de la capital no sabía leer y las ilustraciones de Posada abrían aquellos volantes noticiarios al intelecto más pobre; y la satisfacción de enterarse de los acontecimientos cotidianos más extraordinarios valía bien un centavo, que era el precio del corrido. Y aun para él que no pudo o no quiso hacer ese gasto, bastaba escuchar la voz de un rapsoda callejero que al son de su guitarra acoplaba el corrido con las melodías de las canciones más conocidas o le dió ritmoailable por medio de empréstitos a los valeses o polkas en boga.

Hoy por hoy las sinfonolas de las pulquerías y las cantinas se encargan de propagar los corridos con tanta insistencia que al cabo de pocas semanas no hay persona que no esté hastiada de tal Juan Charrasqueado o como se llame el héroe de la siempre sangrienta historia. Campos coleccionó un buen número de corridos que pueden servir de muestras aunque pertenezcan a una época posterior a la que estamos enfocando. Figuran entre ellos varios que cantan a los toreros mexicanos como Ponciano Díaz, Lino Zamora, Bernardo Gaviño.

Los versos, a veces adornados con flores recuerdan rústicas jarras de loza:

"Rosa, rosita disciplinada,
murió Bernardo Gaviño
que era muy certera espada".

"Rosa, rosita ya se acabó
don Bernardo el gran torero
en Texcoco concluyó". (6)

En los corridos de bandidos, siempre valientes y generosos, la simpatía popular nunca está con las autoridades.

"Y todavía ya muerto,
si en la caja lo veían
la Acordada y los soldados
mucho miedo le tenían".

Se realza la bondad del bandido para con los pobres:

"Qué bonito era Bernal
en su caballo jovero;
él no robaba a los pobres,
antes les daba dinero". (7)

Año, día y hora del acontecimiento, número de enemigos y otros pormenores son consignados con la exactitud de una información periodística:

"Qué bonito era Bernal
en su caballo retinto
con su pistola en la mano
peleando con treinta y cinco". (8)

"A las seis de la mañana
del veintiseis de noviembre

Angeles fué fusilado
en el año diecinueve". (9)

En el corrido que describe el descarrilamiento de Temamata hallamos la misma minuciosidad:

"Diez coches jalaba la locomotora
número cincuenta y cuatro,
y su maquinista era un extranjero
causa de tanto quebranto". (5)

Si en el folklore literario el corrido lleva el sello épico, el cancionero se hace cargo de las manifestaciones subjetivas, tan pronto como portador de los sentimientos amorosos, tan pronto como vehículo para la expresión de odios políticos. La música puede ser prestada de piezas populares en boga, a la que se adaptan v. gr. coplas de barrio. Entonces la parte musical será probablemente superior a la letra. O, como en el caso de la musicación de buena poesía por parte de los cancioneros, la parte musical sea quizá inferior. Es típico, pues, para el cancionero, que la letra y la melodía surgen rara vez al mismo tiempo y que tan pronto la letra pobre se viste de rica música, tan pronto la buena poesía anda en harapos musicales. Sin embargo de ello hay casos en que el poeta es al mismo tiempo compositor. La canción *A ti te amo no más, no más a ti*, escrita por Dolores Guerrero en 1840 en Durango es uno de ellos. (9).

Comenta Campos la "degeneración en el género que privó hace cincuenta años en nuestro país, y ella obedece a que. . . . entonces los poetas consagrados no se desdeñaban de escribir pequeños poemas para que fueran musicados por los cancioneros" (10) y sigue diciendo: "El folklore se apoderó entonces de la producción poética de sus poetas predilectos, los que sentían y expresaban sus sentimientos en forma sencilla y clara".(11).

Como ejemplo de las canciones de brega, burlescas o mordaces, el autor ofrece *Los Cangrejos* de 1861, escrito por Guillermo Prieto.

"Si la Constitución
Al fin no ha de imperar,
¿No es cierto que marchamos,
Cangrejos, para atrás?

Si el sudor de los pueblos
Por siempre ha de engordar

De viles agiotistas
Región abdominal;
Si nunca las gabelas
Nos dejan respirar,
¡Adiós, erario público!
Cangrejos para atrás". (12).

Pero esas canciones, que deben su eclosión a la temperatura calentada por los eventos políticos, mueren pronto. Los que no perecen son aquéllos que cantaron y todavía cantan lo humano como lo hallamos en *La Melancolía*, bella canción que data de 1835

"pobre hojita desecada,
¿dónde vas?—
voy donde el viento me lleva—
a do va la hoja de rosa
y la hoja de laurel" (13);

o en otras canciones de la misma época que indican por su título lo que cantan: la ausencia:

"Al que ausente se ve de su amor" (14);

el arrobamiento:

"Yo deliro, mi bien, yo deliro" (15);

la dicha:

"¿Quién, en el mundo, más que yo dichoso?" (16);

o aquella canción que tanto por la letra popular como la música del maestro Ponce llega al corazón:

"Marchita el alma, triste el pensamiento". (17).

Entre el folklore místico, esparcido parsimoniosamente dentro de las innumerables hojas volantes de la propaganda religiosa popular a mediados del siglo 18, Campos realza los villancicos de Noche Buena, los cuales, aunque no son mexicanos por su origen, han tomado color mexicano al enraizarse en la costumbre netamente mexicana de las "*posadas*". Dice el autor: "La filiación española de ese villancico es incontestable; pero también es incontestable la modalidad nueva que ha tomado aquí, donde la Navidad se hace preceder de nueve noches de fiesta, las *posadas* familiares, fiesta esencialmente mexicana". (18) Por lo demás Campos consigna la pobreza folklórica en lo místico, pobreza tan encontrada con la magnificiencia de las ca-

tedrales y los templos. Desde luego esa pobreza priva solamente en el ramo literario del folklore místico, puesto que los antiguos autos como los *pasos* de la Pasión han sobrevivido, aun enmudecidos y reducidos a pantomimas abigarradas, las cuales proyectadas contra el fondo de venerables templos como en Coyoacán o Taxco, evocan siglos más contemplativos.

El epigrama es la forma de expresión literaria más idónea del humorismo quieto, escondido y sardónico del genio mexicano. Lo que vulgarmente llamamos "dar un tapón" designa plásticamente el efecto que produce el ex-abrupto en el lenguaje hablado y que forma la materia prima del epigrama. Cierra sencillamente la boca. ¿Qué le quedó a decir al español que preguntó a un pelado: "¿Y tú de qué te ríes? Ustedes los indios eran tan bárbaros que cuando la conquista, creían que el español y el caballo eran una sola cosa"; y recibió la contestación: "¡Y todavía lo creemos!" (19).

El acervo de frases, ex-abruptos, ocurrencias y anécdotas, que Campos incluye en el anecdotario, da fe de ese humorismo seco y sin pretensión que no es prefabricado para la galería sino sale con tanta sencillez que queda inadvertido por el burlado de menos ingenio, el cual no sabe si debe reírse o enojarse.

De que fácilmente toman color picaresco esos chispazos de ingenio en que la malicia se esconde tras la palabra cándida lo ejemplifican los versos picarescos con que el pastelero piropea a las parroquianas; por medio de las cuales el carcamanero atrae a los jugadores; o que sirven al payaso para tomar el pelo a su regocijado público. Los ex-abruptos del Nigromante no se quedan atrás y se nota en Campos la pena de no haber podido dar a la luz pública. "mojando la pluma en tinta colorada" como dice García Cubas (20), *las flores de mal* de Ledesma, resignándose nuestro autor a exclamar: "El folklore, a veces, tiene este derecho inalienable de permanecer inédito" (21), y más tarde: "pertenecen al folklore prohibido; a lo que no se estampa ni se dice delante de las damas" (22).

La imposibilidad de traducir el calambur o las insinuaciones sutiles de doble sentido a otro idioma es una prueba más de que el costumbrista extranjero no puede aspirar a la interpretación perfecta de la manera de pensar de un pueblo a que no pertenece. Dice Rubén M. Campos: "...después de todo, ¿qué son las malas palabras de un idioma, sino cápsulas huecas en las que se puso un poco de humor que se creyera venenoso?"

Trasladad esas palabras a otro idioma; haced que las oiga un extranjero, aun que sea de un país en el que se hable la misma lengua que en el vuestro, y aquellas palabras no dirán nada, no harán ruborizarse ni sublevarse a nadie, porque han quedado desnudas del falso ropaje de aprobio de que las ha revestido la maldad humana" (23). Y volviendo sobre Ledesma, añade: "Ledesma jugó con esas palabras como con áspides a los que hubiese extraído el colmillo secretador del veneno al transformarlas en calambur".

Los vapuleos epigramáticos que Antonio Plaza propina a los hombres no solamente de su tiempo son ricos en sal ática y honda amargura. En "La voz del inválido" (24) un viejo mutilado, con "escépticas frases que congelan" da consejos a lo largo de setenta y cuatro cuartetos excelentes, a un joven que va a la corte. Lleno del desengaño de la vida del poeta, el poema contiene consejos y máximas como éstas:

- " de todos piensa muy mal;
pero habla bien de todos."
- " el hombre ...
...no medra si no miente."
- " evita el odio del rico,
y la intimidación del pobre."
- " que quien da a todo el que pide
pide al fin a quien no da."
- " La guerra la hacen los necios
en provecho de los sabios."

Plaza no tiene fe en la amistad:

- " cree hasta en el mismo amor,
pero en la amistad no creas."
- " un libro, un perro y un peso,
forman un completo amigo."
- " La amistad es falso cobre,
la amistad, óyelo chico,
forma la ilusión del rico
y el desengaño del pobre."

Y cierra ese sermón singular con el consejo:

"¡Y duda hasta de ti mismo!"

Los epigramas de Plaza toman a veces la forma de epítafios cuyo humorismo está encerrado en magnífica sencillez:

“ El empleado Govantes
aquí reposa como antes.” (25)

Otros epigramas se contentan con ingenuidades inofensivas como éste:

“¡Lindos pies te ha dado Dios!
bien mereces otros dos”. (26)

(Los más de los epigramas de Plaza tienen cuatro pies).

Si los epigramas de Ledesma y Plaza son injertos folklóricos de agudeza mexicana insertados en obras de talentos cultivados, el Negrito Poeta es tronco rústico de esta cualidad nacional. Similar a otras figuras genuinamente folklóricas, que como Pinocho o Till Eulenspiegel, citados por el autor, encarnan el humorismo de todo un pueblo, el Negrito Poeta se convirtió en figura legendaria representativa del ingenio mexicano en lo que toca la facilidad de improvisar una réplica fulminante. Buscando en los calendarios de Ontiveros entre 1855 y 62 y los de Blanquel de 1860 a 72, Campos trató de separar la paja del buen grano es a saber lo apócrifo de lo auténtico entre los epigramas atribuidos al famoso poeta popular que surgió a mediados del siglo 18. El resultado del trabajo de Campos es un buen número de flagrantes agudezas envueltas en improvisaciones versificadas que dejan con un palmo de narices a los que inventan cualquier pie de verso para poner en aprietos al Negrito Poeta que debe completarlo en otros tres; o a los que piden un consonante para la primera palabra que les viene a la mente, como lo hizo el poeta Juan de Mena, que aparece al lado de un virrey. Narra Campos: “Dícese que en cierta ocasión en que estaba el Negrito ante el Virrey a quien acompañaba el poeta Don Juan de Mena, entre otras personas, el poeta sugirió al Virrey que pidiera al negro un consonante a “porque”. El improvisador dijo sin vacilar:

“Pido a Vucencia me ahorque
y me cuelgue de una almena,
si el poeta Juan de Mena
da otro consonante a porque.” (27)

De índole regional son v.gr. *El Jarocho* de José María Esteva, que data de 1840, publicado también en el *Museo Mexi-*

cano (27 a) y mencionado por Payno en *Un Viaje a Veracruz*.
(27 b)

“ Y ejto ej tan verdá
Como ver un borrico volá
Por loj elementoj;
Churripampli de mij pensamientos
¿Dónde te hallaré?
Y en la ejquina tomando café.” (28)

y *El Guanajuatense, El Costeño y Cantares regionales de Michoacán*, llenos de gracia estos últimos:

“Chinita, cuando te vayas
¿Qué recuerdo me darás?
un chinito de tu frente
para apasionarme más.” (48)

Versos en caló indio forman la sátira *Glorias de Juan Pá-muceno* que hacen mofa del general Almonte, intervencionista, indio por el lado materno. Como muestra sirva la siguiente mezcolanza de indio y castellano:

“ Adorné nuestro xacalli
Donde fué la mitotia,
Con todo el gusto del día,
Lo puse como un Teocalli;” (29)

Agrupados bajo el título *La poesía popular en diversos aspectos* el autor presenta una serie de poemas misceláneos que no pertenecen a los corridos, ni al cancionero, ni a las obras de arte con contaminaciones folklóricas que alcanzan la altura de la poesía. Merecen el atributo de vulgar antes que popular. Casi siempre anónimas, esas largas composiciones están vaciadas las más veces en espinelas. Las hay también en cuartetos como v. gr. las de la revolución constitucionalista que pertenecen al siglo presente. (30)

Cuando decimos vulgar, pensamos en primer lugar en los muchos versos, encabezados a veces por largos títulos, y que enfocan jocosamente el desamor entre suegra y yerno como v. gr.: *Oración de un yerno a San Sebastián. La mamá suegra y el yerno, Diálogo de suegra y yerno, Nuevo y divertido pleito de la suegra con su yerno, que por no aguantarla más se quiere ir hasta el infierno*, todos ellos diccionarios de sinónimas injuriosas que deben de haber hecho las delicias de la plebe baja.

A la misma categoría de versos incoloros pertenecen los poemas que tratan del pobre que no puede mantener la mujer, como v. gr.: *Nunca puede el hombre pobre tener su mujer bonita porque en faltándole el cobre, viene el rico y se la quita, y le dice que no estorbe, que alcabo es buena alhajita.* (31) García Cubas cita en boca del pastelero versos sobre el mismo tema:

"El pobre que se enamora
de una muchacha decente,
es como la carne dura
para él que no tiene dientes". (32)

Otros poemas se dirigen a los Santos como v. gr.: *Tiernas súplicas con que invocan las jóvenes de cuarenta años el milagroso San Antonio de Padua, pidiéndole su consuelo:*

"Dame un manco o jorobado
Porque si no, yo me paso".

"No más que no sea celoso,
Ni que al mes de ser mi esposo
A mi por otra me ferie", (33)

De la misma índole es *Amorosa súplica que dirigen los solteros a Santa Rita de Casia, abogada de imposibles, pues le piden, a mi ver, que les conceda mujer, donde se repite el clisé anterior:*

"No pido que sea bonita
Ni tampoco presumida,
Dame una jorobadita". (34)

Si bien esas composiciones pertenecen al folklore ya que expresan el sentir del pueblo, no tocan temas que las distinguen del folklore de otros pueblos.

Dejo marcadamente costumbrista tienen los poemas que se ocupan de los vestidos y los secretos de tocador. Aquí la crinolina y el albayalde francés ocupan un lugar de preferencia. De 1850 data *Las Mexicanas bonitas, pintadas por ellas mismas* que no solamente describe como se pintaron sino también como sabían sustituir otros encantos usando para ello "salvado, lana o algodón escarmenado". (35)

En *La Crinolina* Joaquín Villalobos se mofa a sus anchas de esa indumentaria grotesca que serviría de escondrijo, de velamen, de espanta-toros y que sería motivo de una tarifa especial en el tren de Tacubaya, hasta haría necesario ensanchar

las puertas; y otros ingenuidades por el estilo. *Décimas de la crinolina (glosa)* empieza por este cuarteto:

“Las mujeres de estos tiempos
son como las alcachofas,
que ostentan poca sustancia
y todas se vuelven hojas” (36)

La *Glosa del chile verde con queso*, que data de 1865, vierte conceptos parecidos:

“Los vestidos muy ampones
y por dentro puro hueso;
esas rotas del progreso
rabian por aparentar;
pero no saben guisar
tantito chile con queso”. (37)

Critica además la falda larga:

“Esa moda se ha inventado
por las patonas, y es necio
que una criolla haga desprecio
de un pie pulido y bonito”

Pero también el hombre recibe su parte de la burla popular. *En Perdida* (José Otero Seniany, 1805), poema de unos sesenta versos heptasílabos seguidos, asonantados en los pares, un *Currutaco* es buscado por una coqueta. La descripción de la cosa perdida es minuciosa: pelo “a la Tito” perfumado de amizcle, sombrero chiquito “que del sol no defiende”, patillas, un lienzo “relleno de mil trapos” en el cuello, camisa bordada,

“mil cintas desde el hombro
le bajan al costado”,

los calzones muy anchos, casaca corta por el faldón, y en lo alto

“un cojín con que imita
fielmente a un jorobado”,

habla un idioma

“compuesto allá a su modo
de francés e italiano”.

Hay dos composiciones que fueron escritas para el Día de los Muertos: *Las calaveras hoy día se pasean con bizarria. Ahorita se andan paseando, las calaveras andando, voy a fijar*

mi arancel, dice un loco en sus tonteras, tlaquillo vale el papel de las nuevas calaveras; y Ya te miro calavera, con tu chinita paseando, con un diente y una muela, que paquete te vas dando. Parece que los dos poemas han salido de la misma pluma. Siguiendo famosos ejemplos, en el primer *papel* el autor se asoma al infierno donde observa las calaveras femeninas:

"Que paquete se van dando
hoy las hijas de don Juan"
"parecen un globo inflado" (38)

La penúltima estrofa

"Calavera es el arriero,
el licenciado y notario
etc., etc.
todos quedan calavera".

podría terminar en "todos sueñan lo que son". El segundo poema parafrasea también el viejo tema de que todos hemos de morir:

"De frazada y calzoneras,
de levita y de bastón,
todos quedan calaveras". (39)

En ambos a dos el autor anónimo se menciona en la última estrofa

"El autor del papelito
es amigo con certeza
y también toma cerveza
—————
pero hasta ahora ha reflejado
que también es calavera". (40)

El segundo termina así:

"En fin, al de los versitos
le han dicho que ha de morir;
ya se quiere prevenir
de harto pulque y pambacitos".

De los versos de sabor político ya damos un ejemplo en *Los Cangrejos*. Otros, que forman las *Coplas del níquel*, datan de 1883 (41)

"A los pobres no nos toca

más que ver, oír y callar
y a los centavos de níquel
el dejarlos circular ;”

El final es desalentador:

“Por Veracruz, oro y plata
embarcan los extranjeros;
¡pobre México, aparceros!
en acabar no dilata”.

Natural era que la prolongada época de Santa Anna hubiese producido un eco folklórico resonante de la irritación popular. Campos incorporó a su colección no menos de catorce glosas que zahieren de lo lindo al odiado dictador, que

“sacrificó sin dolor
al de Iguala, héroe querido” (42)

y cuya “obra nefasta culminó en dejar perder ostensiblemente la guerra de 1847” (43)

Desahogo de irritación nacional despiden los versos *Testamento y última disposición del General Scott* (1848) en los cuales el general hace la grotesca distribución de su cadáver como si se tratara de mercancía de carnicería. *El Todo Fiel de los Yankees* que apareció un año antes manifiesta el mismo rencor. Cubas contribuye con *La Pasadita* a ese ciclo de poemas que sirvieron de válvula de escape de las iras nacionales. (44) Sobra añadir que esas exteriorizaciones folklóricas de sabor satírico contra el enemigo interior o exterior no podían arriesgarse a la luz pública sino en hojas volanderas.

Ejemplos de versos que tratan de la arquitectura o de monumentos de la capital los constituyen las glosas de *Despedida y triste muerte del Parián* (45) y *Glosa y despedida del caballito de Troya* (46). Como ya mencionamos, el Parián, (vasto edificio que ocupó el lugar entre el portal de Mercaderes y el Palacio Municipal donde hoy paran los tranvías en su paso por el lado sur del Zócalo) fué demolido en 1843. Este evento y las peregrinaciones del famoso y popular caballito, la estatua de Carlos IV que algún sabidor del pueblo dió en la flor de llamar caballito de Troya, nos cuenta García Cubas en *El libro de mis recuerdos* (47) donde hallamos una versión ligeramente diferente de la de Rubén M. Campos y donde Cubas reproduce otros versos más que llevan el título de *Como Carlos cuarto vió*

los fuegos artificiales la baba se le cayó y que describen la impresión penosa que las fiestas patrias en conmemoración de la independencia debían de hacer en el rey de España aunque fuera de bronce. Quiso el azar que al trasladar la estatua en septiembre 1852 de la antigua Universidad al lugar que ocupa hoy, descansara durante el día 16 en el Zócalo.

Refranes populares son siempre de acendrado valor folklórico, mas el forzarlos en metro, como lo hace Mariano Rojas, implica un cambio de su forma original lo que es una lástima. (49)

En los versos del pastelero se halla uno que hace mofa del escribano cuya voracidad es también flagelado por un epigrama anotado por Campos. Canta el pastelero :

“Mordió un gato a un escribano
Y él clamó con sentimiento:
Ten gatito miramiento,
Advierte que soy tu hermano”. (50)

Más fuerte ataca el epigrama :

“Encontróse un bandolero
con un escribano un día,
y quitándose el sombrero
hízole una cortesía.
El escribano dió indicio
de que extrañaba el halago;
mas el otro dijo: lo hago
porque somos del oficio”. (51)

Interesante es la *Glosa del puñal amagador* como muestra de disimulada ferocidad leperesca envuelta en el tono ladino e irónico del lépero capitalino cuyos instintos vengativos están a flor de piel :

“Como la amo con empeño
Parece que se me enoja . . .
Nomás la cacha le enseño,
No piense que toda la hoja”. (52)

García Cubas da el siguiente apunte de folklore escolar contenido en un verso que solía verse escrito en el reverso de la pasta de los libros de texto :

"Si este libro se perdiere
Como suele suceder,
Suplico al que lo hallare
Que me lo sepa volver.
Y si fuere de uñas largas
Y de poco entendimiento
Que se acuerde
Del séptimo mandamiento:
No hurtarás
Las uñas te cortarás
Con las tijeras de Barrabás". (53)

Flores de exquisita fragancia crecidas en el jardín del folkllore mexicano son las fábulas de José Rosas Moreno *el fabulista* que puede reclamar para sí el raro mérito entre fabulistas de haber inventado las que escribió. *La flor y la nube* concluye con la moraleja:

"Si el pobre a rogaros va
no le miréis con desdén;
que es muy triste hacer el bien
cuando es inútil quizá". (54)

La pudo escribir sólo un hombre de buen corazón. Dice Rubén M. Campos: "Rosas personifica el bien y la bondad de nuestra raza". (55)

Lo que en Alemania se suele llamar una *Bierreise*, conviene a saber un viaje de cerveza, lo lleva a cabo, *mutatis mutandis*, Jesús Ladislao Zambrano Rubio en una docena de décimas octosilábicas que con excepción de la última terminan en el dicho probablemente en boga en aquel entonces:

"Usté es pelón si se encuera" (56)

El poema se llama *De paseo a las pulquerías y a varias vinerías* y no es exactamente un documento de cultura.

Al lado del folkllore literario el autor se hace cargo también de otras manifestaciones folklóricas como ya hemos visto al principio de este capítulo. Los *títeres*, las peleas de gallos y lo que el autor describe bajo el título de *El Carnaval florido de mi infancia* son veneros del folkllore mexicano. Cuenta Campos como en su pueblo de San Pedro Piedragorda (Ciudad Doblado) en las tardes del domingo de Carnaval se acostumbraba celebrar el "combate con lirios morados de la montaña", durante el cual se

amontonaron a los pies de las muchachas más lindas innumerables orquídeas violetas; o se deshacían, en señal de homenaje, sobre la cabeza de la muchacha, que tenía que dar antes permiso para ello, cascarrones llenos de agasajos (confetti).

Los títeres de los hermanos Rosete Aranda de Huamantla, Tlaxcala deben de haber sido una maravilla de habilidad. Campos cita la descripción hecha por el maestro Altamirano del espectáculo de toda una procesión con todos los más mínimos pormenores, durante la cual un títere llega a encender las velas de un altar y otro un "torito".

La descripción de las peleas de gallos que ofrece Campos equivale a un tratado científico en la materia. El esmero con que se cuidaron y todavía se cuidan a los gallos de pelea durante los viajes, trayendo de lejos el agua a que estaban acostumbrados, eligiendo para ellos locales de buena orientación donde ponían tapetes para que las preciosas aves no se enfriaran los pies, y cuidando que no se desvelasen, no dejan de sorprender al profano. Luis G. Inclán trata el mismo tema técnicamente en *Ley de Gallos*.

Sendos capítulos dedica el autor a los libreros de viejo y los *evangelistas*; aquéllos, instalados en las Cadenas y la calle de Escalerillas, hoy Guatemala, en la parte que está detrás de la catedral, y la cual para los libreros de viejo mexicanos era lo que para los "bouquinistes" parisienses es la orilla del Sena; éstos medio escondidos en el portal de Santo Domingo. A propósito de los *evangelistas*, Campos hace hincapié en el papel importante que estos intérpretes del pueblo iletrado desempeñaban como secretarios anónimos de los caudillos políticos. Dice el autor a este respecto:

"Aquellos que hablaron claro y poco porque predominaron en la acción, como Hidalgo y Morelos, no necesitaron de literatura de propaganda. Pero los líderes de partido, los guiadores de multitudes antagónicas, siempre eran precedidos en sus levantamientos por un manifiesto pegado al muro, que había escrito el evangelista". (62).

Y quizá uno que otro *evangelista* más ambicioso, más decididor haya desempeñado el papel del sabidor, rimando en modesta anonimidad bajo su portal semioscuro largos corridos o tiernas canciones que habían de servir al poeta de manantial folklórico.

No hubiera estado fuera de lugar en el rico libro de Rubén M. Campos un artículo de Altamirano, publicado en 1884 con

el título de *La Semana Santa en mi pueblo*, en que describe costumbres de Tixtla, Guerrero, como las había vivido de niño en los años anteriores a 1848: el domingo de Ramos con la costumbre de adornar las palmas con flores que convertían el templo en un mar de colores y fragancias; y sobre todo la procesión de los Cristos, el Jueves Santo, cuando un ejército de mil Cristos de bambú, ensangrentados y horribles, ora gigantescos, ora diminutos, parecían cobrar vida espectral a la temblorosa luz de las teas. (63)

N O T A S

Abreviaciones:

R. M. C.—Rubén M. Campos. *El folklóre literario de México*
 A. G. C.—Antonio García Cubas. *El Libro de mis Recuerdos.*

1	R. M. C. página	671		31	R. M. C. página	422
2	R. M. C. página	530		32	A. G. C. página	171
3	R. M. C. página	673		33	R. M. C. página	413
4	R. M. C. página	372		34	R. M. C. página	405
5	R. M. C. página	261		35	R. M. C. página	392
6	R. M. C. página	250		36	R. M. C. página	403
7	R. M. C. página	253		37	R. M. C. página	442
8	R. M. C. página	265		38	R. M. C. página	417/8
9	R. M. C. página	297		39	R. M. C. página	421
10	R. M. C. página	293		40	R. M. C. página	419
11	R. M. C. página	294		41	R. M. C. página	448
12	R. M. C. página	396		42	R. M. C. página	177
13	R. M. C. página	300		43	R. M. C. página	172
14	R. M. C. página	300		44	A. G. C. página	439
15	R. M. C. página	303		45	R. M. C. página	386
16	R. M. C. página	304		46	R. M. C. página	438
17	R. M. C. página	321		47	A. G. C. página	444
18	R. M. C. página	337		48	R. M. C. página	458
19	R. M. C. página	542		49	R. M. C. página	453
20	A. G. C. página	601		50	A. G. C. página	171
21	R. M. C. página	496		51	R. M. C. página	116
22	R. M. C. página	501		52	R. M. C. página	415
23	R. M. C. página	501		53	A. G. C. página	413
24	R. M. C. página	519		54	R. M. C. página	510
25	R. M. C. página	120		55	R. M. C. página	508
26	R. M. C. página	121		56	R. M. C. página	383
27	R. M. C. página	91		57	R. M. C. página	473
27a	El Museo Mexicano,		II,	58	R. M. C. página	476
	página 368			59	R. M. C. página	483
27b	Manuel Payno, <i>Tardes Nu-</i>			60	R. M. C. página	485
	<i>bladas</i> , página 474			61	R. M. C. página	487
28	R. M. C. página	127		62	R. M. C. página	656
29	R. M. C. página	130		63	Ignacio M. Altamirano, <i>pai-</i>	
30	R. M. C. página	461			<i>sajes</i> y <i>Leyendas</i> , páginas	
					59 y 68.	

IV
CONCLUSION

¿Cuál es el papel del costumbrismo en el arte?

Escuchando *Huapango* de tan marcado sabor folklórico y mexicano, música de Pablo Moncayo trasegada de la arcilla popular al baccarat de la orquesta sinfónica y elevada por su compositor a una esfera estética que convierte la fotografía regional en una pintura impresionista, pensamos: ¡ésta es buena música costumbrista! El arte aspira a la belleza absoluta. Mas ella sólo existe como un ideal inasequible. El artista que demasiado se esfuerza en abstraerla del alambique de su obra llega a pintar pianos suspendidos en un árbol o escribir música cacofónica. Con todo, están lejos de la verdad los que se imaginan que esos artistas quieren mofarse de ellos. Los más son buscadores sinceros. Lo cierto es que se olvidan del público. Andan por caminos solitarios en pos del arte en sí. Tanto se alejan de lo fenoménico que su arte llega a la incomunicabilidad. Al querer evadirse de lo trivial, cortan sus amarras con la tierra y, en vez de llegar a lo universal humano, alcanzan un sustituto sintético que ya nada humano tiene y que es difícil de asimilar. El arte se vuelve metafísico, se dirige a nuestra inteligencia y deja de mover el corazón.

El costumbrismo evita esa deshumanización y desnaturalización del arte alimentándolo con su fuerza nutricia que regenera la obra de arte, cuando, en su eterno anhelo de perfección, corre el peligro de palidecer en las regiones enrarecidas de lo bello en sí.

El costumbrismo inyecta nueva savia en el abstracto ente estético. Es lastre terrenal en el ascenso del arte hacia la belleza pero nos lo guarda a nuestro humano alcance. Stravinski recoge las tonadas más triviales que corren por el asfalto de las grandes urbes, donde, en la monotonía de las tardes de domingo, el organillero las enchueca tristemente. Esas inyecciones populares revigorizan el arte y al igual que la lengua, lo preservan del cultismo. Malherbe recomendó escuchar el lenguaje de los mozos del mercado.

FIN

V
BIBLIOGRAFIA

- ALAMAN, Lucas.—*Semblanzas e Ideario*. México 1939. Biblioteca del Estudiante Universitario. Prol. y sel. de Arturo Arnáiz y Freg.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel.—*Paisajes y Leyendas, Tradiciones y Costumbres de México*. Primera serie. México 1884. Imprenta y Litografía Española. San Salvador el Seco 11.
- ARIAS, Juan de Dios.—*El Evangelista. La Partera. El ministro. El tocinero. El cargador. El ministro ejecutor*. Artículos publicados en "Los Mexicanos pintados por sí mismos". (Ver más abajo).
- BALZAC, Honoré de.—*Le Pere Goriot*. Paris, Ernest Flammarion. Ed. 26 r. Racine.
- BALZAC, Honoré de.—*Eugénie Grandet*. I et II Classiques Larousse.
- BUSTAMANTE, Lic. Carlos María.—*Diario Histórico de México*. Tomo I 1822-23. Zacatecas 1896. Primera edición arreglada por Elías Amador. Tipografía de la esc. de artes y oficios de la Penitenciaría.
- CABALLERO, Fernán.—*La Gaviota*. Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires - México.
- CABALLERO, Fernán.—*La Familia de Alvareda*. Tercera edición. Col. Austral.
- CALDERON, Estébanez.—*Escenas Andaluzas*. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires 1941.
- CALDERON, Fernando.—*A ningunade las tres*. Comedia en dos actos. Estudio preliminar de Francisco Monterde. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México 1944.
- CALDERON DE LA BARCA, Madame.—*Life in Mexico*. With a preface by W. H. Prescott. third Edition. México 1910. The Aztec, Gante 8.
- CAMPO, Angel de. (Micrós). *Pueblo y Canto*. Prólogo y selección de Mauricio Magdaleno. Bibl. del Est. Univ.
- CAMPOS, Rubén M.—*El Folklore literario de México*. Investigación acerca de la producción literaria popular (1525-1925) Publicaciones de la Secr. de Ed. Públ. Tall. Gráf. de a Nación, 1929.

CASTI, Giambatista.— *Los animales parlantes*. Vertido al castellano por Don Luis Maneyro, seg. ed. Haose 1853, Imprenta de A. Lemale.

Correo de México, El.—1867. Impr. del Correo de México.

CUELLAR, José Tomás de.— *La Linterna Mágica*. México 1941. Sel. y pról. de Mauricio Magdaleno, Bibl. del Est. Univ.

CUELLAR, José Tomás de.— *La Linterna Mágica*.

Tomo I.—*Baile y Cochino*, Barcelona 1889. Espasa y Compañía.

Tomo II.—*Ensalada de Pollos II* Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.

Tomo III.—*Ensalada de Pollos II* Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.

Tomo IV.—*Los Mariditos*. Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.

Tomo V.—*Historia de Chucho el Ninfo, I* Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.

Tomo VI.—*Historia de Chucho el Ninfo, II*, Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.

Tomo VII.—*Los Fuereños y La Noche Buena*, Santander 1890. El Atlántico, Blanchard y Compañía.

Tomo IX.—*Artículos ligeros sobre Asuntos Trascendentales*, Santander 1890, El Atlántico, Blanchard y Compañía.

Tomo X.—*Artículos ligeros sobre Asuntos Trascendentales*, Tomo II Santander 1891. El Atlántico, Blanchard y Compañía.

Tomo XI.—*Isolina la Ex-Figurante* (Apuntes de un Apuntador) Tomo I Santander 1891, Blanchard y Compañía.

Tomo XII.—*Isolina la Ex-Figurante* (Apuntes de un Apuntador) Tomo II, Santander 1891, Blanchard y Compañía.

Tomo XIII.—*Las Jamonas, Secretos íntimos del tocador y del confidente*. Tomo I, Segunda Edición, Santander 1891. L. Blanchard.

Tomo XIV.—Tomo II, Segunda Edición, Santander 1891 L. Blanchard.

Tomo XVI.—*Las Gentes que "son así"* (Perfiles de hoy) Tomo I, Segunda Edición, Santander 1891. L. Blanchard.

- Tomo XVII.—*Las Gentes que "son así"* (Perfiles de hoy) Tomo II, Segunda Edición, Santander 1892. L. Blanchard.
- Tomo XVIII.—*Las Gentes que "son así"* (Perfiles de hoy) Tomo III, Segunda Edición, Santander 1892. L. Blanchard.
- Tomo XX.—*Vistazos. Estudios sociales.* Santander 1892. L. Blanchard.
- Tomo XXII.—Artículos Ligeros sobre Asuntos Trascendentales, Segunda Serie. Santander 1892. L. Blanchard.
- Tomo XXIII.—*Gabriel el Cerrajero ó las Hijas de mi Papá,* Tomo I, Segunda Edición, Santander 1892, L. Blanchard.
- Tomo XXIV.—*Gabriel el Cerrajero ó Las Hijas de mi Papá,* Tomo II Segunda Edición, Santander 1892. L. Blanchard.
- DELGADO, Rafael.—Cuentos. Prol. y Sel. de Francisco Monterde. Bibl. del Est. Univ. Nr. 39, México, D. F.
- DIAZ COVARRUBIAS, Juan.—*La clase media.* Novela de costumbres mexicana. México 1859. Tipografía de Manuel Castro, Escalerillas 7.
- DIAZ COBARRUBIAS, Juan.—*El Diablo en México.* Novela de costumbres mexicanas. México 1860. Tipografía de Manuel Castro, Escalerillas 7.
- El Hombre Fino al gusto del día,* o Manual completo de Urbanidad, Cortesía y Buen Tono, Tercera Edición, París 1837, Pillet Ainé.
- Enciclopedia Universal ilustrada Europeo-Americana,* J. Espasa, Barcelona.
- Federalista, El.* México 1871-78. J. Neve y Compañía, Impr. Calle de las Escalerillas 21.
- FERNANDEZ LEDESMA, Enrique.—*Viajes al Siglo XIX Señales y simpatías en la vida de México.* México 1933. Talleres gráficos de la nación.
- FERNANDEZ LEDESMA, Enrique.—*Galería de Fantasmas. Años y sombras del Siglo XIX.* Editorial México Nuevo. México 1939.
- FOSSEY, Mathieu de.—*Viage a México.* Traducido del francés. México 1844, Imprenta de Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes Núm. 2.

- FRIAS Y SOTO, Hilarión.—*El Aguador, El Cochero, La Costurera, El poetaastro*. Artículos publicados en "Los Mexicanos pintados por sí mismos" (abajo).
- GARCIA CUBAS, Antonio.—*El Libro de mis recuerdos*. México 1945. Editorial Patria, S. A.
- GONZALEZ OBREGON, Luis.—*Las Calles de México*. México 1947. Ediciones Botas.
- GONZALEZ PEÑA, Carlos.—*Historia de la Literatura Mexicana*, México 1940. Ed. CULTURA y Polis, S. A.
- GONZALEZ PEÑA, Carlos.—*Claridad en la Lejanía*. México 1947. Editorial Stylo, Calle Durango 290.
- GONZALEZ PEÑA, Carlos.—*Gente mía*. Editorial Stylo, México, D. F. Copyright 1946.
- Guía de Forasteros en la Ciudad de México, para el año de 1854*. México. Se vende en la librería No. 7 del Portal de Mercaderes.
- HUGO, Victor.—*Oeuvres*. 2 Tomos. Bruxelles 1843. Société Belge de librairies Hauman et Cie.
- HUME, Martín.—*Historia de la España contemporánea 1788-1898*. Trad. del Inglés por Edmundo González-Blanco. Madrid. La España Moderna. C. d. Fomento 7.
- Ilustración Mexicana, La*.—Publicada por I. Cumplido, México 1851.
- IGUINIZ, Juan B.—*Bibliografía de novelistas mexicanos*. Precedido de un estudio histórico de la novela mexicana por Francisco Monterde García Icazbalceta. México 1926. Monografías Bibliográficas Mexicanas. n. 3.
- IGUINIZ, Juan B.—*Catálogo de seudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos*. Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 5 de Mayo 45. México 1913.
- INCLAN, Luis G.—*Astucia o los Hermanos de la Hoja*. 2 Tomos. México 1945. Editorial Hispano Mexicana. 5 de Mayo No. 59.
- INCLAN, Luis G.—*El libro de las charrerías*. Edición y prólogo de Manuel Toussaint. Biblioteca Mexicana. Librería de Porrúa Hnos. y Cía. México 1940.
- JIMENEZ RUEDA, Julio.—*Historia de la Literatura Mexicana*. México 1942. Tercera Edición. Ediciones Botas.
- JIMENEZ RUEDA, Julio.—*Letras Mexicanas en el siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica. Pánuco 63. México 1944. Primera Edición, Colección Tierra Firme 3.

- LAMARTINE—*Méditations*. Classiques Larousse, Paris.
- LARRA, Mariano José de. (Figaro).—*Obras completas*. Tomo I y II. México 1845. Impreso en papel mexicano en la calle de la Palma No. 4.
- LESAGE, *Gil Blas de Santillana*. (Extraits) Classiques Larousse, Paris.
- LIZARDI, J. Joaquín Fernández de. (El Pensador Mexicano). *El Periquillo Sarniento*. Ediciones Cicerón, México, Bibl. de novelas mexicanas.
- LIZARDI, J. Joaquín Fernández de.—Estudio prel., sel. y notas de Agustín Yañez. Bibl. del Est. Univ. núm. 15, 1940.
- Las Españolas pintadas por los Españoles*.—(Varios autores) Colección de estudios acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas. Ideada y dirigida por Roberto Robert. Madrid 1871. Imprenta a cargo de J. E. Morete, Calle del Aguardiente núm. 6, (contiene 33 tipos).
- Los Españoles de Ogaño*.—(Varios autores). Colección de tipos de costumbres dibujados a pluma. Madrid 1872. Librería de Victoriano Suárez, Jacometrezo 72. (Contiene 86 tipos).
- Los Españoles pintados por sí mismos*.—Por varios autores. Adornado con cien grabados. Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig. Madrid 1851. Gaspar y Roig, Editores, Calle del Príncipe, núm. 4 (ver lista de los autores y artículos en el capítulo correspondiente).
- Los Mexicanos pintados por sí mismos*.—Por varios autores. México 1935. Biblioteca nacional y estudios Neolitho. (Edición original en 1854. M. Murguía, Portal del Aguila de Oro).
- MARTINEZ, José Luis.—*Las Letras Patrias. De la época de independencia a nuestros días*. En: México y la Cultura. Secr. de Ed. Pública, México 1946.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de.—*Escenas Matritenses*, por el Curioso Parlante. Quinta edición. Única completa, aumentada y corregida por el autor e ilustrada con 50 grabados. Madrid 1851. Biblioteca de Gaspar y Roig. Imprenta y librería de Gaspar y Roig. Calle del Príncipe núm. 4.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de.—*Tipos y Caracteres*. Bocetos de cuadros de costumbres por El curioso parlante. 1843-1862. Nueva edición corregida y aumentada. Madrid,

- Oficina de la Ilustración Española y Americana, Calle de Carretas, núm. 12, Principal. 1881.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de.—*Escenas Matritenses*. Buenos Aires 1942. Espasa Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires-México.
- MOLIERE.—Classiques de l'arbre, *Comédies*. Montreal. Ed. de L'Arbre.
- MONTAIGNE.—Essais (Extraits) Classiques Larousse, Paris.
- MONTESQUIEU.—*Lettres Persanes*. Classiques Larousse. Paris.
- MORALES, Juan Bautista.—*El Gallo Pitagórico*. Est. prelim. y sel. de Mauricio Magdaleno. México 1940. Bibl. Est. Univers. Nr. 16.
- MORA, Doctor José María Luis.—*Ensayos. Ideas y Retratos*. Prol. y sel. de Arturo Arnáiz y Freg. México 1941. Bibl. del Est. Univers. Nr. 25.
- Museo Mexicano, El*.—o Miscelánea Pintoresca de Amenidades curiosas e instructivas. Tomo primero, México 1843. Lo imprime y publica Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes núm. 2. (ídem tomo segundo, primera época 1843: tomo tercero, prim, época 1844: tomo cuarto, primera época 1844; primer tomo de la segunda época, 1846).
- ORTIZ VIDALES, Salvador.—*Don Guillermo Prieto u su época*. Estudio costumbrista e histórico del siglo XIX. Ediciones Botas. México 1939.
- PAYNO, Manuel.—*Tardes Nubladas*. Colección de novelas. México 1871. Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White. Segunda de la Monterilla Núm. 12.
- PAYNO Manuel.—*Artículos y Narraciones*. Sel. y pról. de Francisco Monterde. Bibl. del Est. Univ. Nr. 58. México 1945.
- PAYNO, Manuel.—*Los Bandidos de Río Frio*. Tomos I-V. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Editorial Porrúa, S. A. Av. Rep. Argentina Nr 15. México, 1945.
- PFANDL, Ludwig.—*Historia de la literatura nacional española de la edad de oro*. Traducción del alemán por el Dr. Jorge Rubio Balaguer, Barcelona 1933. Sucesores de Juan Gili, S. A.
- Poesía Romántica*.—Prol. de José Luis Martínez. Selección de Ali Chumacero. Bibl. del Est. Univ. Nr 30. México 1941.
- PRIETO, Guillermo. (Fidel)—*Musa Callejera*. Poesías festivas

nacionales por Fidel. Segunda edición hecha por El Diario del Hogar, México 1883. Pról. de Hilarión Frías y Soto. Tipografía Literaria de Filomeno Mata. San Andrés y Belemitas 8 y 9.

- PRIETO, Guillermo. (Fidel).—*El Romancero Nacional*. México 1885. Oficinas Tipogr. de la Secretaría de Fomento, Calle San Andrés 15. Prólogo por Ignacio M. Altamirano.
- PRIETO, Guillermo. (Fidel).—*Musa Callejera*. Prol. y sel. de Francisco Monterde. Bibl. del Est. Univ. Nr 17. México 1940.
- PRIETO, Guillermo (Fidel).—*Memorias de mis tiempos 1828-1840*. Librería de Vda. de C. Bouret, París 23, Rue Visconti. 23. México 14, Cinco de Mayo 14 1906.
- PRIETO, Guillermo (Fidel).—*Memorias de mis tiempos 1840-1853*, ídem, ídem.
- PRIETO, Guillermo (Fidel).—*Los San Lunes de Fidel*, Biblioteca Mexicana económica. México D. F. M. R. del T. de Lázaro 7, antes Misericordia. Ed. León Sánchez.
- RABELAIS, Pages choisies, Edition: Classiques Larousse, Paris.
- RAMIREZ, Ignacio. (El nigromante).—*El Alacenero. La Coqueta, El Abogado, El Jugador de ajedrez, La estanquillera*. Artículos publicados en "Los Mexicanos pintados por sí mismos". (ver arriba).
- RAMOS, Samuel.—*El Perfil del hombre y la cultura en México*. México 1938. Segunda edición aumentada. Ed. Pedro Robredo.
- ROA BARCENA, José María.—*Relatos*. Sel. y Prol. de Julio Jiménez Rueda. Bibl. del Est. Univ. Nr 28. México 1941.
- Renacimiento. El*.—Editores: Ignacio M. Altamirano y González A. Esteva. México 1869. Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White. Segunda de la Monterilla 12.
- Republicano. El*.—Diario de Información General, 1846/7 J. Cumplido.
- Revista científica y literaria de México*, publicada por los antiguos redactores del Museo Mexicano. México 1845. Impr. Lit. Calle Palma Nr 4.
- REYES, Alfonso.—*El Deslinde*. Prolegómenos a la teoría literaria. El Colegio de México, México.
- RIVERA, José María.—*El Músico de Cuerda, El Vendutero, El Arriero, El Cajista, El Ranchero, El Maestro de Escuela, El*

- Mercero, la Chiera, El Peluquero, El Barbero, El Cómico de la Legua, El Sereno, La China, El Escribiente.* Artículos publicados en "Los Mexicanos pintados por sí mismos" (ver arriba).
- SALLUSTE, *Catilina.* Les Auteurs Latins, Paris 1863. Librairie de L. Hachette et Cie. Boulevard Saint-Germain, No 77.
- SCARRON.—*Le Roman comique.* (Extraits) Classiques Larousse. Paris.
- Siglo diez y nueve.*—Impreso por I. Cumplido. México 1842-1896.
- TORO, Lic. Alfonso.—*Compendio de Historia de México. La Revolución de Independencia y México independiente.* Quinta Edición. Editorial Patria, S. A. Av. Uruguay, 25, México 1947.
- TOVAR, Pantaleón.—*La Recamarera.* Artículo publicado en "Los Mexicanos pintados por sí mismos" (ver arriba).
- URBINA, Luis G.—*La vida literaria de México y la literatura mexicana durante la guerra de independencia.* Edición y prólogo.
- ZAMACOIS, Niceto de.—*La casera, El criado.* Artículos publicados en "Los Mexicanos pintados por sí mismos" (ver arriba).
- ZORRILLA, José.—*Recuerdos del tiempo viejo.* Barcelona 1880-82. Impr. de los Sucs. de Ramírez y Co.
- ZORRILLA, José.—*La Flor de los Recuerdos.* Tomo I. Ofrenda que hace a los pueblos Hispano-Americanos. México 1855. Imprenta del Correo de España.

- LAMARTINE—*Méditations*. Classiques Larousse, Paris.
- LARRA, Mariano José de. (Figaro).—*Obras completas*. Tomo I y II. México 1845. Impreso en papel mexicano en la calle de la Palma No. 4.
- LESAGE, *Gil Blas de Santillana*. (Extraits) Classiques Larousse, Paris.
- LIZARDI, J. Joaquín Fernández de. (El Pensador Mexicano). *El Periquillo Sarniento*. Ediciones Cicerón, México, Bibl. de novelas mexicanas.
- LIZARDI, J. Joaquín Fernández de.—Estudio prel., sel. y notas de Agustín Yañez. Bibl. del Est. Univ. núm. 15, 1940.
- Las Españolas pintadas por los Españoles*.—(Varios autores) Colección de estudios acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas. Ideada y dirigida por Roberto Robert. Madrid 1871. Imprenta a cargo de J. E. Morete, Calle del Aguardiente núm. 6. (contiene 33 tipos).
- Los Españoles de Ogaño*.—(Varios autores). Colección de tipos de costumbres dibujados a pluma. Madrid 1872. Librería de Victoriano Suárez, Jacometrezo 72. (Contiene 86 tipos).
- Los Españoles pintados por sí mismos*.—Por varios autores. Adornado con cien grabados. Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig. Madrid 1851. Gaspar y Roig, Editores, Calle del Príncipe, núm. 4 (ver lista de los autores y artículos en el capítulo correspondiente).
- Los Mexicanos pintados por sí mismos*.—Por varios autores. México 1935. Biblioteca nacional y estudios Neolitho. (Edición original en 1854. M. Murguía, Portal del Aguila de Oro).
- MARTINEZ, José Luis.—*Las Letras Patrias. De la época de independencia a nuestros días*. En: México y la Cultura. Secr. de Ed. Pública, México 1946.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de.—*Escenas Matritenses*, por el Curioso Parlante. Quinta edición. Unica completa, aumentada y corregida por el autor e ilustrada con 50 grabados. Madrid 1851. Biblioteca de Gaspar y Roig. Imprenta y librería de Gaspar y Roig. Calle del Príncipe núm. 4.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de.—*Tipos y Caracteres*. Bocetos de cuadros de costumbres por El curioso parlante. 1843-1862. Nueva edición corregida y aumentada. Madrid,

- Oficina de la Ilustración Española y Americana, Calle de Carretas, núm. 12, Principal. 1881.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de.—*Escenas Matritenses*. Buenos Aires 1942. Espasa Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires-México.
- MOLIERE.—Classiques de l'arbre, *Comédies*. Montreal. Ed. de L'Arbre.
- MONTAIGNE.—Essais (Extraits) Classiques Larousse, Paris.
- MONTESQUIEU.—*Lettres Persanes*. Classiques Larousse. Paris.
- MORALES, Juan Bautista.—*El Gallo Pitagórico*. Est. prelim. y sel. de Mauricio Magdaleno. México 1940. Bibl. Est. Univers. Nr. 16.
- MORA, Doctor José María Luis.—*Ensayos, Ideas y Retratos*. Prol. y sel. de Arturo Arnáiz y Freg. México 1941. Bibl. del Est. Univers. Nr. 25.
- Museo Mexicano, El.*—o Miscelánea Pintoresca de Amenidades curiosas e instructivas. Tomo primero, México 1843. Lo imprime y publica Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes núm. 2. (ídem tomo segundo, primera época 1843: tomo tercero, prim. época 1844; tomo cuarto, primera época 1844; primer tomo de la segunda época. 1846).
- ORTIZ VIDALES, Salvador.—*Don Guillermo Prieto u su época*. Estudio costumbrista e histórico del siglo XIX. Ediciones Botas. México 1939.
- PAYNO, Manuel.—*Tardes Nubladas*. Colección de novelas. México 1871. Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White. Segunda de la Monterilla Núm. 12.
- PAYNO Manuel.—*Artículos y Narraciones*. Sel. y pról. de Francisco Monterde. Bibl. del Est. Univ. Nr. 58. México 1945.
- PAYNO, Manuel.—*Los Bandidos de Río Frio*. Tomos I-V. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Editorial Porrúa, S. A. Av. Rep. Argentina Nr 15. México, 1945.
- PFANDL, Ludwig.—*Historia de la literatura nacional española de la edad de oro*. Traducción del alemán por el Dr. Jorge Rubio Balaguer, Barcelona 1933. Sucesores de Juan Gili, S. A.
- Poesía Romántica*.—Prol. de José Luis Martínez. Selección de Ali Chumacero. Bibl. del Est. Univ. Nr 30. México 1941.
- PRIETO, Guillermo. (Fidel)—*Musa Callejera*. Poesías festivas

nacionales por Fidel. Segunda edición hecha por El Diario del Hogar, México 1883. Pról. de Hilarión Frías y Soto. Tipografía Literaria de Filomeno Mata. San Andrés y Belemitas 8 y 9.

PRIETO, Guillermo. (Fidel).—*El Romancero Nacional*. México 1885. Oficinas Tipogr. de la Secretaría de Fomento, Calle San Andrés 15. Prólogo por Ignacio M. Altamirano.

PRIETO, Guillermo. (Fidel).—*Musa Callejera*. Pról. y sel. de Francisco Monterde. Bibl. del Est. Univ. Nr 17, México 1940.

PRIETO, Guillermo (Fidel).—*Memorias de mis tiempos 1828-1840*. Librería de Vda. de C. Bouret, Paris 23, Rue Visconti, 23. México 14, Cinco de Mayo 14 1906.

PRIETO, Guillermo (Fidel).—*Memorias de mis tiempos 1840-1853*, ídem, ídem.

PRIETO, Guillermo (Fidel).—*Los San Lunes de Fidel*, Biblioteca Mexicana económica. México D. F. M. R. del T. de Lazarín 7, antes Misericordia. Ed. León Sánchez.

RABELAIS, Pages choisies, Edition: Classiques Larousse, Paris.

RAMIREZ, Ignacio. (El nigromante).—*El Alacenero, La Coqueta, El Abogado, El Jugador de ajedrez, La estanquillera*. Artículos publicados en "Los Mexicanos pintados por sí mismos". (ver arriba).

RAMOS, Samuel.—*El Perfil del hombre y la cultura en México*. México 1938. Segunda edición aumentada. Ed. Pedro Robredo.

ROA BARCENA, José María.—*Relatos*. Sel. y Pról. de Julio Jiménez Rueda. Bibl. del Est. Univ. Nr 28, México 1941.

Renacimiento, El.—Editores: Ignacio M. Altamirano y González A. Esteva. México 1869. Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White. Segunda de la Monterilla 12.

Republicano, El.—Diario de Información General, 1846/7 J. Cumplido.

Revista científica y literaria de México, publicada por los antiguos redactores del Museo Mexicano. México 1845. Impr. Lit. Calle Palma Nr 4.

REYES, Alfonso.—*El Deslinde*. Prolegómenos a la teoría literaria. El Colegio de México, México.

RIVERA, José María.—*El Músico de Cuerda, El Vendutero, El Arriero, El Cajista, El Ranchero, El Maestro de Escuela, El*

- Mercero, la Chiera, El Peluquero, El Barbero, El Cómico de la Legua, El Sereno, La China, El Escribiente.* Artículos publicados en "Los Mexicanos pintados por sí mismos" (ver arriba).
- SALLUSTE, *Catilina.* Les Autcurs Latins, Paris 1863. Librairie de L. Hachette et Cie. Boulevard Saint-Germain, No 77.
- SCARRON.—*Le Roman comique.* (Extraits) Classiques Larousse. Paris.
- Siglo diez y nueve.*—Impreso por I. Cumplido. México 1842-1896.
- TORO, Lic. Alfonso.—*Compendio de Historia de México.* La Revolución de Independencia y México independiente. Quinta Edición. Editorial Patria, S. A. Av. Uruguay, 25. México 1947.
- TOVAR, Pantaleón.—*La Recamarera.* Artículo publicado en "Los Mexicanos pintados por sí mismos" (ver arriba).
- URBINA, Luis G.—*La vida literaria de México y la literatura mexicana durante la guerra de independencia.* Edición y prólogo.
- ZAMACOIS, Niceto de.—*La casera, El criado.* Artículos publicados en "Los Mexicanos pintados por sí mismos" (ver arriba).
- ZORRILLA, José.—*Recuerdos del tiempo viejo.* Barcelona 1880-82. Impr. de los Suc. de Ramírez y Co.
- ZORRILLA, José.—*La Flor de los Recuerdos.* Tomo I. Ofrenda que hace a los pueblos Hispano-Americanos. México 1855. Imprenta del Correo de España.

INDICE

	Pág.
I Consideraciones generales	5
II El costumbrismo español a mediados del siglo XIX	
Mariano José de Larra	15
Ramón de Mesonero Romanos	19
Serafín Estébanez Calderón	34
Fernán Caballero	39
Los Españoles pintados por sí mismos	43
III Las costumbres de México a mediados del siglo XIX	
El nuevo género costumbrista en México	77
Las costumbres y tipos mexicanos descritos por Antonio García Cubas y en <i>Los Mexicanos pintados por sí mismos</i>	80
La sátira costumbrista en <i>El Gallo Pitagórico</i> de Juan Bautista Morales	100
La novela costumbrista de José T. de Cuéllar. <i>La Linterna Mágica</i>	107
El costumbrismo de Guillermo Prieto.....	117
La interpretación del folklore mexicano por Rubén M. Campos	142
IV Conclusión	165
V Bibliografía	169

CORRECCION DE ALGUNAS ERRATAS

- Página 19, línea 33, desempeñarla.
Página 20, línea 31, París.
Página 20, línea 36, antipolítica.
Página 27, línea 9, "típico.
Página 31, línea 16, A prima noche.
Página 31, línea 23, Una visita a.
Página 32, línea 1, el entierro.
Página 39, línea 2, Bohl (la o debe llevar crema)
Página 43, línea 4, álbum.
Página 43, línea 16, volumen.
Página 44, línea 40, cien.
Página 46, línea 8, Dómine.
Página 48, línea 12, de este nuevo género.
Página 48, línea 24, insulseces como que.
Página 48, línea 29, exclamar.
Página 53, línea 19, sustituyendo a.
Página 53, línea 38, Díaz.
Página 55, línea 33, barbero.
Página 57, línea 32, "templar.
Página 62, línea 1, él que vigila.
Página 67, línea 23 maitre (la i debe llevar acento circunflejo).
Página 68, número 22, Herreros.
Página 83, línea 29, se acuerda
Página 84, línea 19 la garita.
Página 90, línea 34, ou (la u debe llevar acento grave).
Página 96, línea 1, lo critica.
Página 97, línea 16, válgame.
Página 97, línea 21, contenida.
Página 97, líneas 22 y 24, fácilmente.
Página 98, número 23, littérature française (la c debe llevar zedilla).
Página 108, línea 6, Moliere (la primera e debe llevar acento grave).
Página 112, línea 39, la (la a debe llevar acento grave).
Página 169, línea 12, Pere (la primera e debe llevar acento grave).